

AURA LUNA

EL
placer
DE TUS
sueños



Saga Deseos 1
El placer de tus sueños

AuraLuna

Título: © El placer de tus sueños
Diseño de portada: © 2016 Nadín Velázquez
© 2016 AuraLuna

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o prestamos públicos.

ISBN-10: 1539595323
ISBN-13: 978-1539595328

El deseo puede viajar más allá de los sueños
y la realidad.

Índice

- [1. SUEÑOS REALES](#)
 - [2. DÍA ABURRIDO](#)
 - [3. SERPIENTES EN LA CAMA](#)
 - [4. POR LOS JEFES BIPOLARES](#)
 - [5. COPA MEDIO VACÍA](#)
 - [6. SEBASTIÁN](#)
 - [7. VIERNES DE FIESTA](#)
 - [8. SUAVES CARICIAS EN LA ARENA](#)
 - [9. REVIVIR EL PASADO ES MALA IDEA](#)
 - [10. RESOLVER PROBLEMAS PUEDE SALIR CARO](#)
 - [11. POR ESAS MANOS TUYAS](#)
 - [12. CARTAS SOBRE LA MESA](#)
 - [13. EL MEJOR APERITIVO SE SIRVE SIN ROPA](#)
 - [14. TRAGOS Y CHARLAS](#)
 - [15. EN AGUAS PROFUNDAS](#)
 - [16. ESCAPAR NO VIENE MAL](#)
 - [17. COMO LA PRIMERA VEZ](#)
 - [18. LA MUERTE A VECES PERDONA](#)
 - [19. CUENTAS PENDIENTES](#)
 - [20. DISTRÁEME DE ESTA VIDA CRUEL](#)
 - [21. DOLORES DE CABEZA](#)
 - [22. TODO PARECE NORMAL](#)
 - [23. “P” DE POEMAS, PSICÓLOGO Y PASTILLAS](#)
 - [24. HAY SUEÑOS QUE NUNCA SE OLVIDAN](#)
 - [25. CUANDO LOS MALOS PRESENTIMIENTOS LLEGAN](#)
- [AGRADECIMIENTOS](#)
- [NOTA DE LA AUTORA](#)
- [AURALUNA](#)

1

SUEÑOS REALES

Giré mi cuerpo por sexta vez. El reloj digital marcaba las 4:20 de la madrugada. Aún no conciliaba el sueño y me maldije mentalmente por haber aceptado unas copas de Martini con mi mejor amiga antes de caer en la cama. Jamás lo volvería a hacer, el alcohol no me ayudaba a dormir. Al contrario, solo me mantenía despierta y caliente. Las veces que tomaba alguna copa con mis compañeros o bebía en las navidades, me confirmaban con el tiempo que era un líquido peligroso para mí. Siempre terminaba con el brillo del sudor en mi cuerpo y un calor insoportable, mientras me alejaba de todos para no caer en la tentación.

Me había ganado una buena reputación entre mi familia, amigos y compañeros, y no tenía intención de dañarla. A veces corría a darme una ducha fría, y otras veces solo me consolaban mis manos en la cama, en silencio y a oscuras, avergonzada por complacerme de aquella manera. Me sentía vacía desde que rompí la relación con mi ex. Llevaba meses con sospechas de infidelidad, hasta que llegó un hermoso sábado de verano cuando lo vi besando los labios de otra chica. Era cierto que andábamos muy ocupados en nuestro mundo de trabajo y trabajo, pero nada podía excusar aquel acto. Estuve tres semanas enteras sufriendo el dolor de su infidelidad, encerrada en mi apartamento todo el día durante el tiempo de vacaciones.

Luego de varios meses me había repuesto un poco, pero nada fue igual. Ya no reía como antes ni me gustaba salir muy seguido. Mis compañeras de trabajo me alentaban a aceptar las propuestas de alguno de los chicos para salir. Pero yo no quería nada, nunca iba más allá de alguna cena social entre amigos. Así era mi vida, distante, seria y aburrida.

Volví a mirar el reloj para ver los enormes números rojos. Las 4:55 y aún no podía dormir. Estiré mis piernas y caminé con desgana hasta la cocina. Tomé un vaso de agua y dos píldoras para dormir. Regresé a mi cama con pasos pesados y me dejé caer bocabajo. Necesitaba dormir. Tenía que volver a despertar pronto para ir a trabajar, y no me agradaba la idea de ir con ojeras.

Una brisa templada y suave me acariciaba las mejillas, bajando por mi cuello hasta llegar a mi ombligo. Se sentía tan bien que respiré profundamente. El sonido del mar comenzó a entrar de algún lugar, fuerte y seguro. Eso no encajaba en mi apartamento, de hecho, mi apartamento estaba en medio de la ciudad de Nueva York. Algo andaba mal, pero la sensación era tan agradable que solo pude abrir mis ojos lentamente.

—Pero, ¡qué demonios!

Mis ojos se abrieron de par en par al darme cuenta que no estaba en mi apartamento. Era una habitación completamente diferente. Paredes blancas enmarcadas con líneas doradas. Unos cuadros de paisajes asombrosos contrastaban con el suelo alfombrado blanco, dando un aspecto de pureza. Un gran ventanal con cortinas de seda blanca transparente dejaba ver la hermosa línea del mar y su sonido. Miré con más detenimiento para entender que estaba en una habitación de hotel.

—¿Hola?

Hice el esfuerzo de levantarme, algo me detenía. Para cuando me di cuenta estaba atada de manos y pies con una cuerda delgada y fría. Pero lo que no entendía era que la cuerda se estuviera moviendo. Alcé mi cabeza lo más que pude, solo para ver las pequeñas pero fuertes serpientes

que me apretaban las muñecas. Miré con horror mis tobillos y otras dos se enrollaban con fuerza.

—No puede ser, ¿hay alguien aquí? ¡Por favor! ¡Sáquenme de aquí!

Comencé a moverme con más fuerza para intentar escapar del agarre de las serpientes, pero ellas me lo impedían. Un escalofrío corrió por mi espalda y noté que estaba en ropa interior. Apreté mis ojos tratando de respirar con calma. Me habían secuestrado y no sabía cómo ni por qué. Una lágrima salió de mis ojos, pero antes de continuar mi llanto una voz se hizo presente.

—No tengas miedo, hermosa. No te haré daño, estás segura aquí, conmigo.

Alcé mis ojos hacia la voz penetrante y sensual que me hablaba, y me encontré a un hombre totalmente hermoso e intimidante. Era como un dios griego. Su piel, un poco bronceada por el sol, su cuerpo completamente tonificado y musculoso cubierto por una fina camisilla y pantalones pegados a su piel, sus manos grandes y fuertes, sus labios carnosos formando una sonrisa de lado, su cabello negro con algunos mechones grises, y sus ojos... los más hermosos que había visto en mi vida, verde esmeralda. Jamás había visto tanta perfección. Tanta masculinidad me hizo olvidar donde estaba y que me tenían retenida en contra de mi voluntad.

—Ya estás más calmada. Así me gusta.

—¿Qué quieres de mí? No tengo dinero ni nada que ofrecer. Por favor déjame ir.

—Mira, preciosa, ya te lo dije, no te haré daño. Pero no es tu dinero lo que quiero.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

Solté un gemido de impotencia al ver todo lo que me estaba pasando. No podía ser yo. No tenía nada que ofrecer por mi libertad.

El hombre de ojos hermosos tomó una silla de madera que estaba cerca, la dejó cerca a los pies de la cama y con toda tranquilidad se sentó con sus brazos cruzados en el pecho y una sonrisa seductora que ya me estaba robando el aire.

—Ya no tengo mucho tiempo. Pronto sonará la alarma. Pero no volveremos a ver.

—Pero, ¡¿qué rayos dices?! ¿Qué es lo que quieres?

Se levantó de la silla, caminó hasta mí y se quedó parado justo al lado de mi rostro. Pasó su mano por mi cabello mientras suspiraba y susurraba algo inentendible. Pareció pensarlo.

—Quiero tu deseo, tu placer... lo quiero para mí. Yo te enseñaré lo que es un hombre de verdad. Hasta luego, princesa —clavó sus ojos en los míos y sonrió.

El estruendoso ruido de la alarma me dejó saber que era hora de levantarse. Brinqué sobre la cama con el puño en mi pecho. Estaba nerviosa, sudaba y temblaba mientras miraba a mi alrededor solo para comprobar que todo había sido un sueño. Pero fue tan real. Aquel hombre, su mirada, su voz, su cuerpo. Estaba aturdida. Miré mi reloj y me apresuré a levantarme para prepararme e ir al trabajo. Me metí en la ducha, me vestí con un traje de tubo gris y comí algo decente para salir apresurada. Después de todo tenía que mantener mi mente ocupada luego de un sueño tan extraño como aquel.

2
DÍA ABURRIDO

Depositó la taza de café sobre el escritorio, justo al lado del monitor. Volví a suspirar de nuevo, ese trabajo me iba a matar tarde o temprano. Trabajaba como secretaria; una de tantas; para el presidente de una de las compañías más reconocidas en Estados Unidos, Empresas Motion Universe. En realidad, era agobiante, tantos documentos y tantas sonrisas falsas a los clientes. Pero era uno de los mejores salarios que daban en toda Nueva York. No me podía quejar, pero en días como esos ameritaba varios suspiros. La fotocopidora se había dañado misteriosamente, y me tocó hacer todo el papeleo de nuevo, eran unas 25 páginas, mas corregir los errores que sin querer había cometido. El cansancio con el que llegue en la mañana fue inmenso y el bendito café parecía no ser mi amigo.

Mientras apretaba con lentitud los botones de teclado, veía algunas sombras moverse rápido de un lado para otro. No le prestaba mucha atención, pero cuando escuché mi nombre levanté la vista con pereza.

—¡Laura! ¿Porque te quedas ahí sentada? ¿Qué no viste?

—¿Por qué me molestas, Elizabeth? ¿Qué no ves tú que estoy ocupada?

—Vaya, de acuerdo, sé que estas de mal humor y toda la cosa. Si quieres te traigo más café, pero tienes que venir a ver esto.

—¿Qué? —miré la cara de mi amiga con un deje de molestia.

—Avanza y verás.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire para luego agarrarme de las manos y llevarme arrastras hasta uno de los cubículos de los compañeros. Se había formado un pequeño grupito de personas, todos con las cabezas inclinadas hacia el escritorio de Paul, uno de los hombres más atractivos de aquella área. Sabía que iba a ser una pérdida de tiempo, siempre pasaba lo mismo cuando Paul armaba algún pequeño festejo. Me uní a mi amiga a su lado mientras miraba con cara neutral lo que sucedía en aquel cubículo.

—Perfecto, entonces nos veremos este viernes... sí... no olvides por favor a las bailarinas. De acuerdo... bien, adiós.

—¿Y bien? —preguntó una de las chicas de cabello amarillo cercana a nosotros.

—¡Vendrán!

Todos comenzaron a dar brincos sobre sus pies mientras hablaban y se reían tontamente. Y yo seguía sin entender nada. Hasta Elizabeth se reía como si hubiese ganado la lotería.

—¿Qué rayos sucede? ¿Para esto me hiciste venir aquí? ¡Con tanto trabajo que tengo!

—Oye, Laura —Paul se levantó de su silla acolchonada y se paró frente a mí con cuerpo rígido —, intenté mantenerlo en secreto, pero al final todos se enteraron —mi mirada seria lo forzó a seguir hablando—. Haré una fiesta en mi casa este viernes en la noche. Vendrá el grupo Los Cornudos.

De repente una carcajada se escapó apresurada de mis labios mientras volvía a dar la espalda para seguir mi trabajo. Pero la mano de Paul me detuvo para hacerme girar sobre mis pies.

—¿Qué sucede? ¿No te animas?

—Paul, me resulta sumamente gracioso que ese grupito de cantantes baratos sean los que animen tu fiesta. Después de lo que pasó con Sandra, yo pensaba que...

—Por favor, Laura, no me lo recuerdes —Paul pasó ambas manos por su cabello con mirada culpable al recordar el accidente entre su amante y su ex novia.

—Basta con que lo recuerdes tu solito —le sonreí con ironía.

—Pero vendrás, ¿verdad que sí?

—Paul, no lo sé. Sabes que no me gustan las fiestas —comencé a caminar hacia mi escritorio —, además, tengo mucho trabajo por terminar esta semana.

—Mira, muñeca —enfaticó aquella palabra sonriendo y sabiendo cuanto la detestaba—, ya ha pasado mucho tiempo después de lo de Jack. Es hora de que te diviertas un poco.

—Sé muy bien como son tus fiestas, Paul. Cerveza, cigarrillos, mujeres casi encueradas y música de locos... y ahora, ¡Los Cornudos!

—Anda, porque no vas, miras el ambiente y si no te sientes a gusto te vas —puso cara de cachorrito perdido.

—Está bien —tenía que decirle algo para sacármelo de encima y por terminar mis benditos papeles—, pero no te ilusiones.

—Perfecto.

Paul me mostró sus perfectos dientes junto con una seductora sonrisa y se marchó alegremente mientras hablaba con alguno de los compañeros que se quedaron cerca de él. Caminé con paso firme hasta mi escritorio y por fin pude seguir lo que tanto tenía que terminar. El estrés estaba sobre mis hombros y la presión que me causaba proyectar una buena impresión siempre al jefe estaba presente. Elizabeth pasó por mi lado mientras movía sus labios para dejarme saber algo, pero no lo entendí muy bien. Me pareció que dijo: “hablaremos de la fiesta luego”. Solo moví mi cabeza asintiendo para luego clavarla sobre el monitor.

El reloj marcaba las dos de la tarde, pronto saldría de la oficina y me encerraría cómodamente en mi apartamento. El día había pasado con total normalidad, aburrido como siempre. El teléfono sonando constantemente, las secretarias inquietas y atentas a su jefe, los empleados absortos en sus pequeños cubículos, alguno que otro accionista con cita, y muchas, muchas donas y café. Mis ojos casi se cerraban frente a la computadora cuando escuché mi nombre.

—¿Qué harás en la tarde? —Elizabeth se movía el cabello sutilmente.

—Lo mismo, ver alguna película y comer helado. ¿Sabes que ya comenzó la temporada de *Fringe*?

—En serio, no sé porque te gusta esa serie de televisión. ¿Por qué mejor no vienes a mi casa y pasamos alguna noche agradable entre chicas?

—Liz —la miré sobre los papeles que comenzaba a organizar—, ya no tengo 15 años.

—Por Dios, Laura, solo tienes veinticuatro y tu cara parece de diecisiete. La pasaremos bien. Además —se acercó a mi oído para susurrar— llegó Damián a la ciudad con su hermano. Lo vi los otros días y me dio su número para ponernos en contacto. Lo puedo llamar.

—Gracias, Liz —hice un gesto negativo con la mano—, pero la verdad, quiero estar sola en casa —sonreí para convencerla.

—Está bien, tú ganas, pero no te me vas a escapar.

Achiqué mis ojos mientras le sonreía para que por fin me dejara tranquila, a veces ella solía ser un poco hostigadora. Por fin había llegado la hora de salida. Recogí mi portafolio, bajé por el ascensor y me detuve en la acera para llamar algún taxi. La ventaja de vivir cerca del trabajo era que no tenía que complicarme con las cosas de los autos y los embotellamientos mañaneros.

Igual que todos los días al llegar a mi apartamento, me metí a la ducha. El agua caliente calaba por mis hombros, bajando por mi espalda pequeña. Cerré los ojos mientras la dulce sensación me abrazaba. Salí y me vestí con una cómoda camisa gigante rosada y una pequeña braguita blanca.

Caminé hasta quedar sentada frente al televisor y con el tarro de helado, clavé mis ojos en la pantalla hasta el cansancio.

SERPIENTES EN LA CAMA

Respiré suavemente el dulce aroma a salitre combinado con sabanas recién lavadas. La sensación era placentera y el sonido de las olas del mar zumbaba suavemente. Abrí mis ojos al recordar que aquel sonido me era familiar.

Allí estaba de nuevo, en ropa interior y atada por unas serpientes, fuertes pero delgadas. Miré apresurada a mí alrededor para comprobar que era el mismo lugar, y lo era. Todo estaba como lo había soñado. Pero si aquello era tan real. Intente moverme para que las sabanas taparan un poco mi cuerpo, pero no se movían ni un centímetro. Estaba descubierta. El frío resoplaba sobre mi vientre y mis pechos a través de la tela. Me hacía cosquillas, pero me producían un toque de placer. Cerré mis ojos con fuerza para entender lo que pasaba. No podía ser, de nuevo en aquel lugar.

—No sabes las ganas intensas que tenía por volverte a ver.

La voz del mismo hombre apareció a mi lado derecho. Juraba que no estaba allí, pero ahí lo tenía, real, ante mí, con sus ojos verde esmeralda mirándome fijamente, con su sonrisa seductora de medio lado y su cuerpo, musculoso y bien formado. Aquel hombre tenía que ser de otro planeta, era tan perfecto. Intenté removerme en la cama. Quería salir del agarre de las serpientes. Pero cada vez parecían aferrarse más a mí.

—No luches, perderás las fuerzas.

—Por favor, déjame ir, ¿dónde estoy?

—Estas en mi habitación.

—¿Qué?, ya veo que es una habitación, lo que quiero saber es el lugar.

—Basta con lo que dije —comenzó a acercarse a mí hasta quedar sentado en el borde derecho de la cama—. No se supone que sepas dónde estás.

Intenté moverme para quedar separada de él. Era un hombre muy atractivo y despertaba deseos y pensamientos perversos, pero no lo conocía y tampoco sabía dónde estaba y porqué. Pasó su mano derecha sobre mi cabello y una corriente eléctrica cruzó por mi columna. Estaba atrapada en sus ojos, viendo cómo su color brillaba disimuladamente. Separé mis labios para soltar el aire que retenía por culpa de sus caricias, y solo era sobre mi cabello. Sus ojos se cerraron por un instante, mientras veía como aspiraba profundo. Su rostro cambió y retiró su mano repentinamente.

—¿Quién eres? —pregunté con voz temblorosa, mientras su mirada se oscurecía pensando en algo—, me puedes decir solo tu nombre.

—En otro momento lo sabrás.

Me sonrió mientras se levantaba para darme la espalda. Por un momento pensé que se marcharía y me dejaría ahí tirada, pero me equivoqué. Tomó una silla de madera cercana al gran ventanal abierto y la colocó a los pies de la cama mientras me observaba. Levanté un poco el cuello para estar más atenta, pero algo llamó mi atención. Una serpiente, más gruesa y pesada comenzaba a subir por mis piernas. Miré aterrada y solté un grito.

—Tranquila, preciosa, no te hará daño.

Quise apartar aquella cosa de mí, pero no podía, estaba atada de pies y manos. Estaba respirando con dificultad ante el movimiento de la serpiente. Zigzagueaba por mis piernas mientras subía por los muslos, por mi vientre hasta mi ombligo. Se detuvo un momento y se elevó

para mirarme. Yo no podía moverme mientras me preguntaba mentalmente lo que me haría. En un instante volvió a bajar por mi estómago para colocarse sobre mis bragas. Se movía de un lado para el otro, hasta colocarse sobre mis muslos. Se metió entre ellos con facilidad por tener las piernas separadas, y comenzó a meterse sobre mis bragas.

—¡No! ¡¿Qué demonios hace?!

Y antes de que volviera a articular palabra alguna, comencé a sentir como mis labios interiores se abrían lentamente, provocando mucho calor en mí. Me asuste al recordar que las serpientes son de piel escamosa, pero esa no, era suave, caliente y firme. Aquello estaba mal, no podía sentir tanto placer y miedo a la vez. Era algo completamente nuevo y prohibido para mí. La serpiente comenzó a moverse hacia al frente y hacia atrás, entrando y saliendo de mí con lentitud. Estaba enloquecida, aquello no podía existir, no podía ser. Pero el placer que estaba corriendo por mi cuerpo me lo confirmaba, todo estaba sucediendo. En un instinto elevé mi cintura solo un poco más, buscando el mayor placer que la serpiente me ofrecía. Sabía que el dueño de la habitación me observaba. Busqué sus ojos mientras gemía sin parar y vi su rostro, serio y lleno de lujuria, con las manos aferradas a la silla y sus labios entreabiertos. Me excité aún más mientras sentía mi sexo más húmedo y caliente, sintiendo embestidas entre rápidas y lentas, en círculos, entrando y saliendo para provocarme. Solté un último grito ruidoso mientras mi cuerpo convulsionaba hasta la saciedad. El líquido blanco comenzó a salir de mí hasta las sábanas. La serpiente salió lentamente para luego bajarse de la cama y desaparecer de mi vista. Estaba exhausta y confundida. Respiraba entrecortadamente mientras buscaba al hombre misterioso. De pronto apareció a mi lado izquierdo, sentado sobre el borde de la cama mientras me miraba con ojos traviosos. Se acercó a mi oído y su aliento me rozó el cuello.

—Esto ha sido solo el comienzo. Espero que lo hayas disfrutado, no ha sido nada comparado con lo que te haré.

—Por favor...

—Nos vemos luego, hermosa.

Depositó un cálido beso sobre mi mejilla, muy cerca de mis labios. Dio dos pasos hacia atrás y me observó, viendo como cerraba los ojos por el cansancio.

El canal de noticias mañaneras hizo que me levantara de golpe sobre el mueble. Estaba aturdida y con frío. El helado de vainilla se había esparcido por todas mis piernas hasta el suelo y tenía dolor en todo el cuerpo por haberme quedado dormida fuera de la cama. Mi cabello estaba revuelto y un pequeño dolor se asomaba por mi vientre. Posé mi mano y sentí el calor que emanaba. No lo podía creer, acababa de tener el sueño más loco de mi vida y estaba excitada y confundida. Sonreí para mí, hacía mucho tiempo que no lo hacía. Estaba loca, pero no me importó, lo había disfrutado.

POR LOS JEFES BIPOLARES

La enorme placa dorada brillaba sobre la puerta en dónde todos temíamos entrar. A su número 66 le faltaba otro seis más para completar el número satánico. Todos los empleados de Empresas Motion Universe alguna vez nos sentimos intimidados por nuestro jefe, de hecho, creo que nos sucedía casi a diario, cuando lo veíamos entrar y salir de su despacho con cara de pocos amigos. Siempre era así, no sonreía y moría si no llevaba su café en mano.

Y allí estaba yo para resolver su pequeño contratiempo de la mañana y dejarle sobre su escritorio un delicioso café mocha con doble azúcar. Volví a tocar la puerta lo más suave pero decidida que pude. Al parecer estaba atendiendo una llamada, su penetrante voz resonaba en susurros en su despacho. Toqué por tercera vez, y a punto de girar sobre mis pies mi nombre salió de la boca de mi jefe, invitándome a entrar.

Abrí la puerta con cautela, deseando no haberle interrumpido y molestado. Lo menos que deseaba era un regaño por la mañana luego de haber dormido tan... tan bien.

—Buenos días, aquí le dejo su café, espero no haberle interrumpido.

Era extraño ver su rostro, estaba relajado, y un tanto distraído. Sus ojos azules se posaron sobre los míos, para luego observar mis rosadas mejillas. Sonrió, algo que jamás había visto de su parte. Su sonrisa le hacía verse más atractivo de lo que era, al menos para mi gusto. Su cabello negro con algunas canas que intentaban aparecer contrastaba con sus ojos azules y su piel morena. Debo decir que a los cuarenta se conservaba muy bien. Pero no era mi tipo, casi me doblaba la edad, no conocía para nada su vida y siempre, y repito, siempre, llevaba su cara severa.

—¿Puedo preguntarte algo, Laura?

—Claro.

—¿Aceptarías una cena conmigo esta noche?

—¿Perdón? —mi quijada cayó más abajo de lo debido.

—No me malinterpretes —sus palabras comenzaban a salir rápido de sus labios, poco común en su tono tan autoritario—, he recibido una buena noticia y... eres mi secretaria favorita. Pero por favor no le vayas a decir a nadie lo que te acabo de decir.

—No, tranquilo —el gran John Mayer, presidente de una compañía multimillonaria estaba sonrojado y nervioso—, no diré que soy su secretaria favorita —hablé más para mí, con sarcasmo.

—¿Acaso no lo sabías?

—¿Qué? —volví a quedar sin entender como lo hacía para haberme escuchado.

—Bueno, sé que soy un poco estricto —*demasiado*, pensé— y también sé que las personas se intimidan cuando estoy cerca, pero por dentro soy otra persona.

—¿Puedo hablarle en confianza? —por primera vez, desde mis tres años como secretaria, decidí tomarme ese atrevimiento.

—Por supuesto.

—No sé si está en un día que desea confesarse, porque si es así yo no soy la mejor persona para ayudarle.

—No, nada que ver. Mira, hagamos esto, te recojo en tu apartamento a las 7 de la noche. Pasamos una cena como personas que trabajan juntas y celebran un exitoso contrato, y te regreso a

tu casa sana y salva. ¿Te parece?

—De acuerdo —suspiré resignada.

Salí echando humos por la cabeza, con pasos acelerados para enterrar mi cabeza en la computadora de mi espacio personal. No entiendo como había accedido a cenar con mi propio jefe, maldición, esas cosas no se hacen nunca. Pero jamás lo había visto con un ápice de felicidad. Siempre tan distante y frío. Y ahora...

Me miré al espejo por quinta vez, tenía que estar segura de andar bien vestida. Mi jefe, John, había dejado una nota “misteriosa” sobre mi escritorio donde me decía el restaurante al que iríamos. Un lugar de alta alcurnia donde tenías que estar vestido casi como en los tiempos de los reyes. Mi celular comenzó a sonar con la voz chillona de una mujer y enseguida supe de quién se trataba.

—Hola.

—¿Te pusiste el traje que te mandé?

—Sí, ¿por qué tiene que ser tan escotado y provocativo? Mi jefe pensará que lo quiero seducir.

—Por Dios, nena, diviértete un poco, no van a salir en calidad de jefe-secretaria, será una cena como amigos.

—¡Elizabeth! ¿Cómo puedes decir eso? No somos amigos, ni siquiera lo podría catalogar como conocido.

—No seas aguafiestas, ya estás ahí, ahora no te echas para atrás —intenté abrir la boca, pero continuó parloteando—, ¿cómo te arreglaste el cabello?

—Cómo me dijiste, suelto sobre mi espalda.

—¿Y sobre el maquillaje?

—Solo un poco de labial rosado, algo de brillo en mis mejillas y unas largas y negras pestañas.

—Excelente. Y por lo demás te digo que...

—Por lo demás nada, yo me encargo.

—¡Esa es mi nena! —su voz retumbó sobre mi oído.

—Voy a colgar, hablamos cuando todo acabe.

Colgué el celular desesperadamente mientras repasaba mentalmente todas las posibilidades de la noche. Nunca había llevado sobre mi piel un vestido tan atrevido. Rojo pasión, con pequeños tonos negros brillantes, un escote sobre mi pecho que llegaba casi hasta el ombligo, con la espalda descubierta, largo hasta los pies y una fina línea que dejaba ver la sombra de mi pierna izquierda. Unos zapatos de aguja negro y un poco de maquillaje para resaltar. Me sentía fuera de mí misma, esa no era yo. Busqué mi mirada en el espejo. Me encontré con mis ojos avellana, miré mi cabello marrón claro mientras caía en ondas sobre mi espalda. No, definitivamente, esa no era yo.

Suspiré con los ojos cerrados. Tal vez necesitaba una distracción y un cambio. El sonido de mi celular volvió a sonar. Miré la pantalla y el número desconocido. Tal vez era mi jefe. Contesté, y su voz atravesó avisándome que había llegado y me esperaba a la entrada del alto edificio. Estaba nerviosa, pero curiosa, muy en mi interior, pero allí estaba mi conciencia, incitándome a avanzar.

5 COPA MEDIO VACÍA

La puerta de una limusina negra se abrió lentamente, seguido por mi jefe, quien vestía un elegante traje gris y corbata negra mientras se bajaba de la parte trasera para dejarme entrar. Sus ojos bailaron de arriba abajo al verme y una leve sonrisa tímida se asomó por él.

—Estás hermosa, nunca te había visto así. Me alegra mucho que me hayas aceptado este detalle.

—Sí, eemm, solo será una cena casual, ¿no es así? No acostumbro a esta clase de cosas.

—Pues te diré algo para que no estés tan incómoda: esta es la primera vez que salgo a cenar con alguna secretaria. Soy... soy bastante discreto.

Pasé por alto ese detalle y le sonreí más nerviosa aún. Si yo era la primera, entonces me dejaba pensar que esto era algo más que una simple cena de trabajo. Entré al auto lujoso y me pegué a la ventana, admirando las luces de Nueva York. John me miraba alguna que otra vez, y me preguntaba cosas triviales a las que respondía con un *sí*, *de acuerdo*, *no*, o algo parecido. El trayecto fue relativamente corto, unos treinta minutos y ya estábamos frente a un hermoso y lujoso restaurante. *Per Se*, donde la comida americana y francesa era la orden del día. Quedé asombrada ante tal lugar, sabía de antemano los exorbitantes precios, pero lo delicioso que se comía.

El chofer bajó rápidamente frente a la entrada y nos abrió la puerta para bajarnos. Mi jefe me levantó su brazo para que lo tomara, fue algo que le agradecí mentalmente por los nervios. No tuve tiempo para decirle nada. Habíamos entrado rápidamente a un hermoso recibidor, donde una hermosa joven nos indicaba la mesa previamente reservada.

—Esto es... increíble.

—¿Nunca habías venido aquí?

—No me puedo dar esos lujos, señor Mayer.

—Por favor, aquí me puedes llamar por mi nombre. Relájate y disfruta —levantó una copa de vino recién abastecida por un mesero culto.

—Entonces, John, ¿a qué se debe esta cena tan... —miré al suelo buscando las palabras correctas— repentina?

—Cómo te había dicho, quiero celebrar un nuevo contrato.

Me incitó con la mano a beber de mi vino mientras me sonreía. Tomé la copa medio vacía, o media llena, a esas alturas no podía pensar muy bien las cosas, todo había pasado tan rápido y no había tenido tiempo para analizar que estaba frente a mi jefe en un restaurante súper lujoso. Bebí despacio, sintiendo el sabor amargo sobre mi garganta y le sonreí satisfecha por el buen gusto al vino.

Me tomé el atrevimiento para hacerle algunas preguntas por el nuevo contrato, al final yo era su secretaria y me enteraría de todos modos. Dejé que hablara tranquilamente mientras mirábamos la carta para escoger la comida. No tenía ni pizca de idea sobre los platos de aquel raro menú, y mi jefe me miraba sonriente ante mis diferentes caras de duda. Opté por recomendación de John, por unas Patatas Agnolotti enriquecidas con Mascarpone y Yukón Dorado, Cebollas de Perla conservadas en escabeche y Ricotta Ahumado Vichyssoise. Creo que él iba a escoger otro plato, pero terminó por pedir lo mismo. “*Te enseñaré como degustar un buen Mascarpone*”, me había dicho de forma natural.

Realmente no se me bajaron los nervios en ningún momento. Pero admito que la cena fue deliciosa, y la música suave en vivo de fondo y las suaves voces me agradaban. Hablamos un poco más durante la cena, cosas de trabajo, sobretodo. Hasta que una pregunta peculiar sobresalió en la mesa.

—Entonces, ¿por qué no me hablas de tu vida?

—¿La mía? —deje caer más fuerte de lo debido mi tenedor.

—Claro, solo te he estado hablando de la compañía y esas bobadas. Háblame de ti.

—Yo no tengo tanto que contar, soy completamente normal.

—Pues, cuenta algo que no sea normal para ti.

Lo pensé bien. Tenía un oscuro retrato de algo que no era para nada normal.

—Bueno, recientemente acabo de sufrir una infidelidad. Pero eso ya es pasado —miré mi copa medio vacía de nuevo—, aunque a veces siento que ya no soy la misma.

—Esas cosas pasan Laura, sé lo que se siente.

—¿Ah, sí? —miré sus ojos azules con un deje de desprecio pensando que era él quien cometió alguna infidelidad, pero me equivoqué.

—No me mires así, jamás he hecho algo tan horrible —dio un sorbo a su vino y continuó tranquilo—, estuve casado por doce años, y los últimos cuatro ella me engañaba con otro tipo.

—Vaya, lo lamento, luego de tantos años debió ser duro.

—Sí que lo fue, me encerré —«*como yo*»—, lloré como un niño

—«*como yo*»—, y me costó una vida volver a sonreír —«*¡también como yo!*»

—Entonces, por eso eres tan reservado, ¿verdad?

—Sí, veo que conoces muy bien el tema.

Por un instante diminuto me sentí cómoda con él. Había descubierto que la mujer que amaba le había sido infiel, había descubierto la verdadera razón para su comportamiento antisocial, yo lo conocía en carne propia. Sentí compasión, porque por mucho tiempo había visto a mi jefe como al propio Satán, cuando en realidad solo era un pobre hombre dañado por el dolor.

Terminamos nuestra velada y subimos a la limusina. Estaba satisfecha y agotada. Durante el camino le agradecí a John toda su amabilidad y cortesía. Le confesé el hecho de nunca haber pisado un restaurante así y el solo se limitó a decir que esperaba que no fuera la última vez. El camino se hizo más corto, aparcamos al frente del edificio donde tenía que subir nueve pisos hasta mi apartamento. John se bajó enseguida para abrirme la puerta y bajarme agarrada de su mano.

—Muchas gracias, otra vez, por todo. Ha sido agradable salir y distraerme.

—Gracias a ti, Laura. A ver si vas cambiando la opinión de mi persona —sonrió caballerosamente con ambas manos atrás.

—Bueno... yo...

—Era broma, tranquila —depositó un corto beso en mi mano—, nos vemos mañana.

—Claro.

Le di la espalda y entré por las puertas de cristal al edificio, sin mirar atrás. Comencé a subir las escaleras, no me apetecía quedarme en el ascensor. Metí la llave en el cerrojo de la puerta y la abrí con lentitud. Pero una sombra se abalanzó sobre mí y caí sobre el suelo duro.

6
SEBASTIÁN

Grité con desespero mientras trataba de zafarme de unos brazos delgados. Alcé la vista para buscar el próximo rostro abofeteado por mi puño preparado. Pero la risa de esa sombra misteriosa me detuvo antes de gritar por ayuda.

—Por Dios, Elizabeth, ¿me quieres matar a temprana edad? ¿En serio?

—Lo siento, lo siento —no paraba de reír mientras me ayudaba a levantarme—. De veras, lo siento, es que no podía esperar más.

—Pero si te dije que te iba a contar todo cuando regresara, al menos pudiste dejarme un mensaje para decirme que estarías aquí. Creo que he perdido unos cinco años de vida por tu culpa.

—Nena, no es para tanto —resopló mientras me tomaba la mano para sentarnos en el mueble.

—Ya, bueno, al menos deja que me cambie, te devuelto el traje y los zapatos y hablamos.

—Ve y cámbiate, pero el traje y los zapatos te los puedes quedar —me miró de forma cómplice.

—¿Seguro?

—Claro, quien sabe si lo necesitarás para otra ocasión.

Le di un codazo a Liz por su tonto comentario y caminé a mi habitación para ponerme más cómoda.

Un camisón de seda azul con tirillas y unas pantuflas acojinadas blancas. Lavé mi cara rápidamente y amarré mi cabello en una coleta. Cuando estuve lista volví al mueble para sentarme con las piernas cruzadas y contarle toda la historia de la cena y el jefe. Ella se limitaba a escuchar y abrir los ojos, mientras que yo le hablaba con cautela para no comentar *aquel secreto de John*.

—¿Y eso es todo? ¿Nada de abrazos, besos o toqueteos?

—¿Qué rayos dices? Claro que no, él es muy respetuoso y todo un caballero.

—Pero es muy apuesto.

—Ajá, olvidas que casi me dobla la edad.

—Claro que no, tonta, solo tiene como... cuarenta o cuarenta y dos.

—Mejor cállate y olvídate de eso, jamás sucederá lo que piensas.

—Mira, es que yo creo que, si tú no sales con los hombres de tu edad, entonces deberías probar con un hombre un poco más maduro —de repente sus cejas se unieron y habló para ella misma—, los hombres de hoy son una bazofia.

—Sí, lo son, pero no me lo recuerdes.

La convencí para que me dejara tranquila y poder descansar. Necesitaba caer en mi cama rendida luego de una noche un tanto movidita. Liz me besó ambas mejillas y salió feliz de mi apartamento. Aún recuerdo cuando le di una copia de mi llave, le hice jurar que la usaría solo con propósito de amigas y nada de traer a chicos.

Me di una ducha tibia para acostarme en mi cama. Me sentía agotada y no tardé ni cinco minutos en caer profundamente dormida.

—*Laura... Laura... Despierta...*

Abrí mis ojos con pesadez. Me encontré con aquellos ojos verde esmeralda sobre mi rostro,

muy, *muy* cerca de mí. Intenté levantarme de golpe, pero choqué fuertemente con un pecho masculino de acero cubierto por una fina camisa blanca.

—Hola, hermosa, por fin despiertas.

Contemplé aquel rostro conocido. Era *él*, el hombre de mis sueños. Tan real que podía morir allí mismo por su belleza. Me sonrió con calidez mientras se volvía a separar de mí y se sentaba en la misma silla, muy cerca de la ventana. Miré mis muñecas y mis tobillos, solo para confirmar que, de nuevo, estaba atada.

—Este es mi sueño, ¿verdad?

—Así es.

—¿Entonces porque estoy atada por serpientes? Quiero que me suelten.

—Ellas te soltaran si tú en realidad lo deseas.

—¿Quién eres? Me debes tu nombre.

Su rostro cambió, se tornó serio y miró fijamente hacia el mar. Respiró profundo. Y de repente, como por arte de magia, las serpientes que me sujetaban se fueron retirando de mi piel. Quedé asombrada, pero no más que el hombre de ojos esmeralda. Busque las sábanas blancas para arropar mi falta de ropa, ya me había visto en ropa interior dos veces, pero aún tenía vergüenza.

—Veo que has cambiado de parecer.

—¿De qué hablas?

—Que ahora las serpientes se han ido.

—Yo también me quiero ir. No sé quién eres ni qué hago aquí.

—Este es tu sueño, princesa, tú decides que hacer.

—¿Seguro?

—Claro.

Sin tan siquiera dejar pasar un segundo corrí hacia la ventana. Si ese era mi sueño me iba a tirar y me levantaría. El hombre misterioso se echó hacia atrás aún en su silla mientras me observaba con ojos abiertos. Puse mis manos rápidamente sobre el frío tubo de metal para saltar, pero algo me lo impedía. No me podía lanzar al vacío, era como si una fuerza invisible me retuviera para no irme.

—Ya deja de intentar. Tú realmente no te quieres ir.

—¿Qué sabes tú?! —comenzó a caminar hacia mí, lentamente, como un depredador hacia su presa—, ¡no te me acerque más!

—¿Quieres saber mi nombre?

Sus palabras fueron tan calmadas y suaves que mi corazón se detuvo, el aire comenzó a entrar a mis pulmones más lento y pausado.

—Sí.

—Entonces entra —su voz se tornó más baja—, siéntate en la cama y te lo diré.

Volví de regreso envuelta en las sábanas y me senté como él me lo había pedido. No entendía como me pude dejar convencer tan fácilmente. Clave mi mirada en sus ojos, esperando una respuesta. En vez de eso, se acercó a mí, de pie. Pasó su mano derecha sobre mi rostro, y temblé, su contacto me produjo choques eléctricos fuertes por todo mi cuerpo. Su piel era tan cálida y fuerte, pero me acariciaba con sumo cuidado. Pasó su dedo pulgar sobre mis labios, obligándome a separarlos. Busqué su mirada y le encontré, perdido en mis ojos.

—Jamás pensé encontrarte, eres tan hermosa —cerró sus ojos fuertemente para volverlos a abrir—. No me puedo contener y no me estás ayudando.

—¿De qué hablas?

—De tu deseo.

—¿M-mi deseo? —me costaba hablar.

—Tú deseas que te bese, y yo... me muero por hacerlo.

—Entonces hazlo.

No sé de dónde se me habían escapado las palabras. Pero era cierto, deseaba que me besara. Estaba hipnotizada por su contacto, su piel, sus ojos brillantes, su boca acercándose a la mía. Respiraba con dificultad, sus labios estaban a un centímetro de los míos.

—Quiero que sepas. Me llamo... Sebastián.

—Sebastián.

Sus labios se unieron por fin a los míos, tan dulces, tan suaves y calientes. Podía sentir su deseo y el mío propio. Mis manos cayeron sobre su rostro, invitándolo a seguir besándome. El entendió, y comenzó a besarme con más pasión, su lengua tomó permiso sobre mis labios para entrar en mi boca y yo con gusto le dejé entrar. Jamás me había sentido tan llena de deseo solo por un beso. Jamás me habían besado con tanta delicadeza y furor al mismo tiempo. Mi cuerpo temblaba solo por sus labios y su forma de tomar el control. Recosté mi cuerpo sobre la cama, dejando que su peso cayera sobre mí. Se apoyó sobre sus manos sin dejar de besarme, su lengua corría con la mía en un baile sensual, y yo solo me dejaba llevar.

—Sebastián, por favor —le hablé contra sus labios.

—¿Qué quieres, nena? Dímelo.

—¿Qué me está pasando? Esto es solo un sueño.

—Yo soy muy real, preciosa, estoy aquí contigo, siénteme.

—Yo, siento que... que...

—¿Qué sientes?

Un instinto animal recorrió mi espalda. Me lancé sobre su cuerpo sin pensar. Mis manos iban desenfrenadas por su cuerpo mientras le quitaba su camisa blanca. Sebastián se aferró a mi cuerpo como si nunca me fuera a dejar ir. Me besaba con puro deseo mientras yo respiraba fuertemente. Tenía la necesidad de sentirme deseada por alguien, *por él*. Era tan decidido. Arropó mis pechos con sus grandes manos y eché mi cabeza hacia atrás ante su tacto.

Hacía tanto tiempo que no me tocaban con pasión. Su boca cayó sobre mi cuello, besándome y dejándome suaves mordidas. Estaba excitada sin duda. Lo quería, quería que fuera más lejos. «*Maldición, solo es un sueño*».

—No te vayas, Laura, espera.

—¿Qué?

Sus ojos conectaron con los míos, su reparación estaba sobre mí y así de fácil, en un abrir y cerrar de ojos desperté a la realidad. Acostada sobre mi cama, aferrada a las sábanas como si acabara de ver un fantasma. Respiraba con dificultad, mientras recordaba el dulce nombre de aquel hombre, sus labios, su cuerpo. *Sebastián*.

VIERNES DE FIESTA

Por fin viernes. Aunque claro está, el día para mí sería igual. Algún programa de televisión en la noche o una película de drama. Y pizza, mucha pizza. Mi emparedado de pavo estaba a medio comer sobre mi escritorio. No tenía apetito. Estaba tan absorta en mis pensamientos por culpa del hombre de mis sueños, Sebastián. ¿Cómo podía sentirme así por un tonto sueño? No, no era un sueño tonto. Era algo placentero y excitante, capaz de hacerte perder la cabeza, y nunca querer salir de allí. Me gustaba, muy dentro de mí me encantaba soñar con él.

Tenía varios documentos por terminar, algunas llamadas por hacer y recoger el almuerzo para Elizabeth y para mí. Maldición, mis sueños era algo que debía compartir con ella. ¿Pero qué le iba a decir? “Oh, Liz, un hombre súper sexy me está tentando y excitando en mis sueños”. No, mala idea, ¿qué pensaría de mí? Resoplé con desgana, últimamente mi mente era un desorden.

—¿Se puede saber lo que piensas?

—¿Ah? —Paul estaba parado justo a mi lado con la boca llena de algo parecido a una dona.

—Pareces un maniquí frente a la computadora —le miré con mala cara—, vendrás a mi fiesta hoy, ¿verdad?

—Ya lo había olvidado —comencé a escribir cualquier cosa con el teclado.

—Por eso te lo estoy preguntando. ¿Entonces?

—No lo sé, Paul.

—Vamos, Laura, la pasaremos bien, Liz irá y dudo que te deje quedarte sola en tu apartamento.

—Lo sé —hice silencio, pensativa sobre lo que debía responder—, no prometo nada, intentaré ir.

—¡Eso es! —me dio una palmada sobre mis hombros y se marchó.

Tal vez debía ir. Despejarme un poco la cabeza y pasarlo bien. Sé que Liz no me dejaría quedarme en casa, así que no tenía otra opción.

Busqué el almuerzo en una cafetería cercana a la empresa. Unos seis negocios más abajo y listo, algo decente para comer. Regresé con dos bolsas plásticas con olor a pastas y ensaladas. Me estaba muriendo de hambre. Saludé de nuevo al recepcionista y entré al ascensor.

—¿Qué piso?

—30, por favor —hablé sin mirar al chico que me preguntó con amabilidad.

—Eres la secretaria del señor Mayer, ¿correcto?

—Así es —miré con cautela al chico a mi lado sin entender cómo sabía ese detalle—. ¿Tú trabajas aquí?

—Sí, me aceptaron hace dos semanas —me ofreció su mano—. Mucho gusto, soy Marcos.

—Laura —le devolví la mía.

Llegamos a mi piso y él se quedó dentro. Tal vez su destino era la azotea, o tal vez solo fue cortés para acompañarme.

Coloqué con cuidado las bolsas sobre el escritorio de mi amiga sin mirar lo que hacía.

—Laura, ¿tan desesperada estás?

—Me muero por comer. Avanza y termina de escribir.

Comimos en silencio. Pronunciando algunas palabras al aire. La comida era deliciosa, una lasaña con queso Ricotta y una ensalada verde fresca con frutas secas.

A las 15:50, mientras recogía mi espacio, recibí un mensaje de texto:

< Sí o sí. Lo entendiste, ¿verdad? No acepto un NO como respuesta. Te voy a recoger en tu apartamento a las 19:00 en punto. Y más te vale que vayas adecuada esta noche. >

Mandé una respuesta rápida:

< Sé lo que significa “adecuada” para ti, y eso no pasará. Iré, pero como yo quiera ;) >

Terminé de guardar mis cosas y me marché antes de que a Liz se le ocurriera caer en mi cubículo con sus sermones.

El auto de Elizabeth era decente. Un Toyota Corolla negro del 2012. Le encantaba hacer alardes con él, pero ya era un caso perdido para mí. La esperé unos cinco minutos frente a la carretera hasta que por fin llegó. Bajó la ventanilla sin ni siquiera esperar por el movimiento de mis piernas.

—¿A eso le llamas ropa?

—No me molestes, así me siento bien. Si no te gusta me regreso y te dejare sola con esos charlatanes.

—De acuerdo —resopló con amargura—, sube o llegaremos tarde.

Yo no estaba mal. Me sentía muy bien en mis pantalones cortos, mi camisa de flores sin mangas y mis sandalias bajas azul. Dejé mi cabello en una trenza y usé muy poco maquillaje. Para mí estaba enseñando de más. Pero qué le iba a hacer, era viernes en la noche.

Llegamos a la inmensa casa de Paul a las ocho y media de la noche gracias al tapón de carros saliendo de todas partes a divertirse. Aparcamos frente a una enorme fuente circular, cualquiera podría pensar que era un famoso el que vivía allí. Pero así era Paul, estrambótico hasta los huesos. El Toyota era solo uno más de los 12 carros que estaban aparcados por el área. Las luces de colores salían por las ventanas junto con la música lejana de algún grupo de soft rock. *Los Cornudos*, ya lo recordaba. Caminamos con determinación hacia el interior de la casa, de unos dos pisos y unas 6 habitaciones. Nunca me sorprendí por la ruptura de Paul y su ex, ella debía tener muchos motivos. Paramos frente a la puerta cerrada.

—Liz, será mejor que le llames. Con la música así de alta no podrá escuchar.

No me dejó terminar de hablar cuando ella misma la abrió. La puerta estaba abierta. Debí suponerlo. Entramos impactadas por la algarabía y el bullicio de las personas. Aquello era una fiesta con todas las de la ley. La música estaba más alta, los vasos plásticos rodaban por doquier, el humo suave de los cigarrillos y las risas imparables de las chicas que ya debían estar pasadas de copas. Todo era un festejo. Muchos de mis compañeros estaban allí. Con vaso en mano y hablando quien sabe qué.

—Oye, iré a buscar a Paul, debe estar cerca.

—No quiero que me dejes sola.

—Ni que fuera la primera vez que vienes, boba.

—Lo sé, pero ya sabes que no me gustan las fiestas.

—Laura, por favor, deja las inhibiciones, ¿de acuerdo? Vamos a pasarlo bien.

Me dio la espalda sin dejarme hablar. Así era ella a veces. Me resigné, no podía hacer nada. Comencé a caminar entre la gente, saludando a quienes me conocían. Seguramente Paul había invitado a otras personas, tal vez de su antiguo empleo. Me encontré en una enorme habitación abierta de juegos, donde varios chicos estaban empeñados en dejar saber quién era el mejor en el billar. Unas cuatro chicas hablaban en una esquina, tomando algún trago, cuando una de ellas se me acercó.

—Laura, hola, linda, ¿quieres que te busque algo de tomar?

—No, gracias, Vero. Estoy bien.

Mi compañera Verónica se alejó con una sonrisa para seguir hablando con las demás, moviendo su cabello liso y rubio. Ya me estaba matando el aburrimiento. Seguí caminando, pasé por varias habitaciones: juegos, parejas besándose, parejas bailando, el baño, la cocina. En todas partes solo veía gente pasándolo bien, menos yo. Caminé un poco más, hasta llegar al patio trasero. El grupo Los Cornudos tocaba en vivo, mientras otras personas bailaban sin sentido alguno para mí. De repente sentí una pesada mano sobre mi hombro.

—Hola, Laurita, qué bueno que llegaste.

—Hola Paul —me giré para saludarlo con un beso en la mejilla.

—Toma, te hará falta —me entregó un vaso con cerveza, intenté devolvérselo, pero no me dejó.

—Créeme, te hará falta.

Su sonrisa se anchó más de la cuenta y comenzó a hablar en voz alta para todos sin importarle el ruido de la banda.

—Chicos, la parte realmente buena de la fiesta ha llegado. Quiero que los chicos vengan conmigo y las chicas sigan a Elizabeth.

Mi boca cayó al suelo. ¿Qué rayos tenía Elizabeth que ver en cualquiera fuera el plan malévolo de Paul? Todos los chicos comenzaron a entrar a la casa mientras subían las escaleras tras Paul. Elizabeth comenzó a caminar entre el pasillo hasta llegar a la última puerta. Todas las chicas comenzaron a entrar ansiosas entre murmullos y preguntas. Tenía mucha curiosidad, pero tratándose de Liz ya podía tener una idea, siempre había chicos en sus planes. Dejé pasar a todas y esperé a mi amiga que entraba con una sonrisa más grande que el mapamundi.

—¿Me puedes decir qué rayos está pasando? ¿Qué tienes tú que ver con Paul?

—Laura, por Dios, ¿no puedes simplemente entrar y verlo por ti misma? —entró con determinación a la habitación— Qué muchas preguntas haces.

Pasé por alto su comentario y entré tras ella. Quedé completamente impactada con la visión que tuve ante mí. Era un cuarto de striptease. Las luces de colores en el techo eran tenues. Un tubo plateado caía del techo a una pequeña plataforma redonda. Las doce sillas acojinadas quedaban justo al frente, muy cerca de la tarima. Se escuchaba una música muy suave y muy baja, tal vez de fondo. Elizabeth tomó mi mano de prisa y se sentó al frente tirando mi trasero sin compasión a su lado.

—Esta es una de las ventajas por ser la organizadora.

—¿Qué?

Todas las chicas hablaban entre ellas muy emocionadas, ansiosas por lo que vendría. Y yo lo sabía. Sabía lo que estaba a punto de pasar, solo que no estaba segura de mi reacción.

Varios minutos pasaron, poniéndonos tensas a todas. Cuando de pronto, sin previo aviso, las luces se volvieron oscuras y solo una reflejaba el escenario. La música que antes era suave ahora se tornaba más alta y sensual. Un vaivén de melodías lentas pero profundas que te incitaban a pecar. Las chicas comenzaron a aplaudir y silbar, a la espera de lo que se acercaba. Mis nervios me comían viva, nunca había estado en un show como estos. De hecho, solo pude ver uno en una ocasión de mi vida por la televisión. Recuerdo que quedé tan excitada que tuve que tomar pastillas para dormir y ponerme una bolsita de hielo sobre la cabeza.

Una sombra masculina irrumpió mis pensamientos. El cuerpo empezó a aparecer tras una puerta oculta de algún lugar. Se subió a la tarima seguro de sí mismo. Pasó ambas manos al frío tubo de metal, y la única luz bronceada le reflejó la cara y continuó bajando por todo su cuerpo. «Por Dios, está casi desnudo». Sus ojos azules miraban con atención a todas las chicas. Su

sonrisa perturbadora ya estaba provocando suspiros entre ellas. Su piel blanca, firme y musculosa comenzaba a moverse de un lado para el otro sobre el tubo. Sus piernas eran adecuadas para un hombre que hacía ejercicio. Y solamente, repito, solamente estaba cubierto por una diminuta tanga blanca que marcaba demasiado todo su paquete. Mi corazón bombeaba con fuerza. Ver aquel hombre así me estaba provocando espasmos entre los muslos. El chico comenzó a moverse más, daba vueltas por el tubo al compás de la música. Se tocaba, sonreía, nos miraba como si nos deseara a todas. «*Dios, esto es criminal*». Se movía tan bien. Cerré mis ojos para concentrarme en solo pasarlo bien y disfrutar del momento. Sentí el codazo de mi amiga para llamar mi atención. La música alta y las chicas gritando ansiosas cubrían el lugar. Solo me limité a sonreírle.

Abrí mis ojos y estuve a punto del desmayo. Creí que había muerto en aquel lugar, porque allí estaba él, *Sebastián*. Ya no estaba el otro hombre, su cara y su cuerpo había sido remplazado por él. Dejé de ver a mis compañeras, dejé de escuchar la algarabía y las risas de Liz, dejé de escuchar la música alta, las luces se apagaron aún más y solo mi mirada estaba concentrada en el rostro de Sebastián y su abdomen.

No podía ver nada más, como si el destino no me permitiera saborear más abajo de su ombligo. Aun así, lo podía ver a él, sus ojos color esmeralda clavados en los míos. Sus manos tocándose sus pectorales mientras me sonreía. Se veía tan fuerte, tan varonil como un dios griego. Estaba muerta, tenía que ser. Aquella imagen era tan real. Sebastián comenzó a acercarse más a mí, mientras mi corazón se detenía confirmándome que aún estaba viva donde quiera que estuviese. Sus manos tocaron mi cabello mientras su cuerpo daba vueltas alrededor de mi silla. Volvió a estar frente a mí. Pasó su pierna derecha sobre mi pierna izquierda y la otra sobre mi derecha. Tenía todo su *regalo* frente a mí. A centímetros de mi cara. Mi boca se abrió como por arte de magia, deseando tenerlo más cerca, solo un poco más. Su olor se metía dentro de mí, inundándome, embriagándome. Alcé la vista para mirarlo otra vez, tenía que confirmar que en realidad era él. Y ahí estaba aún, mirándome desde lo alto, con aquella bendita sonrisa que me calentaba más de la cuenta. Su rostro comenzó a bajar, hasta que sus labios rozaron mi oreja izquierda.

—Te dije que quería tu deseo, haré que me desees tanto como yo a ti, preciosa, estoy deseando verte de nuevo. Todo esto que ves puede ser tuyo.

El cielo. Allí es donde estaba. Cerré mis ojos con fuerza y pronuncié su nombre por lo bajo. Los volví a abrir y me volví a encontrar con el hombre original del baile, el que debía estar allí todo ese tiempo. Había terminado su número y se apresuraba a bajar para volver a meterse en otra habitación. Todas las chicas gritaban y aplaudían, mientras yo solo respiraba con dificultad. Lo había visto, Sebastián bailó para mí. Me provocaba. ¿Cómo rayos mi mente me hacía esto? ¿Tan deseosa estaba por él? Maldición, necesitaba una ducha. Le arrebaté el trago a Liz, que estaba igual de sofocada que yo justo a mi lado y me lo tomé de un sorbo.

—¡Mujer! —reía a carcajadas sin disimular— ¿Quieres que te traiga un galón de agua?

—No, no. Llévame a casa por favor. Necesito salir de aquí ahora.

—Estoy de acuerdo contigo.

Salimos rápidamente de la casa de Paul, sin ni siquiera habernos despedido. Pero así éramos nosotras. «*Vete ahora y habla después*». Liz me dejó en mi apartamento y se marchó a su casa a toda prisa. Rogaba para que no tuviera un accidente. Subí las escaleras otra vez. A ese paso no necesitaría hacer ejercicio cardiovascular. Me metí rápidamente y cerré la puerta con un sonoro ruido. No estaba bien, haber fantaseado con Sebastián no estaba bien. Me tiré sobre la cama sin quitarme nada. «*Tengo que dormir, tengo que dormir*». Repetí mi mantra hasta quedarme dormida. No sin antes recordar por última vez aquellos hermosos ojos verdes.

8
SUAVES CARICIAS EN
LA ARENA

Era un completo alivio saber que por fin era sábado. Tenía el día completamente para mí. Podía ser libre y hacer lo que se me diera la gana. ¡Sí! Muchas películas. Muchos helados. Muchas pizzas. Mucha arena. Espera... ¿arena? «¿Qué demonios hago yo en la arena?»

Abrí mis ojos de golpe al sentir las sales por debajo de mi cuerpo. Me incorporé quedando sentada y por poco me muero de un infarto al ver que estaba frente al mar. Miré a todas partes, buscando alguna repuesta. Por Dios, tenía que ser un sueño. Entonces lo recordé. Pero nunca había despertado sobre la arena frente al mar. Siempre era en aquella blanca habitación. Me di cuenta que a mis espaldas solo había montañas. Una jungla perdida. Tenía que estar en alguna isla. Solo un pequeño edificio alto y gris se dibujaba entre los árboles frondosos. Allí estaba, muy, muy lejos. Volví mi vista hacia el mar. ¿Por qué estaba allí? ¡¿Y qué hacía preguntándome esas cosas en sábado, en mi bendito sueño?!

Volví a caer de espalda sobre la fría arena. Cerré mis ojos sintiendo la tranquilidad, el suave vaivén de las olas y sus melodías. El sol picaba en mi piel, hasta que una sombra se posó sobre mí.

—Me gusta tu pijama.

Esa voz. La reconocí al instante. Sebastián.

Giré mi cabeza hacia él, viendo su escultural cuerpo cubierto por un fino pantalón blanco y sin camisa. «*Oh Dios, ayúdame a respirar.*» Sonrió levemente al ver mi cara sonrojada y sus ojos se llenaron de alegría. Quedé sentada sobre la arena y me le quedé mirando.

—¿Por qué no estoy en la habitación blanca?

—No lo sé, recuerda que es tu sueño.

—Esto es extraño, se supone que en mi sueño las personas no dicen esa clase de cosas.

—Asumo que tampoco las personas con quienes sueñas te desean tanto como yo a ti.

Perfecto. Me quería matar. Suspiré ante sus palabras y una corriente eléctrica corrió por mi entrepierna. Sabía lo que era, pero quise ignorarlo. Sebastián se acomodó a mi lado, dejándome apreciar su perfecta espalda y sus brazos tonificados. Su cabello iba revuelto, al parecer recién bañado, y por primera vez me percaté de su tatuaje: una enorme serpiente corría por toda su espalda, con colores muy vivos. Podía jurar que se movía, pero tal vez el movimiento de las olas y el sol provocaba ese efecto.

—Me gusta tanto cuando te quedas mirándome así.

—¿Cómo así? —miré hacia mis manos.

—Así no —levantó mi cara hacia él con sus dedos, obligándome a mirarlo—, así está mejor. Eres hermosa.

—Yo... no soy gran cosa.

—Jamás digas eso, eres la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida.

Se acercó a mí. Contuve la respiración contado hasta... ¿mil, tal vez? Él me hacía sentir tantas cosas a la vez. Este era mi sueño, y era perfecto. Un hombre desconocido, gloriosamente hermoso con un lado muy perverso, me deseaba. A la mierda el amor. Bastante había sufrido por culpa de Cupido.

Los ojos de Sebastián me escudriñaban con atención, esperando alguna respuesta.

—Es sábado, mi día libre es hoy y mañana —dejé escapar el aire lentamente por su cercanía.

—Tú y yo podemos tener todos los días libres que quieras. Solo tienes que desearlo, preciosa.

Lo acepto, caí en su juego de palabras. Esperé algunas palabras más de su parte, pero en vez de eso me besó. Lo anhelaba tanto, su boca, sus manos cálidas, todo era tan especial. Dejé que me besara con detenimiento mientras yo me dejaba hacer. Jugué con su lengua mientras levantaba mis manos para acariciar su espalda desnuda.

—Laura —pronunció mi nombre con veneración.

—¿Sí?

—¿Quieres que pare?

—No.

—Si continuó, no podré parar.

Lo dejé sin respuesta y me aferré a sus brazos, obligándolo a que cayera de rodillas entre mis piernas. Caí de espaldas por el peso, pero solo se apoyaba de las manos para no aplastarme por completo. Me besó con ímpetu, al igual que las olas del mar comenzaban a moverse con más fuerza. Era una sensación tan agradable. Me encontré a mí misma gimiendo. Me sorprendió escucharme gemir bajo el cuerpo de un hombre. «*Siempre sola, pero no por esta vez*».

Como si pudiera leer mis pensamientos, Sebastián quedó apoyado en una sola mano, mientras me besaba, y con su mano derecha comenzó a bajar por mi ombligo. Metió su mano entre mi pequeño pantalón corto de seda, por encima de mis bragas y solo con un toque ligero presionó ese monte de placer.

—Oh, Dios...

—Hace mucho que no sientes esto, ¿no es así?

—Ajá.

—¿Quieres que siga?

—Sebastián...

—Dímelo, preciosa, ¿quieres que siga?

—Aja, sí.

Fiel ante una orden, Sebastián comenzó a mover su dedo justo por encima de la tela. Sus movimientos circulares comenzaron a tener efecto en mí. Cada vez más dedicado, más urgente. Dejé caer mi cabeza hacia atrás, sintiendo todo el placer y el calor que me estaba regalando solo con su mano. Su boca cayó en mi cuello, dejando rastros de su lengua y sus dientes. Solté un pequeño grito de súplica y cerré mis parpados con fuerza. Sabía que sonreía, sentía su boca sobre mi cuello.

—Voy a tener que quitarte esas lindas bragas que llevas. Lo siento, nena, pero están mojadas.

—¿Qué? Pero yo quiero que...

—Oh, preciosa, te va a encantar.

Sin dejarme protestar, arrancó la tela con sus dos manos, haciéndola pedazos y dejándola colgando sobre sus dedos para que admirara su obra. Levanté un poco más mi rostro, sintiendo el calor insoportable en mi cuerpo.

Volvió a tumbarse en mí.

—Mírame.

Obedecí sin dudar. Estaba esperando su próximo movimiento. Colocó de nuevo su dedo justo encima de mi sexo, sin hacer ningún movimiento.

—Estás muy caliente.

Dejó escapar un sonido profundo, y sin pensarlo me introdujo dos dedos a la vez. Grité ante la

intrusión. Hacía demasiado tiempo que no sentía tanto. Separé un poco mis piernas por instinto. Mi cuerpo cayó completamente en la arena mientras sentía los movimientos dentro de mí. Sebastián pasó su mano libre por detrás de mi cuello y me ayudó a levantarme un poco, solo para estampar su boca contra la mía. Dejó de ser lento, y comenzó a penetrar sus dedos en mí con más fuerza y rapidez. Gemía contra su boca y él dejaba salir sonidos inentendibles para mí.

—Nena, no te resistas, córrete para mí.

Sí. Lo necesitaba. Y estaba llegando. Lo sentía, la presión en mi vientre pronto iba a estallar. Sebastián no paraba y yo tampoco dejaba de gritar y pedir piedad mentalmente. Estaba derrotada, dejé caer mi peso abruptamente sobre la mano que apoyaba mi cuello y estallé sobre él. Un orgasmo tan candente que grité su nombre muy alto mientras me corría.

Me costó varios segundos volver a recomponerme, tal vez minutos. Pero Sebastián seguía ahí, justo sobre mis piernas, y sus dedos aun no salían de mí. «¿Qué está esperando?» Entonces lo supe. El esperaba por mí. Clavé mis ojos en los suyos y por primera vez sentí algo más, una sensación que inundaba mi alma hasta límites inexplicables. Tal vez... algo parecido al amor. ¡Pero no!, eso jamás. No pude dar rienda suelta a mis pensamientos, Sebastián comenzó a sacar sus dedos con suma lentitud, saboreando cada centímetro de mi cuerpo. Yo le agradecí, mordiendo mi labio para no gemir ante su ausencia. Estaba rendida.

—Esto ha sido solo un detalle, hermosa. No sabes todas las cosas que quiero hacerte —me miró de forma tan perversa que me sentí un poco asustada.

—Sebastián, esto me ha... me ha... gustado, mucho. Hace mucho tiempo que no... pues, que no hacía algo así.

—Lo sé, lo sentí, estas apretada como una adolescente.

No podía sorprenderme ante su comentario. Definitivamente él debía tener experiencia en el asunto. La forma en la que movía sus dedos. Como me besaba, como dejaba su fragancia en mi cuerpo...

Un sonido extraño me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué es eso? —pregunté, levantándome con suavidad.

—Laura, quiero verte otra vez, no te pierdas mucho.

—¿De qué hablas?

El ruido se hacía cada vez más fuerte. Como unos fuertes toques en una puerta. *¡No había ninguna maldita puerta!* Vi como Sebastián guardaba mis bragas hechas pedazos en el bolsillo del pantalón, mientras me sonreía de lado.

Sus ojos brillaban con tanta fuerza, tan hermosos. Parecía una niña pequeña ante su dulce favorito, completamente embobada. No entiendo como esto me llegó a pasar. Este era mi hombre. «¿Dije mi hombre?»

El ruido de la puerta me levanto de golpe. Mire el reloj en mi mesita de noche. 13:15 de la tarde. «*Joder, ¿en serio es esa hora?*» Eso nunca me había sucedido. Es cierto que era sábado, pero nunca despertaba tan tarde. Miré las sábanas revueltas, y me toqué la piel. Algo había pasado. Sí. Mi sueño. Sebastián estuvo allí. Me provocó un orgasmo intenso. Llevé mis manos hasta mi vientre, bajé un poco más y toqué mis bragas blancas. Estaban húmedas. Retiré mi mano y me sorprendí. «*Esto es nuevo*». Nunca me levantaba así.

Maldito sea el golpeteo de la puerta que no paraba. Me levanté de la cama, con el pelo revuelto y mi pijama estrujado. Quien quiera que fuese se llevaría “una buena charla a las malas de Laura”. Esperé un poco más, justo en frente de la puerta, quería ver la reacción de la persona tan...

—Laura, sé que estás ahí. Ábreme la puerta, por favor.

Espera, esto no puede estar pasando. Tal vez mis oídos me fallaron. Tal vez seguía en un sueño. Pero si estaba soñando entonces era una pesadilla. La voz de mi ex resonaba justo al otro lado. Maldición. «*¿Qué rayos hace aquí? ¿Qué quiere a estas alturas?*» Lo iba a dejar ahí plantado, no tenía por qué abrirle la puerta. O tal vez sí, tal vez se merecía un poco más de sermoneo por lo patán que era. ¿Pero realmente quería? ¿Quería encontrar su cara y revivir el pasado?

**REVIVIR EL PASADO ES
MALA IDEA**

—Laura, te lo suplico, abre la puerta.

Y allí estaba, con la mano en el aire pensando si abrir o no. Me inflé de aire y como máximo decidí hablar.

—¿Qué demonios quieres, Jack? ¿No es suficiente con haberlo dejado como lo dejamos?

—¿Ves? Sabía que estabas ahí, preciosa. Vamos, ábreme, tengo algo que darte.

—En primer lugar, no me llames preciosa —arremetí mi puño contra la puerta—, y en segundo, no me interesa una mierda de lo que tengas para mí.

«Laura, cálmate, por Dios, es solo un paquete que te llegó.

No sé qué es.

Pero lleva tu nombre y no me he atrevido a abrirlo.»

¿Un paquete? ¿Para mí? No, aquello debía ser una equivocación. Cambié la dirección al mudarme y todo lo recibido me llegaba muy bien a mi lindo apartamento. ¿Por qué tenía Jack un paquete a mi nombre? La verdad, la curiosidad me estaba matando.

No tuve de otra. Abrí la puerta con la conciencia gritándome y abofeteándome la cara.

—Hola —me dijo con sus enormes ojos oscuros y su cabello revuelto.

—Has venido en moto, ¿verdad?

—Qué detallista eres, no has cambiado nada —me sonrió mientras me entregaba el paquete, arrepintiéndome casi al instante por fijarme en algo así.

—Tú tampoco —le miré con las cejas arrugadas.

—¿Me dejarás pasar?

Y ahí estaba la gran pregunta. Claro que no quería dejarlo entrar, no quería nada que ver con él. Pero al menos tuvo la decencia de llegar a mi apartamento y dejarme mi paquete en perfectas condiciones. *«Espera un momento, algo no cuadra...»*

—Jack, ¿cómo rayos has llegado aquí?

—Tu mamá me lo dijo —tiré la caja al suelo, sin importancia, para darle una tremenda paliza, pero levantó sus manos en un parpadeo—, oye, oye, tranquila. Yo aún guardo su número y le dije que había llegado un paquete a tu nombre. Ella solo me dio tu dirección.

—Bueno, pues, ya me lo entregaste —esperé a que se fuera, pero seguía firme como una roca en el portal.

—Laura... por favor, déjame pasar.

—Vete, no lo compliques.

—Por favor, quiero que hablemos —abrí mis ojos como plato— solo como amigos. Nos conocemos desde pequeños. Solo serán cinco minutos.

«Lo pienso... lo pienso... lo pienso...»

—Solo cinco.

—Gracias.

Caso omiso a mi conciencia. Lo dejé pasar y le mostré el mueble para que se sentara. Le ofrecí un vaso de agua, que aceptó de inmediato y le pedí que me esperara en lo que me cambiaba de ropa y me ponía algo más decente. Era irónico que, luego de haberme visto tanto tiempo desnuda,

ahora me incomodaba. «*El amor no te quiere, Laura*». Reprendí mis pensamientos. Volví a la sala con unos pantalones cortos y una camisilla púrpura.

—Aún usas esa camisilla —Jack me sorprendió con su voz mientras recogía el paquete del suelo.

—Eh, sí, me gusta.

—Recuerdo la primera vez que la usaste conmigo, ¿te acuerdas?

—Claro —reí ante el recuerdo—, la compré y no duró ni un minuto cuando Nini me arrojó el café caliente.

—Sí, jamás lo olvido —Jack dejó el vaso vacío y me ayudó a abrir el paquete con su navaja negra.

Hice contacto con su mano por error. Me hice para atrás en un santiamén.

—Aún te pongo nerviosa —sus ojos se conectaron con los míos.

—No te equivoques, Jack. No son nervios.

—Laura, no dejes que el odio te ciegue. Nos conocemos desde años. Hemos pasado por muchas cosas juntos, cosas buenas y malas.

—Exacto, lo has dicho. Malas. Y las malas han sobrepasado las buenas.

—Laura...

—Simplemente no me agrada tu contacto.

Le miré a los ojos con intención de dejarle saber mis emociones. Realmente no me agradaba su contacto. Solo con recordar aquella imagen de mi novio besando otros labios... «*¡No! Deja de pensar en esas cosas.*»

No hablé más. Me limité a rasgar la caja y terminar de abrirla para dejarla a mi disposición. La acerqué a mí con cautela, mirándola sobre la mesa de centro. Abrí las tapas de cartón y saqué la pesada envoltura de plástico que cubría el misterio, los cuales saqué con emoción. Mi subconsciente sabía lo que había, pero yo estaba reacia a creerlo. Había pasado tanto tiempo.

—¡Vaya! ¿Eso es...?

—Sí —dije incrédula.

Terminé de sacar la envoltura y aprecié aquel hermoso pedido que tantos meses atrás había hecho por internet. Una antigüedad estaba sobre mi mesa. Una hermosa caja de música en forma de piano resplandecía, con una tapa de color naranja, tallada a mano. Las pequeñas teclas estaban un poco desgastadas y el metal estaba quebrado en algunas patas, a causa del tiempo.

Pasé mis dedos sobre el acrílico. Observé con admiración aquella magnífica pieza.

—Laura, es increíble que te haya llegado.

—Sí. Pensé que nunca llegaría.

—Me alegro tanto que al fin lo tengas. Teniendo en cuenta el costo — de echó a reír con gracia. Cierto, él lo había pagado para mí.

—Jack, te devolveré el dinero.

—¿Qué? Estas soñando, ¿verdad? Claro que no me darás nada.

—Esto lo has pagado tú. Costó mucho dinero, y ya no somos nada. Deja que te lo devuelva — hice intento de levantarme para buscar mi bolso, pero su mano se aferró a mi muñeca, impidiendo el movimiento.

—Amor, no tienes que darme nada —me deshice de su agarre con un deje de repulsión por llamarme amor. «*Hace mucho que dejé de ser tu amor*»—. Laura, mírame.

—Jack...

Lo miré como había demandado. No podía negar que su voz era autoritaria cuando se lo proponía. Y esa era una de las cosas que me habían hecho caer enamorada. Tonta, tonta. Clavó sus

ojos en los míos. Me dejaba saber tanto con su mirada. Lo descubrí, conocía esos ojos, eran los mismos que los míos, un tiempo atrás. Dolor y tristeza, era todo lo que se veía. No nos dirigíamos la palabra, solo se creó una extraña conexión entre nosotros. Eran muchos los años que compartimos juntos, y como él mismo dijo: “hemos pasado por muchas cosas juntos, cosas buenas y malas”. Nos habíamos llevado tan bien durante un tiempo, pero luego llegó la monotonía, luego nos alejamos, ambos en nuestro propio mundo.

Sus ojos seguían mirándome, esperando alguna respuesta de mi parte. Pero yo no podía hablar. Mi cabeza estaba llena de imágenes, todos sus besos, todas sus caricias, sus palabras. Pero nada comparado con *él*... el hombre de mis sueños. «*Sebastián.*» Temblé ante su imagen, invadiendo mi mente y mi cuerpo por completo.

—Laura, por favor, te lo ruego —gracias a Dios sus palabras me sacaron de mi espacio en el limbo—, dame la oportunidad de demostrarte lo que soy ahora.

—No, Jack. No hay nada que hablar —bajé la mirada. Necesitaba desconectar aquella sensación entre los dos.

—Mira, no te voy a presionar. Te daré toda una eternidad si quieres. Pero quiero que sepas que aún sigo enamorado de ti como un loco. Yo...

—Jack, basta.

—No, déjame terminar. Sueño contigo casi a diario. A todas partes que voy solo tengo recuerdos de ti. No hay un día en que no piense en ti.

—Tan enamorado estabas de mí ese día cuando... cuando te estabas besando con aquella mujer.

—Por favor —se levantó de golpe—, ya te expliqué lo que sucedió, estaba pasado de copas. Pero fui un estúpido, yo fui el culpable por haberle aceptado escuchar sus problemas. Sabes muy bien como soy, soy un caballero, no me gusta ver a las mujeres llorar.

—Mentira. Me hiciste llorar por semanas, meses —me levanté igual que él para caminar hasta la puerta y sacarlo de mi espacio. El solo recordar todo aquello me estaba poniendo mal.

—Nena, no seas así conmigo.

—Te mereces esto y más. Lo sabes.

—Sí. Lo sé. Pero ya ha pasado tiempo. Te expliqué que solo fue un error y no lo hice en conciencia. Solo te amo a ti. Siempre ha sido así, y ya somos bastante adultos.

—Vete ya, por favor —le mostré la salida con la mano.

—Está bien. Me voy, pero te dejo esto. Por si me necesitas, para lo que sea —sacó de su bolsillo trasero una pequeña tarjeta con su número telefónico y me la entregó con suavidad. Aún tenía esa mirada de dolor.

«*¿Por qué me siento culpable?*

Culpable de nada. Saca esa culpa de aquí.»

—Adiós, Jack.

Lo vi marchar por el pasillo hacia el ascensor. Cerré de un portazo y regresé a mi hermosa caja musical de piano. Caí sentada con pesadez y le di cuerda al diminuto piano, aun pensando en la visita de mi ex. Unas suaves y dulces melodías comenzaron a sonar, me relajaban tanto. Después de ver a mi ex aquí en mi apartamento, después de escucharlo hablar así, un mar de confusión se atornillaba en mis huesos. Había arrepentimiento en su voz, lo podía notar, también mucha tristeza. Pero se lo tenía merecido. El daño que me ocasionó fue incomparable. No volví a ser igual por su culpa. ¡Maldición! ¿Y si estaba siendo muy dura con él? Dios me iba a castigar por tratarlo así durante meses. «*¡Claro que no, besó la boca de otra!*» Y siempre terminaba convenciéndome de la ira que sentía. Incluso en una ocasión, Jack llamó a mi madre llorando, explicándole lo que

había pasado, diciéndole que él no había hecho nada intencional.

Estaba tan confundida. Sus ojos se quedaron en mi memoria, su perfume varonil se quedó también por todo el lugar y... mierda, dejó su cuchilla sobre la mesa de centro. Ahora tenía que hacérsela llegar y no lo quería ver. Resoplé derrotada, aquello era demasiado para mí. Mi sábado se había dañado.

Pero no podía ponerse peor hasta que llamara a mi madre y le exigiera una explicación. Me la merecía, ¿no? Ella no podía andar por ahí dándole la dirección de mi apartamento a cualquier infiel que se le ocurra venir a verme y dejarme algún paquete.

Busqué mi celular, escondido entre papeles y revistas sobre la encimera de la cocina. Marqué su número con ansias. Un timbre... dos, tres, cuatro y...

—Hola, mi niña hermosa. ¿Cómo estás, querida? ¿Cómo te trata la vida?

—Mamá, ¿por qué le dijiste a Jack donde vivía?

—Cariño —alzó su voz chillona—, esa no es la forma de saludar a tu madre.

—Mamá, hablamos constantemente. Ahora, ¿me puedes contestar la pregunta? ¿Por qué rayos le dijiste, mama? ¡Ahora vendrá cuando le dé la gana!

—Laura, querida, él solo quería darte personalmente un paquete. Además, no es un acosador. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Mamá —escupí con coraje por su tranquilo tono de voz—, olvídalo. Hablamos después.

Y colgué, así de sencillo y sin despedirme. Esa conversación se iba a poner fea si seguía y no deseaba dañar más las cosas. Tal vez al próximo día la llamaría y hablaría con ella, más calmada. Ahora tenía un problema. «*No, tienes varios*». Le iba a pagar a Jack por la caja de música, le tenía que devolver su navaja y tenía que sacarme las estúpidas y locas ideas de hablar con él de nuevo. Pero lo más insólito de todo: quería ver a Sebastián, lo necesitaba con desesperación. Pero, ¿qué demonios podía hacer? Él solo estaba en mi mente.

10
RESOLVER PROBLEMAS
PUEDE SALIR CARO

Me gusta la limonada, con dos cubos de hielo y dos de azúcar. Es tan refrescante, tan dulce y fuerte a la misma vez. Necesitaba una con urgencia, tantas cosas ocurriendo a la misma vez sin descanso me producían calor y ansiedad. Me revolví en la cama una y otra vez hasta internalizar que debía salir de allí. Y ahí estoy de nuevo, en la habitación blanca. No había nadie, solo el pausado sonido del mar entrando por la ventana. Con gran alivio descubrí que no estaba atada por serpientes, no eran de mi completo agrado. Observé con cautela la puerta blanca, tal vez debería salir y ver que se encontraba al otro lado. Puse mis pies sobre el suelo, estaba frío. Entonces escuché un siseo, proveniente de algún lado, pero no lograba descifrar de dónde.

—Saben que quieres salir.

—¡Ah! —pegué un grito, a la vez que me pasaba la mano por el pecho.

Giré sobre mis pies para encontrarme con los ojos de Sebastián. Resplandecían bajo la fina tela sobre las ventanas abiertas. Él no estaba allí cuando miré, pero vamos, así son los sueños.

—Eres una chica mala, muy mala.

De acuerdo, sus palabras me desconcertaron. ¿A qué venía todo eso? Se acercó a mí con lentitud, dejándome apreciar su hermoso cuerpo. Los mismos pantalones blancos, y su pecho cubierto por una camisilla negra. «*Oh, Dios, sálvame.*» Me sonrió, cómplice de algo que desconocía. Me estaba poniendo nerviosa. Di un paso hacia atrás y choqué mis muslos con la cama.

—Nena, no te asustes. Ven aquí.

No me dio tiempo de reaccionar, cuando sus labios estaban sobre los míos. Sus manos corrían por mi espalda de arriba hacia abajo en un baile lento y sensual. Me estaba incitando a pecar. Lo sabía. Busqué su lengua con la mía. Sebastián mordió mis labios con fuerza mientras me sacaba gemidos desconocidos para mi propio cuerpo.

—Sebastián, espera.

—Preciosa, no me hagas parar. Por favor —me suplicó con sus labios en los míos.

Sabía a dónde iba a parar todo. Sus manos me empujaron levemente por los hombros y caí de espaldas en la cama, sobre las sábanas blancas. Alcé la vista y vi cómo se quitaba la camisilla, para dejarla en el suelo. El siseo se hacía más fuerte y con el rabillo del ojo vi las dos serpientes en una esquina de la habitación, muy cerca de la puerta.

El peso de Sebastián cayó sobre mí. Solo se sostenía con sus manos. Comenzó a darme besos sobre mi vientre. Subía a paso muy lento, deleitándose en su tarea. Aferré mis manos a su cabello. Estaba perdida. «*No pares ahora, Laura.*» Abrí mi boca para dejar escapar el aire retenido. Estaba excitada y este hombre solo me ofrecía besos y caricias.

—Te has portado muy mal, y por eso te voy a castigar.

—¿Qué? —sentí algo frío enroscarse sobre mis muñecas y alzándolas al cabecero de la cama.

—No me gusta que tu ex te esté rondando. Pero sobretodo, no me gusta que tengas dudas a estas alturas.

—¿Dudas? Yo no tengo...

No pude terminar la frase. Sebastián metió sus dedos y tiró de mis pantalones cortos de dormir

junto con mis bragas. Dejé escapar un gemido ante la sorpresa. No me esperaba algo así.

—Ahora voy a encargarme de que no pienses en él ni un solo segundo. Laura, más te vale que estés preparada para esto.

—Sebastián...

Ví cómo me miraba por última vez, su mirada era tan profunda. Me dejaba ver todas sus intenciones, todas las cosas perversas que me haría. Hundió su rostro entre mis muslos, y sin pedir permiso ni esperar alguna respuesta dejó caer su boca sobre mi húmedo sexo. Levanté mi cara hacia el cielo. Bendito Dios por lo que sentía. Su lengua comenzó a trazar círculos sobre mi punto más sensible. Las serpientes no me dejaban mover mis brazos y las manos de Sebastián me mantenían las piernas muy abiertas para él. Estaba llegando al infinito. Su boca no se detenía, arremetía contra mí sin piedad, sin dejarme respirar. Gemía sin parar, como nunca en mi vida lo había hecho. Dejé escapar su nombre varias veces. Arqueaba mi espalda para prolongar lo que estaba a punto de llegar.

—Vamos nena, eso es, déjate llevar.

—Sebastián... ah, por favor...

—Siéntelo, vamos, córrete.

Y entonces la realidad llegó explotando en mi cara. En mi escritorio, en mi teclado y en el café de las nueve.

—Laura, aquí llamando a tierra... ¿hola?... ¿escuchaste lo que te acabo de decir?

—¿Qué?

—Perfecto, no escuchaste nada —Elizabeth se cruzó de brazos con una sonrisa maquiavélica en toda su cara—. ¿A dónde se fue tu mente?

—Nada, y-yo solo estaba... pensando tonterías —me incorporé derecha sobre la silla acojinada.

—Vamos, Laura, nunca te quedas perdida así y si te vieras la cara cualquiera diría que...

—¿Cómo tengo la cara? —grité como loca haciendo eco en la oficina.

—No tienes nada, solo estás completamente roja.

—Deja de reírte y vete. Tengo demasiadas cosas que hacer.

—De acuerdo —no paró de reírse a costa mía— pero ahora tienes más. Te estaba diciendo que el jefe necesita que le hagas este informe para hoy mismo.

—¿En serio?

—Sí, nos vemos.

Y salió corriendo. Dejándome con una pila enorme de papeles para redactar, corregir y entregar. Demasiadas fechas, demasiados números, demasiados nombres de personas importantes para la compañía. Esto me iba a tomar todo el resto de la tarde. Y yo solo estaba ahí frente a la computadora. Toda receptiva y excitada después de recordar el sueño de anoche. «*Maldita sea.*» ¿Por qué los lunes son tan malos?

Me puse manos a la obra. Sin tomar ni siquiera un respiro. Tecleaba con tanta fuerza y rapidez, que cada persona que pasaba se me quedaba mirando como si fuera un extraterrestre. ¿Acaso me veía tan mal? Por Dios. Solo quería terminar y salir de lo que tenía que salir. Entregarle a Jack su navaja era prioridad. Entregarle el dinero por la caja de música era súper prioridad. Y llamar a mi madre para tener una buena y seria conversación era más que una mega prioridad.

Las 14:30 y por fin había terminado el monto de documentos. Saqué unas cuantas copias y las puse en un sobre amarillo. Me levanté con determinación y caminé hacia la oficina de mi jefe.

Toqué solo dos veces. Escuché su aprobación para entrar.

—Laura, hola. No te he visto en todo el día. ¿Cómo estás?

—Muy bien, señor Mayer.

—¿Cuándo dejaras de llamarme así? Es hora de perder el miedo, ¿no crees? —su sonrisa pícaro me hizo sonreír solo un poco.

—De acuerdo, John. Aquí tiene todo lo que pidió. Cada categoría está marcada por colores. Se lo he hecho más fácil porque es mucha información. La transacción de los coreanos al departamento de tecnología está separada porque aún están pendientes las firmas finales. Pero tengo marcado en mi agenda su cita con ellos para... — busqué la página con la cita marcada en mi agenda— este miércoles a las cinco de la tarde.

—Perfecto. Me gustaría que te quedaras conmigo en la reunión. ¿Te parece bien?

—Bueno, yo...

—Si no quieres, está bien. No tengo problema con eso —miró hacia la ventana pensativo.
Rayos.

—No, no es eso. Es que en realidad nunca he estado en una cita tan importante. Aquí entre nosotros —bajé la voz y me acerqué a su escritorio—, esas personas me intimidan un poco.

—Ah, pero tranquila, no eres la única. A mí también me ponen nervioso. Pero eso es parte de nuestro trabajo. Tal vez esa reunión te ayude para futuras ocasiones.

—Tienes razón —levanté mi rostro con entusiasmo—, ¿hay algo más que pueda hacer por usted?

El señor Mayer se levantó de su cómoda silla y rodeó el escritorio de madera roble para acercarse a la enorme ventana con vista a los grandes edificios de Nueva York. Su mirada estaba tan perdida que no se si estaba buscando algo o simplemente estaba vacío. Me acerqué con cautela para acompañarlo.

—Sabes, hace muchos años empecé aquí. Creí que estaría en la cima del mundo —me miró. Por mi severa mirada pensó que le estaba juzgando—, no pienses mal. No soy de esas personas que solo quieren llegar a la cima para mirar a los demás por encima del hombro. Yo solo...

—Puede seguir. Yo lo escucho.

—Solo pensé que lo tendría todo como lo había planeado. Ser el jefe de una empresa como ésta cuesta mucho sacrificio. Pensé que al menos tener una familia me mantendría alegre y con motivos para seguir. Y todo se fue al carajo.

—John...

—Lo siento —bajó la cara al suelo. ¡Pero él solo estaba siendo sincero!—, disculpa mis palabras.

—No tienes de qué disculparte. Lo entiendo muy bien. A mí me ha pasado algo parecido. Y ahora, todo parece estar patas arriba.

—¿Por qué la vida nos trata así?

—Pues, no lo sé. Tal vez el destino tiene algo mejor para nosotros —vi como sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas. Oh, no. Ver a un hombre llorar era muy duro—. Mire, ¿qué le parece si le invito el miércoles en la noche a cenar y pasarlo bien? Pero lo haremos a mi estilo. Celebraremos la culminación del contrato con los coreanos y estaremos más relajados. ¿Qué le parece?

Pareció pensarlo unos minutos. Luego se fijó en mi rostro con la mirada más tranquila.

—Me parece bien.

—Perfecto, entonces.

Gire sobre mis pies para marcharme, no sin antes regalarle una sonrisa. Aquel hombre en serio

necesitaba una compañera. Alguien que lo entendiera y lo escuchara. No solo una secretaria más que lo ayudara con los papeles y las citas.

Aún tengo tiempo para llamar a Jack y coordinar para devolverle su navaja. ¿Pero qué le iba a decir? “*Hola, Jack, ven a mi oficina y recoge la navaja que dejaste en mi apartamento*”. ¡No! “*Hola, Jack, ven a mi apartamento a buscar lo que dejaste*”. ¡Tampoco! ¿Enviársela por correo? Era una buena idea, pero me aterraba ir al correo y hacer todo ese maldito proceso para enviar solo una pequeña y diminuta caja. Además, ¿cómo me iban a ver los demás enviando navajas a un desconocido? No. No era viable. Tal vez solo si lo llamaba resolvería esta situación y saldría del primer problema. Luego estaba mi madre.

Marqué su número que traía guardado en mi bolso. Sonó solo dos veces cuando la voz muy masculina resonó al otro lado del celular.

—¿Hola?

—Jack, soy yo.

—¡Laura! Qué sorpresa. La verdad, no pensé que me llamarías. ¿Cómo estás, hermosa? ¿Necesitas algo? ¿Qué ha sucedido?

—Todo está perfectamente bien. Solo te llamaba para que supieras que el sábado dejaste tu navaja sobre la mesa. Tal vez la has estado buscando.

—Oh, Dios, sí. Me he vuelto un detective por culpa de esa estúpida navaja que se pierde en todos lados.

—¿Ah, sí? Sigues siendo un despistado. Un día de estos vas a tener un malentendido con alguien.

—Sí, lo sé —reía con tranquilidad—, mi hermano me lo ha dicho.

—Entonces, tengo que hacértela llegar. Pero sabes que odio ir al correo.

—Lo sé, linda. Qué te parece si vienes a mi apartamento y...

—¡No! —«*mierda, esa opción no la consideraste, tonta.*» Claro que tampoco era algo para aceptar—, ¿qué te parece si nos vemos en algún bar o algo?

—Claro, escoge el que quieras.

—Bien —mejor para mí, yo solo camino un poco y el viajaría... yo no sé cuánto—, nos vemos mañana al mediodía en la cafetería *Benji's Brothers*.

—Es la que queda como unos seis o siete edificios más abajo de tu trabajo, ¿no es así?

—Eh, sí —¿cómo demonios sabía tanto ya!?—. Nos vemos mañana.

—Muero por que llegue el día. Hasta luego, Laura.

Bien. Problema medio resuelto. Solo esperar hasta mañana y ya me desharía de él. No más Jack, no más cariñitos de su parte, no nada. Ahora solo tenía que llamar a mi madre. Ese sí era un problema mayor. Mi madre podía ser muy dulce cuando se lo proponía, pero era mejor no conocer su lado de leona. Saca sus garras, escupe ácido, ruge y rompe los muebles... en fin, tal vez he exagerado, pero así son las madres cuando pasan de los cincuenta. Al menos la mía.

11
POR ESAS MANOS TUYAS

Tener a una madre inconsciente de la realidad al otro lado de la línea no era algo agradable. De hecho, era tan difícil, que tenía en mi mano una enorme copa de vino barato mientras escuchaba su parloteo, solo para poder controlar mi deseo por retar la física y teletransportarme a su lado.

—Mamá, ¿cuántas veces te lo tengo que repetir? Entre Jack y yo no volverá a pasar nada. Ni bueno ni malo. ¿Sabes lo que es eso verdad?

—Pero, Laura, él en realidad te ama. Es un hombre bueno que simplemente cometió un error en su vida. Me atrevería a decir que ha sido el único.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Acaso besar a otra mujer te parece que es *solo* un error? ¿Un pequeño error? —le di otro trago a mi copa.

—Mi niña, ¿por qué lo juzgas de esa manera? ¿Qué hubieses preferido? ¿Que pensara en otra mientras hacías el amor?

—¡Mamá!

—Solo digo la verdad. Sus pensamientos siempre han sido puros hacia ti. Esa noche el alcohol lo traicionó. Ni siquiera ha vuelto a hablar con aquella chica.

—¿Y tú como rayos sabes eso?

—Porque me lo ha dicho.

—¿En serio? Esto es el colmo. Ahora resulta que ustedes se hablan —un deseo enorme de colgar corrió por mi mano.

—Querida, lo conozco desde joven. Ha sido el amor de tu vida y tú el de la suya.

—Pero ya no, mamá. Y no tengo intención de cambiar las cosas.

Unos segundos de silencio pasaron antes de que ella volviera a hablar.

—Me ha dicho que te verá mañana al mediodía.

—Maldita sea... —susurré en voz alta.

—¿Qué has dicho?

—Nada, mamá. Mira, te lo diré de mi boca para que no haya malos entendidos. Simplemente se le quedó su navaja en mi apartamento cuando me trajo el paquete. Se la voy a devolver.

—Me alegra escuchar eso —la risita era tan... insoportable.

—Y por favor, deja de hablar de mí con él. Nuestra historia ya pasó, mamá. Cometiste un error al darle mi dirección.

—Pero, querida...

—Olvidalo, mamá. Solo recuerda que soy adulta. Tomo mis propias decisiones. La próxima vez mejor avísame.

—Está bien —al menos se resignó—, como tú quieras.

—Me tengo que ir. Te amo.

—Yo también, mi niña.

Apreté el botón rojo como una loca y lancé el celular sobre la mesa de centro. Mi cuerpo estaba totalmente tenso.

Ahora, llamar a mi madre: listo. Devolverle la navaja a Jack: a solo unas horas. ¿Qué otra cosa? La cena con John, tenía que comprar algo de ropa para la ocasión. Mi armario estaba tan...

descompuesto.

Cerré mis ojos con deleite, gracias a los efectos rápidos del vino. Necesitaba descansar, reponer fuerzas para mañana. El tiempo paso rápido, fueron minutos o tal vez horas. Caí inconsciente sobre el mueble, aún sentada con las piernas bajo mis muslos.

Unas cálidas manos rozaron la piel de mis hombros. Eran tan suaves y tan grandes. No podía existir tal perfección. Dejé cerrados mis ojos, disfrutando de mi imaginación. Aquellas manos apretaban con suavidad hacia arriba y abajo, y en círculos. Mi imaginación se había pasado de lista.

—Estas muy tensa, preciosa. Te voy a ayudar con eso, tengo la mejor cura.

El aliento de un hombre acariciaba mi oreja. No podía ser. Sebastián. Estaba allí, conmigo, dándome un delicioso masaje. *Bendito sea Dios*. Dejé caer mi cabeza hacia atrás, y las manos de Sebastián comenzaron a bajar por mi cuello, con su boca muy cerca de mi nuca. Podía oler su aroma. Pinos y madera. Se metía por mis fosas nasales tan profundo que jamás olvidaría su olor.

—Has bebido.

—Solo vino.

—Me gusta —metió su mano entre mi camisa y el sujetador—, ¿sabes por qué?

—No —gemí por el contacto de su mano, que aún no se movía.

—Hace que sientas todo más elevado.

Mordió mi oreja con delicadeza y toda mi piel se erizó. Ese hombre me hacía sentir tantas cosas a la misma vez. No importa si estaba mal de la cabeza. Sebastián estaba allí, tocando y besando mi cuello. Mi respiración corría más rápida. De pronto sus dedos se aferraron a mi pezón y comenzó a dar círculos, mientras su otra mano seguía bajando por mi camisa.

—Eres tan hermosa, no sabes el deseo que tengo por estar dentro de ti.

Dejé escapar un gemido rápido. Había tanto en sus palabras. Me deseaba. Quería estar conmigo. Levanté mis manos hacia atrás para alcanzar su cabeza. Dejé que mis dedos jugaran con su cabello mientras mencionaba su nombre por lo que me ofrecía. Seguía acariciando mi pecho, y su boca dejaba dulces besos sobre mi cuello. Me estaba llevando al límite. Ese punto en el que no hay marcha atrás.

Entonces se detuvo.

—No...

—¿No quieres que pare?

—Por favor.

—Entonces tendrás que hacer algo por mí.

Rodeó el mueble hasta quedar frente a mí. Solo el fino pantalón gris que llevaba dejaba ver la enorme montaña entre sus piernas. Él estaba igual de excitado que yo, un punto de victoria para mí. Su sonrisa era tan delatadora y sus ojos eran cómplices de sus intenciones.

—Vamos a jugar un rato. Muero por verte desnuda —con sus pies separó mis piernas un poco—, quiero que empieces a quitarte la camisa y el sujetador, con calma.

Obedecí a sus palabras y me quité la camisa sin prisa. La dejé caer al suelo y pasé mis dedos a mi espalda. Otra prenda más en el suelo. Fijé mis ojos en los de Sebastián, esperando algo más, alguna reacción.

—Ahora quiero que te quites ese lindo pantalón que traes.

Oh, no. *Peligro*.

—¿Qué pasa, Laura?

—Es que yo... no traigo... em...

—¿No traes qué?

Acercó su rostro hacia mí.

—No traigo bragas —la vergüenza me hizo susurrar tan bajo, que ni siquiera creí que me escucharía.

—Oh, nena.

Los labios de Sebastián dejaron escapar un sonido ronco. Su cara se contrajo un poco y cerró sus ojos, aspirando el olor que nos envolvía.

—Entonces haré eso por ti.

Dejó caer su cuerpo ante mí, arrodillado como un pobre hombre ante una oración. Aquel acto me tomó por sorpresa. Se veía tan concentrado en la tarea. Con las manos firmes comenzó a bajarme el pantalón, mientras el aire salía de sus pulmones con lentitud. Me estaba matando a paso lento. Mi cuerpo temblaba y mis ojos no se apartaban de sus manos, observando cada mínimo detalle. Sentí la tela llegar a mis pies. Ya no podía esconder mi desnudez. Era esto, este momento.

—Dios... eres perfecta.

Su aliento rozaba mis muslos.

—Ahora, abre tus piernas un poco para mí —lo hice con pausa, deseando prolongar el momento—. Eso es.

—Sebastián, por favor.

—Tranquila, no sabes todo lo que haré con tu cuerpo.

Pensé que colapsaría. Sus palabras calaban tan hondo.

Sus manos comenzaron a masajear mis piernas, de arriba hacia abajo. Llegaba a mis muslos y volvía a bajar, saboreando cada espacio. Cuando sus dedos rozaron por fin mi sexo, solté un gemido alto, tan alto que sabía que los vecinos me habían escuchado. A la mierda, no me importa. Un hombre celestial me estaba llevando al borde del abismo.

—Veamos que hay aquí.

Separó un poco más mis piernas con sus manos, dejando toda mi feminidad ante él. Estaba tan excitada, que podía sentir mi propia humedad correr entre sus manos. Con delicadeza separó mis pliegues. Y cuando vi su boca acercarse más de lo prohibido me contraje. No me permitió quejarme: sus labios comenzaron a trazar un camino dulce por todo el lugar. Me faltaba el aliento. Aferré mis dedos entre su cabello, si aquello era un sueño, lo quería hasta el final.

—Sebastián, no te detengas, por favor.

—Me gusta cuando pronuncias mi nombre —susurró sumergido entre mis muslos.

Se concentró en regalarme el mejor sexo oral de toda mi vida. *Seguro el mejor de la historia.* Su lengua hacía estragos que se hacían sentir por todo mi cuerpo. Iba a colapsar, lo sabía. En cualquier momento me correría en su boca, y el no pretendía parar. Pasaron varios minutos, y el momento más placentero llegó: por fin mi liberación explotó. Mi cuerpo convulsó sobre su boca mientras decía palabras incomprensibles hasta el más allá.

Mi piel estaba sensible, cada roce se multiplicaba y tuve que respirar profundo para calmar mi cuerpo. Pero Sebastián tenía algo más planeado.

—Laura, llévame a tu habitación.

«¿Qué?»

—Vamos, nena, yo te cargo.

Me sentía débil por mi reciente orgasmo. Me tomó en brazos, y le indiqué por donde pasar, pero mi apartamento era pequeño, así que no fue difícil para él. Empujó la puerta con el pie. Gracias al cielo que estaba abierta, seguro la hubiese tumbado a patadas sin el menos esfuerzo.

Me depositó con dulzura sobre el colchón y sin hablar se tumbó sobre mí, apoyándose con sus manos.

—Quiero que nunca me olvides.

—Jamás lo podría hacer, aún si lo intentara.

—Perfecto. Entonces disfrútalo, nena.

No sé en qué momento se había quitado sus pantalones, pero ya no estaban. Sentí su dura erección sobre mi vientre, empujando firme y listo. Por primera vez en mi vida me sentí realmente nerviosa. Solo había tenido experiencia sexual con Jack y para ese entonces ya era mayor de edad. «*¡No pienses ahora en el maldito de Jack!*»

—Quiero que sientas cada parte de mí, Laura —besaba mi cuello con lentitud y pasión, mientras su mano derecha acariciaba mi cuerpo entero—, no olvides que desde ahora solo serás mía. ¿Lo has entendido?

—Sí...

Mi boca no podía ir más allá de monosílabas. Esa espera que se siente por lo que va a venir, por lo que se acerca. Es tan alterante. Sebastián besó mi boca por última vez, reclamándome con su lengua con vehemencia. Y justo cuando pensaba que moriría en sus labios, su duro y fuerte miembro entró en mí, con decisión y sin dudas. Fue tan brutal la sensación de sentirme llena por completo, que grité su nombre provocando eco en todo el lugar. Tal vez las paredes temblaron igual que yo.

—Eso es, nena, eres mía.

—Oh, sí, sí.

—¿Quieres que me mueva?

—Sí, por favor.

—Pídemelo.

—Sebastián...

—Pídemelo, Laura.

—Por favor, Sebastián, quiero que te muevas.

—¿Cómo? —me estaba torturando con su sonrisa junto a mi oreja.

—Despacio.

Comenzó a moverse lento, dejándome saborear cada centímetro de su grandeza. Su miembro era tan grande que pensé que me partiría en dos. Pero no me importaba. Estaba en el paraíso. Mi cuerpo danzaba con él, y con todo lo que me ofrecía. Ya no había nada más a nuestro alrededor, solo estábamos él y yo.

—Es tan delicioso estar dentro de ti, Laura. Mi cuerpo... te va... a... necesitar —jadeaba entre cada palabra y cada embestida— por siempre.

Oh, que Dios me salve.

Empujé mi talón sobre su trasero, quería más, más de él. Y captó el mensaje como buen amante que era. Sus caderas comenzaron a moverse más rápido, más fuerte y sin restricción alguna. Plasmó su boca para acallar mis gritos y gemidos, ahogarlos con los suyos. Su espalda se sentía tan grande y firme bajo mis manos. Arañé su espalda cuando lo sentí más profundo.

—Ah, sí, nena. Así. Quiero que lo sientas todo.

—Sebastián... no puedo —gemía sin control sabiendo lo que estaba por pasar.

—Si puedes, muñeca. Dámelo. Es mío y tú eres mía. Vamos, nena, córrete para mí.

Sus palabras mandaron sobre mi cuerpo. Y entre sus duras embestidas caí. Rompí en mil pedazos mientras mi cuerpo se estremecía entre sus manos y gritaba su nombre. Me sujeté a su piel lo más que pude, como si mi vida dependiera de ello. Nunca había tenido un orgasmo como ese,

tan potente y devastador.

Una pequeña lágrima corrió por mi mejilla. Pero no de tristeza, sino de pura y bendita satisfacción.

—Laura... —Sebastián jadeaba contra mi cuello, hundido aún en mí.

—¿Sí?

—Esto ha sido maravilloso.

—Sí, lo ha sido —besé su mejilla, buscando sus labios. Hasta que los encontré—. Quédate conmigo.

Oh, oh. ¿Acababa realmente de decir eso?

—Laura, mi preciosa y dulce Laura. No sabes cuánto deseo quedarme.

—Pues hazlo.

Sus ojos color esmeralda se clavaron en los míos. Me dejaban ver tantas cosas a la misma vez: deseo, miedo, intriga, decisión. Era difícil saber lo que pensaba.

—Algún día te daré una sorpresa.

Dichas estas palabras, comenzó a salir muy despacio de mí, deleitándose en ese placer que solo dos cuerpos pueden ofrecer. Me quejé en silencio al sentir ese vacío. Pero Sebastián se dio cuenta y solo me regalo su sonrisa juguetona. Depositó un casto beso en los labios. Acarició mi cabello con su mirada fija en mis ojos. Y entonces...

Los pequeños pajarillos madrugadores repiqueteaban fuertemente en mi ventana pidiendo comida. Abrí mis ojos sobresaltada por el irritante sonido. *Maldición*. Volví a la realidad. Hubiese dado lo que fuera por quedarme allí, con Sebastián. Los pajarillos volvieron a sacarme de mis pensamientos. Me vi obligada a tomar medidas. Nadie puede picotear mi ventana por comida a las cinco de la madrugada. Pero tenía que sacar a esos pequeños molestos si quería regresar a mi cama y dormir en paz, al menos, las horas que me quedaban. Volé a la cocina por algo de pan. Abrí la ventana un poco y les dejé el pedazo al borde del marco. Observé como devoraban su comida con ansiedad. Y solo entonces me pude acostar en mi cama, esa en donde solo unas horas atrás había sucumbido al más perfecto y puro de los placeres, donde por fin Sebastián me había poseído, a su gusto y placer y donde, tal vez, podía volver a repetir sus deseos y los míos.

12
CARTAS SOBRE LA MESA

Solo quince minutos para mi indeseada reunión con Jack y pronto terminaría mi calvario. Realmente quería salir de este asunto y no verlo más. Mi vida se estaba tornando bastante interesante, en mis sueños al menos.

Mis dedos tamborileaban sobre el escritorio mientras miraba en el monitor lo que había escrito. Ni siquiera estuve pendiente cuando Elizabeth se acercó.

—Por Dios, Laura. ¿Cuándo me vas a decir que te pasa? ¡Llevas toda la mañana nerviosa y sonriendo como una tonta!

«*Sí. Sebastián es la razón.*»

—Ya te lo dije, Liz, simplemente estoy de buen humor.

—¿Y ese buen humor se debe a Sebastián?

Mis dedos se resbalaron de golpe sobre el teclado, provocando una palabra disparatada y sin sentido. ¿Qué me había preguntado?

—¿De qué hablas?

—Bueno, por si no te has dado cuenta, has escrito Sebastián cinco veces en el documento de contrato —puso el dedo sobre la pantalla y señaló— aquí, aquí, aquí, aquí y...

—¡Ya entendí!

Ella de veras se reía a costa mía.

—¿Me dirás quién es ese Sebastián?

—¿Quién es Sebastián?

La voz de Paul salió de algún cubículo cercano. Asomó la cabeza y comenzó a caminar hacia nosotras. Mi cara no podía estar más sonrojada. Debía parecer un tomate.

—¿Quién es Sebastián, Laura?

—¡Nadie! —grité sin sentido

—Vaya, tiene que ser alguien importante.

—Elizabeth, no es nadie. ¿Por qué no hablamos de esto luego?

—Paul —Elizabeth se acercó muy peligrosamente a él— ni se te ocurra andar hablando por ahí de esto.

—Oye, Liz, me parece que medio piso escuchó el grito de Laura.

—¡Me importa un comino!

El dedo acusador de mi amiga, junto con su mirada penetrante fueron receta perfecta para el dolor de estómago de Paul. *Sí, tremendo dolor de panza que acabaría.* Una Liz enojada era muy mala idea.

—De acuerdo, de acuerdo —levantó las manos—, no diré ni una sola palabra.

—Gracias.

Paul nos dio la espalda mientras caminaba.

—¡Pero no prometo que no volveré a preguntar!

Perfecto, lo que me faltaba. Decidí ignorar su comentario por mi salud emocional. Miré mi reloj blanco de cuero en la muñeca. «*¡Joder, se me ha hecho tarde!*»

—Me tengo que ir, hablamos luego.

—¿A dónde vas?

—¿Se te ha olvidado lo que te conté de Jack esta mañana?

—Ah, ya. Lo siento, es que él es tan estúpido que mi mente no guarda por mucho tiempo la basura.

—Gracias, Liz, por apoyarme —tomé la envoltura donde guardaba la navaja—. Te contaré cuando llegue.

Salí disparada al ascensor. Presioné frenéticamente el botón de descenso y entré casi sin que se abrieran las puertas en su totalidad. «*En navidad le pediré a Santa un teletransportador.*»

Entré al *Benji's Brothers* veinte minutos tarde. Cómo odiaba no ser puntual, y ahora iba a llegar con retraso a mis horas laborales. «*Maldición, maldita culpa de Jack, maldita navaja.*» Busqué con la mirada al culpable de hacerme cargar una envoltura sospechosa bajo mi brazo, mientras mascullaba palabrotas intentando calmarme.

«*Sonríe, Laura, anoche lo pasaste tan bien con Sebastián.*»

—¡Laura!

Busqué la voz de Jack. Estaba agitando su mano, sentado en una mesa pegada a la ventana. Caminé hacia él, con la frente en alto y lista para salir de este asunto.

—Aquí tienes tu navaja —directo al grano y punto. Así se hacen las cosas, ¿no?

—Laura, ¿ni siquiera un “buenas tardes”?

—Buenas tardes.

—Vamos, nena, tú no eres así.

Bien, tal vez debía relajarme un poco. Esta sería la última vez que intercambiaría palabra con Jack, y había tenido una maravillosa noche como para estropear mi humor.

—Lo siento. Bueno, aquí tienes —le acerqué el paquete—, no la vuelvas a perder.

—Ya sabes cómo soy —resopló—, pero tendré más cuidado. ¿Has comido ya?

—No tuve tiempo, he venido directo aquí.

—Entonces yo invito.

—Gracias, Jack, pero me voy ahora —tenía hambre, mucha. Pero prefería comerme una barrita energizante de la máquina de dulces que a comer con él.

—Vamos, Laura. Es solo un almuerzo, nada más. Me mantendré en silencio si así lo quieres.

Tentador... oferta de lujo. «*Comeré como si él no existiera. Tal vez lo puedo intentar.*»

—De acuerdo.

Una sonrisa enorme se dibujó en sus labios. Bonitos labios, por demás. «*¿¡Qué haces admirándolo, tonta!?*» Aparté mis ojos de su boca más rápido que la velocidad de la luz. Esperé que no lo hubiera notado. Jack mandó a llamar al mesero y pidió una hamburguesa con patatas y una cerveza. Yo pedí lo mismo, pero con una botella de agua. ¡La salud ante todo!

Quince minutos más tarde ya teníamos nuestros platos en la mesa. Comía de la deliciosa hamburguesa, sintiendo como el queso se esparcía por mi boca, y las patatas crujientes acabadas de hacer me hacían sentir tan feliz.

—Gracias por aceptar —Jack irrumpió el silencio sepulcral entre los dos.

—Tenía mucho apetito, es todo.

Jack recordó el acuerdo y no habló más. De nuevo, ese sentimiento de culpa me estaba llegando a alguna parte del cerebro. Maldije mi conciencia.

—Y... ¿qué estás haciendo ahora? —me aventuré a preguntar.

La mirada de Jack me estudió, asegurándose de que acababa de romper mi propio acuerdo. Lo pensó solo un poco.

—Soy guardia de seguridad para un pequeño negocio, aquí mismo en Nueva York.

—Vaya, me alegro, va muy acorde con tu estilo.

—Sí, bueno, trabajo en las noches, así que es un poco aburrido.

—No lo creo —reí un poco—, comparado con lo que hacías antes.

—Sí, tienes razón. Trabajar en la división de servicio al cliente sí que era aburrido —rodó los ojos con gracia recordando las veces que me contaba las chorradas que las personas a veces decían.

Casi estaba terminando mi comida, cuando cometí un estúpido y grave error.

—¿Y las relaciones amorosas?

Los ojos de Jack me miraron con sorpresa... demasiada.

—No hay nadie, absolutamente nadie.

—Oh.

—Nadie se compara a ti, Laura —hice el intento de hablar, pero no quería meter la pata de nuevo—. ¿Y tú? ¿Hay alguien importante?

¿Y que se supone que debía contestar a eso? No, no había nadie, solo un hombre en mis sueños que me pervierte. *Ni hablar.*

—No. No hay nadie.

No recibí respuesta.

—Mira, Jack, gracias por la comida, pero no quiero que pienses que ahora...

—Tranquila —me interrumpió—, no pasa nada. Tengo muy claras las cosas, Laura. Hemos puesto las cartas sobre la mesa. Solo tú decides cambiar alguna. Y solo tú me puedes permitir a mí cambiarlas también.

—Entonces tenemos eso claro. Luego de esto no tendrá que haber más comunicación entre los dos.

—Solo si tú lo quieres —me miró fijamente y me moví en la silla—, pero, Laura, dame la oportunidad de demostrarte que al menos podemos tener una buena relación, o lo que quieras llamarle.

Las personas merecemos segundas oportunidades. ¿No es así?

—Jack, por favor, no vayas a insistir. No prometo que seremos amigos. Tal vez en un futuro podamos cruzar palabras, pero nada más.

—Será lo que tú quieras. Yo estaré conforme —acercó su rostro hacia mí y me habló muy bajo—. No vayas a voltearte rápido, pero hay un chico justo detrás de ti que no para de mirar hacia nosotros. Se ve sospechoso, ¿lo conoces?

Me entró el frío olímpico. ¿Sospechoso? Intenté mirar por el reflejo del cristal, pero solo una figura masculina se divisaba. Cambio de plan. Arrojé el tenedor al suelo, lo bastante alejado para tener que voltearme y recogerlo. Disimulé lo mejor que pude y... ¡obtuve mi premio!

Respiré aliviada y miré con mala cara a Jack. Definitivamente sus dotes de guardia de seguridad estaban sobrevalorados.

—Ese es Marcos. Solo lo he visto una vez, nos encontramos en el ascensor de la empresa donde trabajo. Qué exagerado eres.

—Laura, a veces eres tan inocente —¡se estaba burlando de mí!—. El tipo lleva una pistola en el tobillo, tiene los puños sobre la mesa y definitivamente tiene pinta de ser un agente del FBI o la CIA.

—Yo no sé de esas cosas, Jack, al fin y al cabo, tú eres el de seguridad, pero a mí me parece buen chico.

—A veces las apariencias engañan.

Sabía que mi comentario estaba cargado de mucha insinuación. Sonó de esa forma, pero no me

importó. Al que le caiga el sello que se lo ponga.

Me despedí de Jack, no sin antes agradecer su gesto por la comida. Llevaba veinte minutos de retraso, así que tenía que volar si podía, y no llevarme alguna reprimenda. Saludé al guardia de la entrada sin mirar y volví a tocar el botón frenéticamente. A este paso se me caería el dedo seguro.

Por fin las puertas del ascensor se abrieron. Salí corriendo a mi cubículo, dejé mi cartera sobre el suelo y pretendí que nada había pasado. Todo perfecto. Hasta que el teléfono comenzó a sonar, y la bombilla de la línea directa del despacho de mi jefe parpadeaba sin detenerse. Lo miré como si el aparato fuera de otro planeta.

¡Contesta!

—¿Sí, señor Mayer?

—En mi despacho ahora.

—Enseguida.

Mierda, mierda... estaba en problemas.

13
EL MEJOR APERITIVO SE
SIRVE SIN ROPA

Los nervios me estaban carcomiendo por dentro, como polillas sobre la madera. Mi jefe apretaba tan fuerte el teléfono que en cualquier momento lo rompería. Su mirada era fría y penetrante, y los deseos de firmar mi renuncia crecían cada vez más y más. Sonaba tan molesto mientras mascullaba unas palabras difíciles de entender. De vez en cuando me miraba, pero su aspecto no cambiaba. Y era tan difícil saber si era por mí, o su dichosa llamada. Decidí empezar a contar o me volvería loca. Uno, dos, tres... diez, once...

—Laura.

Oh, no. Mi muerte había llegado.

—¿En qué le puedo ayudar, señor Mayer?

—Laura, ¿estás bien? ¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Ha pasado algo?

—¿Yo? Ah... —quizá estaba jugando conmigo, aunque, pensándolo bien, no. Su mirada era distinta a la anterior— estoy muy bien —respiré aliviada—, es solo que cuando me llamó sonaba tan molesto y ahora que le vi así...

—¿Y has pensado que era por ti?

—Sí —le miré a los ojos—. ¿Es por mí?

—¿Qué? ¡No! Por Dios, Laura. Eres la mejor secretaria que he conocido. Ojalá hicieran más como tú.

¡Me guiñó el ojo!

—Te llamé justo después de una mala llamada. Me disculpo, me has escuchado muy cabreado —parecía tan avergonzado—. Pero eso no viene al caso. Necesito que me hagas un inmenso favor.

—Claro, ¿qué necesita?

—Verás... esto podrá sonar raro —de acuerdo, ahora si estaba nerviosa y él no me ayudaba—, esta mañana he dejado mi perro solo en la casa. Él está un poco enfermo y no he podido comprar la medicina. No consigo a nadie que me ayude con esto.

—Vaya, esto es gracioso —bien, me estaba riendo.

—Lo sé, lo sé —levantó las manos—. Lo único que necesito es que me consigas esta medicina. Tengo entendido que hay un buen lugar como a treinta minutos de aquí.

—Sí, sé dónde es —tomé el papelito—. No se preocupe, le traeré esto ahora.

—Te lo agradezco tanto, Laura. Es muy importante.

—Lo puedo apostar, su cara se ilumina cuando habla de él.

Me dejó su tarjeta de crédito, una de tantas, seguro, y me puse manos a la obra. Salí del edificio y llamé a un taxi.

Tiré mis zapatos en una esquina de mi habitación. El día de hoy estuvo tan movido que no tuve tiempo de tomar ni un respiro. Luego del asunto del perro de John, la oficina se volvió un caos, personas corriendo con papeles de un lado para el otro, bolsas de comida para los que tenían que quedarse hasta tarde, y mucho, mucho estrés. Por suerte me había encargado de dejar todo listo para los próximos días, en especial para la reunión con los coreanos.

Una ducha era lo mejor, así que me quité la ropa y me metí a la ducha, dejando que el agua

tibia corriera por mi cuerpo. Cuanto lo necesitaba. Luego de un par de minutos salí envuelta en la toalla y busqué algo cómodo para ponerme. Ahora algo para comer. Caminé a paso lento hacia la cocina.

¡¿Pero qué demonios?!

Ese no era mi apartamento. Estaba en el balcón de la habitación blanca. La vista hacia el mar era espectacular, tan hermoso como las olas bailan sin restricción y el viento sopla libremente. Volví a mirar a mis espaldas, solo para ver las enormes puertas abiertas de cristal que separan el resto de la habitación. Frente a mí había una pequeña mesa redonda, muy cómoda para dos, tres velas rojas en el centro y un vaso de agua. De acuerdo, al menos alguien había pensado en mí.

Alejé la silla de metal y me senté a observar el mar. Es algo de lo que nunca te cansas. Tomé el vaso y di un trago, tan refrescante.

—He estado esperándote.

La voz me sobresaltó. Giré mi cuerpo sobre la silla y ahí estaba él. Sebastián. *Mi* Sebastián, tan perfecto que aquello no podía estar permitido. Su sonrisa se iluminó, provocando mariposas en mi estómago. *¡No!* No soy una niña, por Dios. Sebastián rodeó la mesa y se sentó dándole la espalda a la vista.

—Tú eres la mejor imagen que he visto en todo el día.

¿Acababa de leer mis pensamientos? Era imposible, el sueño era mío.

—Hola... —fue lo único que pude decir.

—Hola, Laura —«¿por qué sonríe así?»—, hoy haremos algo especial.

La lista de las cosas especiales, según yo, podía ser larga.

—¿Qué es?

—Veo que estás muy intrigada —alargó su mano sobre la mesa para tocar la mía—, eso me gusta.

—Es que... me pones nerviosa.

—¿En serio? ¿Te pones nerviosa cuando estoy frente a ti?

¡¿Por qué seguía sonriendo así?!

—Sí, bastante.

—Entonces no soy el único —cerró sus ojos y respiró fuerte por la nariz.

De repente, se quedó mirándome, como si fuera algún cuadro exquisito colgado en la pared. Me evaluaba con la mirada y no pude evitar sentirme más nerviosa. Entre nosotros se comenzaba a crear una conexión que jamás en mi vida había sentido. Lo podía sentir, su alma tratando de mezclarse con la mía.

—Cierra los ojos.

—¿Ah?

—Vamos, linda. Ciérralos.

Mis parpados cayeron, y todos mis sentidos se agudizaron. Escuché un sonido muy particular, como el sonido de un objeto liviano moviéndose en el aire muy rápido. Solo fueron dos veces y Sebastián me pidió que abriera mis ojos.

Maravilla. Eso era lo que tenía frente a mí. Una mesa llena de delicias y manjares. Vegetales, carnes, frutas, jugos... todo un derroche de comida a escoger. Por mi mente no cruzó algo así, ni pensar. Pero si me daba la oportunidad de pensarlo bien, se podría decir que esto era una...

—Cita. Es lo que estamos teniendo tú y yo ahora.

«Dios, ¡¿cómo lo hace?!»

—Debí ponerme algo mejor —susurré.

—Por supuesto que no, estas hermosa así.

—¿Con esta pequeña camisa de dormir? No lo creo.

—Oh, yo creo que sí.

Me miró de arriba abajo, y si las miradas comieran... «¡Basta, harás que toda tu cara se encienda!» Muy tarde ya, todo mi rostro era un mapa. Un mapa directo hacia mi entrepierna, donde esos ojos esmeralda estaban teniendo efectos prematuros en mí.

—Ahora, quiero que elijas todo lo que deseas comer. No te restrinjas.

No te restrinjas, dijo. ¿Que no me restrinja a qué? Se refería a la comida, ¿no? Tomé en silencio lo que me apetecía comer. Un poco de pollo asado con vegetales, pan tostado y jugo de arándanos. Observé como Sebastián llenaba su plato, creo que vi carne de pato y mariscos. Qué mala combinación.

—No me gustan los mariscos.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando a alguien le gustan los mariscos, nunca se resisten a ellos. Algo así como yo, no me puedo resistir a ti. Ahora mismo quisiera subirte a la mesa y hacer que grites mi nombre.

Una fuerte punzada entre mis muslos.

—Pero antes quiero disfrutar contigo esto.

¿Antes? ¿Y que habrá después? Guardé silencio mientras comía, pero su mirada me ponía tan nerviosa. Tal vez si montaba conversación me podría relajar.

—Me encanta el sonido del mar. En mi apartamento no tengo esto.

—Por eso sueñas con este lugar. Quieres estar en un sitio así, pero no puedes... ¿por qué?

—Es por el trabajo. Es muy importante para mí, además me pagan bien y al menos puedo vivir.

—Pero, ¿de qué te vale tener un buen empleo y las comodidades de vivir en el metro, lleno de comodidades y lujos, cuando no puedes disfrutar de algo como lo que ves ahora? El mar, la arena, el aire puro.

Bien. Su argumento era demasiado válido. Me había planteado lo mismo muchas veces, pero nunca le he prestado la importancia que se merece.

—¿Y las serpientes? —cambié de tema.

—Vaya, una vuelta radical —se reía a carcajadas—. No están. Pero pueden venir si quieres.

—¡No! No, no, está bien, todo está bien.

—¿A qué le tienes miedo, Laura?

Esos ojos...

—No es miedo, solo es... respeto.

—¿Respeto? A mí me parece que tienes miedo.

—Y según tú, ¿miedo a qué?

Por un instante juré que se lo estaba pensando. Pero Sebastián no pensaba las cosas demasiado. Antes de volver a abrir mi boca, Sebastián se había levantado de la silla. Caminó hacia mí mientras mantenía su mirada clavada con la mía. Hasta que por fin llegó a su destino.

—Esa pregunta... te la contestaré luego —su aliento rozaba mi oreja, provocando serias contracciones en mi vientre—. Ahora dame tu mano y levántate de la silla.

Hice lo que pidió sin dudar, su voz fue muy demandante. Con el pie apartó la silla y me tomó por la cintura. Sin darme cuenta ya me estaba besando ferozmente. Su lengua invadía mi boca y navegaba sin rumbo fijo, mientras que yo no podía negarme. Sus manos se apretaban cada vez a mi cintura y rápidamente me levantó unas pulgadas sobre el suelo para dejarme sentada sobre la mesa. Abrí mis ojos con miedo a mirar el lugar donde me había dejado sentada, pero para mi sorpresa la mesa volvió a estar limpia y sin rastro de lo que estuvo antes.

Sus manos se adentraron por debajo de mi camisa de dormir y comenzaron a buscar algo. Me tocaba con la punta de los dedos tan sutilmente, que toda mi piel se erizó. Por fin encontró lo que quería: mis bragas. Metió los dedos entre la prenda y la bajó por mis piernas de solo un tirón. Abrí mi boca y solté un quejido de sorpresa.

—Te deseo, Laura. No puedo esperar.

—Sería bueno que... me follaras ahora mismo.

—Oh sí, nena —un sonido gutural salió de su garganta—, lo haré. Antes déjame saborear tu piel.

Dejó un último beso sobre mis labios y con una mano me empujó suavemente. Mi espalda quedó sobre la mesa fría. Me quejé ante el contacto.

—Está fría.

—Tranquila. Entrarás en calor pronto. Cierra tus ojos y no los abras hasta que yo diga. Serás una buena chica, ¿verdad?

—Sí.

—Eso me gusta.

Cerré mis ojos, otra vez, y volví a agudizar mis sentidos. Esta vez, no podía escuchar nada más que el movimiento de las olas del mar. Hasta que algo frío y gelatinoso cayó entremedio de mis pechos y en mi ombligo.

—¡Ah!, ¡¿qué es eso?!

—Relájate, preciosa. Esto te va a gustar.

Sentí el calor de su cuerpo acercarse. Sabía que algo se acercaba. Su boca comenzó a lamer lo que había depositado entre mis pechos y mis labios se abrieron, gimiendo por la sensación. Su lengua corría libremente, haciendo círculos y jugando con mis pechos. De vez en cuando llegaba a mis pezones. Los mordía, los besaba, y no podía más que gemir y respirar fuertemente.

De pronto su boca comenzó a bajar más, dejando un rastro de besos húmedos, hasta llegar a mi ombligo. Allí repitió el mismo proceso. Solo que la sensación era más fuerte. Mi cuerpo ya estaba muy excitado y yo lista para recibirlo, para fundirme con él.

—Quiero ver cómo estás.

Separó mis piernas con sus manos e introdujo sin aviso dos dedos a la vez. Grité por la intrusión.

—Perfecta, tan lista para mí.

—Sebastián...

Volvió a sacar sus dedos con cuidado. Agarró el borde de mi camisa y lo levantó hasta quitármelo. Estaba completamente desnuda sobre una mesa, en un balcón con vista al mar. La sola idea me ponía más caliente, me perturbaba saberlo, porque jamás había hecho cosa parecida. Tal vez llegué a fantasear con hacer el amor así, pero nunca lo dejé salir al sol. Y ahora ese sol me abrazaba a mí.

—Esto será rápido, Laura. ¿Estás lista?

—Sí —respondí nerviosa.

—Esa es mi chica.

Y de un solo golpe entró en mi cuerpo. Corrompió cada célula de mi ser con su profunda estocada. Lo pude sentir tan dentro de mí, todo el ancho de su miembro creciendo de forma increíbles, apretando las paredes a su alrededor. No lo pude evitar, me corrí rápido y gritando palabras al aire. Me aferré a sus brazos, sintiendo como la calma volvía a mi cuerpo de prisa. Pero Sebastián no tenía planeado parar, y yo quería que él pudiera disfrutar de lo mismo que acababa de sentir.

Sin darme tiempo a respirar, su cuerpo comenzó a balancearse frenéticamente sobre mí. Al frente y atrás, al frente y atrás. Sin parar, sin detenerse, sin moverse lento. Me penetraba rápido, fuerte y sin piedad. El sonido salvaje de nuestros cuerpos provocaba eco en la habitación. Su frente se perló de sudor, igual a la mía. Su cuerpo desnudo brillaba y algunas gotas caían sobre mí. Me sentía completamente suya. Sentí que por fin alguien me complementaba y me llenaba.

Mi cuerpo estaba llegando al borde. Sebastián me estaba llevando al límite donde no hay marcha atrás. Grité su nombre, y el gritó el mío junto con varias palabras más. Y así alcanzamos la cima, juntos, salvajes y deseosos. Su preciado líquido blanco corrió dentro de mí, y yo lo acepté con plena felicidad. Nuestras respiraciones iban rápidas y sin control. Aún estaba acostada sobre la mesa, mientras que la mitad del cuerpo de Sebastián descansaba sobre mí.

—Laura, te tengo aquí a mi lado. El mero hecho de saberlo, de sentirlo, hace que me sienta feliz.

—Yo también lo estoy por tenerte a ti.

Sus ojos me encontraron para observarme con lentitud. Sus labios comenzaron a dibujar una hermosa sonrisa sobre su rostro.

—¿Te sientes feliz conmigo?

¿Te sientes feliz conmigo?... ¿Te sientes feliz conmigo?... ¿conmigo?... ¿conmigo?...

Entonces desperté sobresaltada sobre la cama. Esa voz resonaba en mi cabeza tantas veces. Como cada vez que despertaba de mi dulce sueño con Sebastián, sentí mis muslos húmedos, mi frente con gotas de sudor y un espasmo en la espalda. Tenía que hacer ejercicio. Debía hacer algo por mi salud, o moriría joven por un ataque cardíaco.

Pero esa pregunta no salía de mi cabeza. ¿Cómo podía sentirme feliz con alguien que no es real? ¿Cómo? Tal vez necesitaba un psicólogo y contarle mis problemas, mejor dicho, *el* problema. Pero si aún no podía encontrar la felicidad en el mundo exterior, tal vez la podía conseguir en mis sueños. ¿Podía tomar el riesgo?

TRAGOS Y CHARLAS

La reunión del miércoles con los coreanos había sido todo un éxito. Mi jefe estuvo reluciente dando aquella plática con sus traductores mientras yo le asistía en todo y absorbía cada detalle. Fue muy bueno estar allí, empapándome de mucho conocimiento y dando el mejor ejemplo de la calidad de la empresa. A veces notaba como John me miraba, pero lo más seguro era una mera cortesía. Si... debía ser.

Me había preparado durante días, y luego de unas cuantas horas por fin habíamos acabado. Hicimos todo de acuerdo al plan. Llegué a mi apartamento, con Liz, y nos preparamos para salir de rumba. Un par de colegas llegaron al *Sour N' Sweet Club*, un agradable lugar para charlar y pasarlo bien entre amigos luego de un ajetreado día de trabajo. Así que al final, éramos un pequeño grupo de ocho personas, todos alegres y tranquilos.

La música del club era cómoda y podías hablar con normalidad. El ambiente te invitaba a darte algunos tragos y comer alguna picadera. Las mesas redondas hacían contraste con las luces de colores entre amarillo, blanco y azul cielo. Una excelente combinación entre lo formal y lo informal. Todos nos encontrábamos en la mesa, charlando y riendo de alguna tontería. A mi lado derecho estaba Liz, con su despampanante traje verde, muy corto por demás. Y a mi lado izquierdo John, vestido muy casualmente, con un pantalón negro hasta la rodilla y un polo gris. Se veía muy guapo.

—A ver, quiere decir que por fin pasaremos unos buenos meses sin contratar traductores por culpa de los coreanos.

—¡Paul! —Liz le dio un manotazo en la cabeza—, hablas cómo si nuestro jefe no estuviera aquí y lo tienes a pocos pies de ti.

—Tranquilos, chicos —John levantó su mano al aire—, que ahora no soy su jefe.

—¿Entonces podré decir todas las palabrotas que quiera?

—¡Paul! —gritamos todos.

—Sí, todas las que quieras —John le extendió la mano... ¡para chocársela como niños!

—A ver, si tanto quieres soltarte, será mejor que nos enseñes tus tácticas de billar.

Javier, un compañero de nuestro piso, se aventuró a hablar y alentar a Paul. Mala idea meterse con Paul y el billar era como intentar ganar en las máquinas de Las Vegas.

—Llegó la hora del espectáculo, niños.

Paul se levantó, y detrás le siguió John, Javier y Víctor. Dejándonos a las chicas solas en la mesa, cada una con un trago de Martini.

—Entonces... —Liz se volteó a mí, con su cara de "*ahora me lo cuentas todo*"

—¿Sí?

—Todas nosotras queremos saber por qué últimamente andas tan feliz.

Ay, no...

—¿Feliz? ¿Cómo que *tan* feliz? —imité su voz.

—Liz nos contó que llevas más de una semana con una sonrisa estúpida en tu cara, y que de vez en cuando se te escapa una sonrisita.

¡Y una mirada asesina para mi mejor amiga!

—¿Yo? Que va. Soy la misma de siempre —balbuceé por lo bajo.

—Vamos, Laura, no seas así. Todas sabemos lo que ha pasado. Te apoyamos, estamos de tu lado. ¿Por qué no nos cuentas?

Perfecto, ahora tengo seis pares de ojos mirándome atentamente, como pequeñas niñas esperando el final feliz de un cuento. No puede ser.

—Bueno, simplemente... yo... —«*¡simplemente no quiero contar mi vida privada!*»— llevo varios días soñando con un chico.

—¿En serio? ¿Qué chico? ¿Cómo es? ¿Qué haces con él? —todas hablaban al mismo tiempo.

—¡Esperen! —planté mis manos sobre la mesa, provocando las miradas de algunos curiosos que comían alegremente— Vamos con calma, por favor.

—Laura —Priscila se movió en la silla, ansiosa por hablar primero—, sabemos que en la vida de toda mujer adulta necesitamos un hombre.

—Pero, ¿estás loca?! —Francis se quejó y un poco del Martini le cayó en su camisa— Claro que no.

—Pero no en el sentido que ustedes piensan. A ver, hablo más bien en el sentido carnal, ya saben... —se acercó al centro de la mesa para susurrar— sexualmente.

—Ah, claro.

«*¿Por qué todas hablan a la misma vez?*»

—Exacto, todas necesitamos ese fuego, esa pasión, ese acto tan candente y...

—¡Ya, por Dios! Que entendí. Mis sueños son básicamente eso. Solo... esta él y el sexo.

—¿Es bueno?

—Claro que tiene que ser bueno —Liz hablo tan rápido que por poco y escupo mi bebida.

—Oh, tiene que serlo, solo mírala, Laura tiene la cara como un tomate.

«*No me digas...*»

—Chicas, qué les puedo decir, son solo sueños. Y sí, son buenos, él es muy, muy bueno —me sonrojé de solo pensar en los hermosos ojos de mi Sebastián. Sus manos, su cuerpo, su...

—Pero necesitas más que eso, querida.

—No necesito nada —refuté de inmediato.

—A ver —Priscila se removió como serpiente en la silla—, apuesto a que despiertas excitada y con sudor. ¿No es así?

¿Cuándo esto se ha vuelto tan personal? Me hace sentir como en una de esas consultas gratuitas con sexólogos.

—Sí —admití con vergüenza.

—¿Y no te da ni el mínimo, mínimo deseo por tener sexo? —Francis me miraba demasiado cerca. ¡Como si yo fuera un experimento de laboratorio!

—Pues, no he pensado en eso —¡y claro que no! Suficientes orgasmos mentales como para tener alguno real. Además, nadie sería como Sebastián. *Nadie*.

—Pues deberías —Liz le hizo señas a un chico y no puse para qué—, soñar con algo así amerita que te acuestes con un chico real y te diviertas un rato.

Ellas no entendían, Sebastián era único. Pero... si lo pensaba mejor, realmente no estaba teniendo una vida sexual activa desde hacía mucho tiempo. Solo las raras veces que me tocaba yo misma, tratando de recordar lo que se sentía.

El chico de camisa blanca llegó, con una libreta pequeña de notas. Elizabeth le sonrió tontamente y le pidió otra ronda esta vez de un trago azul, creo que se llamaba *Blue Curacao*. A los pocos minutos ya teníamos frente a nosotras unas lindas copas azules.

—Mira, por qué no te arriesgas un poco y te diviertes con algún chico. Pero no puede ser del área, así dejarán las cosas claras, y listo, una noche loca.

—Francis tiene razón —¿por qué Liz hace pucheros?

—Miren, lo pensaré —todas me miraban con tanta ilusión—, pero no prometo nada.

¡Tenía que sacármelas de encima de una buena vez!

—Entonces... ¿cómo es ese chico de tus sueños? ¿Tiene nombre?

—Se llama Sebastián.

—¿Y cómo es?

—Solo les diré que tiene los ojos color verde esmeralda.

Todas se quedaron perplejas. Creí, incluso, ver las babas de algunas, en especial de Priscila. Entre trago y trago la noche avanzaba de prisa. Habían pasado poco más de las once de la noche y la música se había tornado más juvenil yailable. En algún momento todas nos acercamos para apreciar el alboroto que había en una de las mesas de billar. Al parecer, nuestro jefe le estaba dando fuertes lecciones a Paul, dejándolo como solo un niño mimado. Los otros chicos le echaban burla y el pobre de Paul no podía más que meter la cabeza entre las piernas. Pero todo era muy alegre y divertido.

Alguna que otra vez capté la mirada de John, pero rápido la apartaba de mí.

—Has visto lo mismo que yo —Liz sonaba tan segura—, ¿por qué no te arriesgas un poco? Parece aliviarse cuando tú estás cerca.

—Es mi jefe —le di un codazo sobre las costillas—, eso no se ve bien. Además, ya te lo dije, es un poco mayor para mi gusto.

—Como quieras. Ese hombre de seguro le atraes. Y no es nada feo.

—No. No lo es.

Tenía toda la intención del mundo para seguir dándole una lista infinita de explicaciones por las que no me acostaría con mi jefe. Pero algo me estaba inquietando en sobremanera. Había un olor muy cerca de mí, lo reconocía, y los pasos que se acercaban me eran familiares. Fruncí las cejas temiendo encontrar algo indeseado. Pero la curiosidad me estaba matando, y me giré.

No puede ser.

—¡Laura! Hola, bonita, no sabía que estabas aquí. ¿Qué hacen?

«Mierda, ¿por qué ahora?»

—Jack, hola —hablé tímidamente, sabiendo que tenía toda la atención de mis compañeros a mis espaldas.

—¿Jack?, ¿qué haces aquí? —sí, mi amiga al rescate.

—El propietario me ha pedido hacer el turno de las doce y he llegado antes.

—¿Eres de seguridad o algo así?

—Sí, se lo había dicho a Laura.

—Sí, ella y yo nos contamos todo lo relacionado a ti, Jack —ese énfasis en *Jack* fue tan rudo.

—¿Entonces hablan de mí?

—No, Jack, no hablamos de ti —su sonrisa se borró—, como verás estamos celebrando. Así que... hablamos después —intenté volver, pero su voz me detuvo.

—Laura, espera, déjame decirte algo.

Miré a mi amiga con ojos de “todo está bien, puedo con esto” y regresó con los chicos, dejándome sola con mi pasado, que ahora intentaba regresar de alguna manera sutil.

—¿Qué sucede?

—¿Has estado viendo las noticias últimamente?

—Solo las veo cuando estoy libre en la oficina y algunas veces en el apartamento —no sabía si era por el alcohol, pero ya estaba incomoda—. ¿Por qué la pregunta?

—Están pasando cosas raras por aquí. Varios asesinatos seguidos con personas del bajo

mundo, escalamientos, drogas...

—Esas son cosas del diario vivir, Jack. No entiendo por qué me dices esto.

—Porque soy de seguridad. Porque me han tocado algunos trabajos... digamos que difíciles —su cara se tornó confusa. Parecía ocultar algo, lo conozco tan bien.

—Sí, me has dicho que trabajabas de noche.

—Exacto, y veo cosas que... en fin, solo quiero que tengas mucho cuidado. Por favor, prométeme que te cuidarás, que nunca saldrás sola de noche.

—Jack, tranquilo —sonaba tan preocupado—, nunca salgo de noche sola. Es más, no recuerdo la última vez que salí de noche a divertirme. Al menos antes de ahora, por supuesto.

«*¡Estoy riendo como estúpida! ¡Maldito alcohol!*»

—Vaya, veo que has llegado al tono dulce.

—Deja de decir idioteces.

Intenté pegarle un puño en el pecho, pero me fui en picada hacia él. Todo mi cuerpo cayó sobre el suyo. Oí las voces de mis compañeros tan lejanas que ni siquiera pude mirar atrás. Solo unas manos masculinas en mi espalda me hicieron reaccionar. Miré pesadamente sobre mis hombros.

—¿Todo está bien?

—Sí, John, todo está perfecto —le respondí en un ataque de risa.

—Ajá, veo que estas muy bien.

—La llevaré a su apartamento. Soy Jack, mucho gusto —le extendió la mano por encima de mis hombros.

«*¿Ahora están confraternizando? ¿Y dónde demonios esta mi supuesta mejor amiga?*»

—¿Y Liz?

—La vi por el pasillo hacia el baño, pero estaba muy bien acompañada —el aliento de John acarició mi oreja provocándome escalofríos—, estaba con un chico.

—¡Mierda!

—Lo siento —dijo Jack en voz alta, luego de haberle gritado esa palabra casi en su cara, ¿en serio le había gritado de esa forma?—. De acuerdo, nena, nos vamos. No quiero que hagas un espectáculo. Con lo hermosa que estás...

—Yo no soy hermosa. ¡Y ya cállate y llévame a donde sea!

Los brazos de Jack eran bastante fuertes como para apoyarme en ellos. Al menos le agradecía mentalmente por ayudarme a no caer. No podría ni imaginar el escándalo. Solo había tomado un par de copas, *¡solo unas pocas!* Con sumo cuidado, Jack abrió la puerta del copiloto y me depositó suavemente. Aún estaba con la conciencia despierta, solo que a medio camino. Jack entró, mientras marcaba algo en el celular.

—Peter, soy Jack... sí, he llegado, pero ha surgido algo muy urgente... no, todo está bien, solo tengo que llevar a... —hizo una pausa y me miró con cautela. ¿Qué iba a decir?— a mi prima a su apartamento, estuvo aquí pero se ha pasado de copas, ya sabes cómo es.

«*¿En serio, su prima?!*»

—Perfecto, volveré en unas horas, gracias, Peter —y colgó.

—Acabas de meterte en líos por mi culpa.

—Claro que no —no me di cuenta cuando ya estábamos en la carretera—, Peter es muy buena onda. Ha llamado a un suplente en lo que regreso.

Suspiré de alivio y eché la cabeza atrás, respirando calmadamente y rogando a Dios para que me quitara el alcohol de mi cuerpo. Pero tal vez no me haría caso, esto me lo tenía merecido por aceptar tragos tan deliciosos.

Luego de un corto trayecto habíamos llegado. Bajar del auto fue de lo peor, porque para

entonces ya casi no sentía los brazos ni las piernas. Todo me pesaba, en especial la cabeza. Entramos al ascensor y esperamos a llegar, con la melodía insoportable taladrándome los oídos.

Por fin llegamos. Jack tuvo que abrir la puerta por mí, gracias a mis manos temblorosas. Caí rendida sobre el sofá y así estuve solo unos segundos cuando recordé que Jack estaba aquí en mi apartamento.

—Gracias por traerme —hice el intento de caminar hacia él, pero mis piernas de nuevo me fallaron y sus brazos me tomaron por la cintura.

—Déjame llevarte a la cama y me marcho.

—¡No! Yo puedo sola —no, la verdad no podía.

—Laura, si das un paso más de seguro tu boca caerá en el suelo. No quieres eso, ¿verdad?

Mi boca, el suelo, sangre.... No, definitivamente no.

—Está bien —aun así, le miré con mucha desconfianza.

—Laura, solo te voy a dejar en tu cama y me voy. ¿Por qué me miras así? ¿Crees que haré algo malo?

—Has dado en el clavo.

—No soy un ladrón, ni asesino, ni nada de esas cosas delictivas. Además, te quiero, y jamás te haría daño.

—Ya me lo has hecho.

Nuestras miradas se encontraron. Y debo decir que tenía mucho por decir, solo que mi cuerpo no me lo permitía. Bastó con una mirada para que Jack entendiera mi mensaje. Comenzamos a caminar hasta que por fin me dejó sobre la cama. Me ayudó a subir y pasó la manta sobre mi cuerpo. Agradecí su gesto.

—Ahora me tengo que ir.

—Está bien. De nuevo, gracias.

—Laura, yo... —se sentó al borde de la cama— haría esto y mucho más por ti.

—Lo sé —me sorprendió mi respuesta.

—Entonces al menos deja que me preocupe por ti. ¿Qué te parece si dos días a la semana nos encontramos para almorzar? Solo como amigos.

No suena mal. Tal vez... tal vez debía ser justa con él.

—Está bien —mis ojos se empiezan a cerrar y bostecé.

—Me alegra escuchar eso —me acarició el cabello y de-prisa se levantó—. Ahora me voy. Que descanses, preciosa.

La última palabra la escuché entre el sonido silencioso del sueño. No me percaté cuando se fue de mi habitación con sus pasos firmes y cerró la puerta. Tenía demasiado sueño, demasiada pesadez sobre mi cuerpo.

Me dejé llevar por las dulces melodías de las olas del mar que comenzaban a llenar mis oídos. La sensación de calor me estaba embriagando. Abrí mis ojos y para mi sorpresa...

—Laura. Mi querida y hermosa Laura. Tenemos un asunto que resolver, y yo sé muy bien cómo resolver estas cosas. ¿Qué prefieres? ¿Que las serpientes te follen mientras yo te sostengo? ¿O que las serpientes te amarren mientras yo te follo duro hasta que grites mi nombre?

«Por todos los dioses»

Me había conseguido un pase libre al infierno, o al cielo. ¿Qué debía escoger?

15
EN AGUAS PROFUNDAS

—Contéstame, Laura. ¿Qué prefieres?

Allí estaba Sebastián, arrodillado entre mis piernas, solo con un pantalón y el botón suelto. Su cuerpo resplandecía, y sus ojos me escudriñaban esperando alguna respuesta. Pero no podía hablar, casi me costaba respirar al mirar sus ojos oscurecidos por el deseo.

—¿No me dirás nada?

Oh, rayos, esto me cuesta trabajo.

—Yo... yo te quiero a ti —susurré un tanto avergonzada.

—Eres hermosa cuando te sonrojas.

Dejó caer su cuerpo un poco sobre el mío, apoyándose de las manos. Su respiración rozaba mi cuello, sus labios comenzaban a dejar un camino de besos hasta más abajo de mi clavícula. Pero algo me sobresaltó. Un peso ligero comenzaba a subir por la cama, no podía ver bien lo que era, porque el cuerpo de Sebastián me lo impedía.

—Deja que me deshaga de esto —señaló mi ropa y acto seguido comenzó a quitármela, despacio y sin prisa. Se tomó todo el tiempo del mundo, aún con su cuerpo pegado al mío.

—... No tardes.

—Tranquila, nena —me acariciaba con sus labios sobre los míos—, déjame disfrutar de tu cuerpo, es tan hermoso.

—Ah... —sus manos alcanzaron por fin mi sexo.

—Eso es. ¿Te gusta? —sus dedos jugaban conmigo, pero sin entrar.

—Sí, sí. No te detengas.

—Sentirás algo mucho mejor que esto.

Estampó sus labios con los míos, seguro para acallar mi grito sorpresivo al sentir cómo algo grueso y tibio entraba en mi interior. Se estaba moviendo a un ritmo lento y pesado, pero los giros que daba dentro de mí me hacían perder la cabeza. No tenía ni la menor idea de lo que fuese, pero estaba extasiada, y en cualquier momento estallaría sobre la cama. Me aferré a los brazos de Sebastián, sintiendo la presión bajo mi vientre. Algo entraba y salía, una y otra vez y otra y otra y...

—¡Ah, Dios... sí!

—Vamos, Laura. Dámelo.

Y caí al precipicio, exploté como una bomba masiva mientras sentía el alma separarse de mi cuerpo a la misma vez que maldecía en mi interior por no disfrutar de esto en la realidad.

Mi respiración estaba muy a la carrera.

—Eres perfecta.

Intenté cerrar mis ojos, absorber todo lo que había sentido. Entonces vi como una serpiente subía por la cama. Me asusté un poco.

—Quieta.

La serpiente comenzó a meterse por debajo de mi espalda y se irguió un poco, dejándome levantada sobre la cama. Mi cabeza aún estaba sobre las almohadas y solo la punta de mis pies alcanzaban las sábanas, dejándome medio suspendida. Me agarré por instinto a la cabecera, mientras buscaba con la mirada a Sebastián, que estaba de rodillas frente a mí.

—No sabes lo maravillosa que te ves así. Desearía guardar este momento para siempre.

—Siento que me caeré.

—No, preciosa, yo no te dejaré caer.

Sabía que algo estaba planeando. Y no me costó mucho esfuerzo en saberlo. Sebastián comenzó a acercarse a mí. Bajó la cremallera y dejó salir su masculinidad, totalmente dura y grande, esperando por mí. Abrí mi boca sin pensarlo y dejé escapar un suspiro de placer.

Dios... ¿todo eso ha estado dentro de mí?

—¿Te gusta?— su rostro era todo lujuria mientras sonreía de lado.

—Sí.

—¿Y qué quieres que haga con esto?

No podía responder, conocía la respuesta. Claro que lo quiero y lo quiero dentro de mí, rápido.

—Abre un poco tus piernas.

Obedecí de inmediato, con mucho cuidado para no caerme. Era complicado estar suspendida y sujeta por la espalda solo con una serpiente que se movía de vez en cuando.

—Mírame —lo hice—, no quiero que me dejes de mirar, en ningún momento. ¿Entendido?

—Sí —mi voz se quebró.

—Uf, esto será divertido.

Parecía alegre, aun con esa cara pervertida y oscura. No aparté mis ojos de los suyos. Quería verlo, mirar como entraba en mí, pero su mirada no me dejaba separarme de sus ojos, eran tan cautivadores, como si... como si me leyera por dentro. De nuevo me entró esa conexión, esa sensación de estar unida a él.

Todo pensamiento se fue de mi mente cuando entró en mí, lentamente, despacio, con anhelo. Me sentía tan llena, toda su anchura la sentía por completo en mí. Muy despacio y con la respiración atorada, clavó mis entrañas, hasta el final. Grité tan alto que sentí la cama temblar. Me dejé llevar por la sensación y cerré mis ojos unos segundos.

—Laura, mírame, no... dejes... de mirarme —sus propios movimientos le hacían hablar con dificultad.

Volví a abrir mis ojos. Era increíble todo lo que estaba sintiendo en mi interior. Por un momento pensé que su pene me partiría en dos. Ya no se movía con cuidado. Sus dedos estaban clavados en mi cintura mientras me torturaba al entrar y salir. *Dios... voy a morir aquí.* El sonido de su cuerpo contra el mío me excitaba aún más. Una lágrima se escapó de mis ojos, sintiendo completa felicidad. Tenía que disfrutar de este momento.

Sebastián no paraba de embestirme. El sudor de su cuerpo caía delicadamente sobre mí. Adentro y afuera... adentro y afuera...

—Joder, estás muy apretada.

Escuché un gemido desde el fondo de su garganta. Su cara estaba muy tensa y de vez en cuando cerraba los ojos. Pero nunca dejábamos de mirarnos. Hasta que mi orgasmo llegó, impactando contra su cuerpo y tensándome todos los músculos. Grité su nombre muy alto una y otra vez mientras las fuerzas me abandonaban.

La serpiente que me sostenía se alejó de la cama y Sebastián cayó sobre mí.

—Eres mía.

Y me besó fuerte, aún sin salir de mí. No quería que se alejara ni un ápice de mi cuerpo. Pero estaba rendido, igual que yo. Salió lentamente de mí, haciéndome gemir por la sensación de vacío, y se acostó a mi lado, con su cuerpo en dirección al mío.

—¿Cómo te sientes? —preguntó luego de varios minutos en silencio.

—Bien, de hecho —aun hablaba suavemente—, me siento de maravilla.

—Me alegra saberlo. Yo también me siento muy bien.

Ahora parece pensar algo delicado.

—Laura...

—¿Sí?

—Te voy a confesar algo.

Ok...

—Tú... tú me gustas, mucho —sentí alivio, por un instante pensé que era algo malo.

—Tú también a mí, Sebastián —le sonreí.

—Pero es que eso no es todo.

¿Qué?

—Desearía estar contigo, tú sabes, allá fuera, en el mundo real. Hacerte el amor cada noche y cada mañana. Comer juntos. Ir al cine y caminar de la mano. No sé qué me has hecho. No puedo esperar a verte. Me desespero cuando no estás.

Abrí mis ojos ante sus palabras. *No, espera... mi mente está jugando conmigo.* No puede ser, no puede ser. Estas cosas no pasan, simplemente...

—Sebastián —acerqué mi mano hasta su mejilla—, yo también desearía todo eso contigo.

¿Recuerdas cuando me preguntaste si me sentía feliz contigo?

—Por supuesto, te marchaste sin contestar.

—Pues sí. Me siento feliz contigo, tú me haces sentir así.

—Nena... eres mejor que un sueño. Ya lo arreglaremos, lo prometo.

¿A qué se refiere con eso?

—Ahora quiero llevarte a un lugar. Será placentero.

Enseguida se levantó de la cama, la rodeó y me ofreció su mano para ayudarme a levantar. Caminamos por la habitación hasta llegar a una puerta de madera pintada de color café. La abrió y entramos. Quedé maravillada por lo que veían mis ojos. Un baño inmensamente grande, cómodo, y con todos los lujos por imaginar. Una enorme bañera blanca hacía presencia en medio del lugar y justo detrás las ventanas de cristal oscurecido entreabiertas dejaban entrar el dulce olor a pinos.

Oh sí... huele a él.

Caminar desnuda frente a Sebastián ya no me causaba tanta vergüenza. Pero verlo a él completamente desnudo hacía que se me hiciera la boca agua. Pasé frente a un enorme espejo donde se veía mi cuerpo de la cintura hacia arriba. Miré con tentación, pero quedé atrapada en el acto por esos ojos verdes.

—Todo lo que ves es tuyo— me sonrojé al saber que me había visto mirarlo.

—Eres demasiado perfecto para ser real.

—Al menos aquí lo es. Tú y yo lo somos aquí... ahora.

Se acercó a mí, tomándome por la cintura y obligándome a mirarlo.

—Todo esto me confunde.

—Lo sé —pegó su nariz a mi cabello—, pero eres una chica muy inteligente.

—Entonces... bésame.

Sin chistar, me besó, con veneración y pasión. Su lengua entró en mi boca, reclamándola a su paso. Caminó hacia al frente con mi cuerpo pegado al suyo, hasta que sentí el frío borde de la bañera detrás de mis rodillas. Sin despegarse de mis labios, Sebastián bajó su mano para comprobar que el agua estaba caliente.

—Te ayudaré a entrar.

Me sujetó de la mano y entré, sintiendo como cada parte de mi cuerpo se relajaba al contacto

del agua. Una vez sentada, Sebastián se acomodó detrás de mí. El solo hecho de sentir su espada de carne, a medio grosor entre mis nalgas, me ponían alerta a cualquier movimiento en falso.

—Esto te va a gustar —habló sobre mi oreja.

Su aliento me erizó la piel. Sus manos comenzaron a trazar círculos sobre mis hombros. Era tan relajante sentir sus dedos masajeándome. Lo necesitaba. Necesitaba esto, unas manos en mi cuerpo que me quitaran todo el estrés que llevaba días y días sobre mí.

—¿Te gusta?

—Sí, me encanta.

—¿Por qué le tienes miedo a las serpientes? —me soltó de repente.

Vaya, eso no lo esperaba.

—No es algo así como miedo.

—¿Entonces?

—Siento que hago algo que no está bien, que es... —me removí por lo que iba a admitir— prohibido.

—Laura, existen demasiados tabúes. Muchas veces las personas ocultan lo que en realidad quieren o desearían probar. Y para mí eso es engañarse.

—¿Y tú has roto algunos *tabúes*?

—Uf, nena, si te contara tal vez hasta me tendrías miedo.

¿¡Por qué sus palabras me excitan tanto!?

—No preguntaré —solté una risa.

—Vamos, Laura, es la verdad. ¿Tú no has deseado hacer algo con todas las fuerzas de tu corazón, pero no lo haces por el simple hecho del “qué dirán”?

—Pues... —Sebastián tiene mucha razón— sí.

—¿Ves? —continuaba con su dulce masaje en mis hombros—, ¿por qué no intentas cambiar eso? No es que lo hagas todo de la noche a la mañana. Pero tal vez puedas hacer las cosas que a ti realmente te gustan, poco a poco.

Me dediqué a razonar, y solo descubrí que no hay nada más cierto en las palabras de Sebastián. Después de muchos meses oculta bajo la sombra de lo que un día realmente fui, decidí que era hora de cambiar. Hora de hacer lo que en realidad me gustaba, de estar libre de tabúes, o al menos de varios, y no pensar tanto en el pensar de la gente. Al final, aun haciendo bien las cosas, las personas siempre hablan lo que quieren. Entonces, ¿de qué valía fingir?

—Sebastián...

Sentí cómo sus manos se hacen más livianas.

—Sebastián, quédate conmigo, te necesito.

El eco de su voz se hacía cada vez más lejano y no entendía lo sus palabras. Sus manos ya no ejercían presión en mis hombros y el dulce aroma a pinos se desvaneció.

El ruido de mi celular me retumbaba en los oídos. ¡Malditos sean los móviles! Me removí en la cama, sintiendo todo mi cuerpo entumecido. El interior de mis muslos estaba húmedo y mi cabeza dolía y daba vueltas. *No vuelvo a tomar así... joder*. Rebusqué ese sonidillo molesto entre el cajón de la mesita de noche, hasta que por fin lo encontré. Sin mirar la hora presioné el botón de aceptar.

—¿Diga?

—Laura, por Dios, qué alivio. ¿Estás bien? Son las once de la mañana y no sabemos nada de ti.

¡Por todos los santos! He olvidado presentarme en el trabajo y tenía a mi jefe al otro lado de

la línea con un tono de yo no sé qué, si molestia o verdadera preocupación.

16
ESCAPAR NO VIENE MAL

—Te lo agradezco, señor Mayer. De veras que... me hace falta.

—Ni lo digas, eres excelente y te lo mereces. Así que nos veremos de nuevo el lunes.

—Claro. Hasta luego.

—Adiós, Laura.

Respiré con verdadero alivio. Mi jefe en realidad estaba preocupado por la “noche con una nota alta”, como bien él mismo dijo entre risas. Me ofreció el día completo mas el próximo libre, así podría estar todo el fin de semana en paz y tranquilidad en mi cálido apartamento, ¡y con los días pagados! No podía pedir más.

Dejé caer mi cuerpo en la cama, sonriendo con alegría contenida. Pero mi sonrisa se esfumó en el mismísimo instante en que tocaron con retumbos la puerta. *¿Pero qué demonios pasa ahora?...*

Me levanté con pereza. Caminé a paso largo y me detuve frente a la puerta, aun escuchando los sonoros ruidos.

—¿Quién?

—Laura, soy yo, ábreme.

—¿Jack?

¿Es que acaso Dios me estaba castigando? Abrí con rapidez. Mi enojo por tocar la puerta de esa manera como si viniera un tornado me estaba llegando a la cabeza.

—¿Qué sucede, Jack? —pregunté en el marco de la puerta.

—Mujer, ¿es que quieres matarnos a todos del susto?

—¿Qué? Pero, ¿qué te pasa? ¡Aquí estoy!

—Laura, ¿no miraste tu celular? Te he llamado más de tres veces. Tu madre también te ha llamado y Liz también.

Oh, sí. Dios me castiga.

—¿De veras? Yo... —bajé la cabeza— no vi nada.

—Pues claro. Todos preocupados y tú en el país de las maravillas.

—¿Y a ti que te sucede? ¿Es que me quieres joder la vida? Tú no eres nadie para hablarme así. Además, sí estaba en el país de las maravillas...

—Lo siento, nena —intentó rozar mi hombro, pero no lo permití—, pensamos lo peor. Yo pensé lo peor. Anoche te dejé tan tranquila sobre tu cama. ¡Y mira la hora que es!

—Sí, lo sé —vaya que tenía razón, pero no se lo diría.

—Entonces, ¿todo está bien?

—Sí. Pero qué drama —mi tono de voz volvió a ser normal.

Por un momento hubo un silencio sepulcral. Ni él hablaba, ni yo hablaba. Alguien tenía que decir algo.

—Entonces... ¿qué harás?

—Mi jefe me ha dado el fin de semana libre. La verdad lo necesito, después de lo de anoche no creo que mi cuerpo resista tanto trabajo.

—Pues me parece bien —sus ojos miraron hacia la derecha. Oh... yo conozco esa mirada.

—Ahora te puedes ir, Jack.

—Oye, espera —sostuvo la puerta antes de que la cerrara—, me preguntaba si... si te gustaría

ir al Museo Nacional conmigo el viernes en la tarde.

—¡Claro que no iré contigo a ninguna parte!

Y allí estaba, caminando por el pasillo hacia nosotros, con cara de pocos amigos y el cabello revuelto como si hubiese corrido un maratón. Mi mejor amiga, ¡y aún con ropa de oficina!

—Hola, Elizabeth.

—Hola, *Jack* —su acento me hizo reír—. Ya te puedes ir, que no haces falta.

—¿Qué me dices, Laura? —mi ex ignoró por completo el comentario de Liz.

—¡Que ya no haces falta, Jack! ¡Que te vayas, vete! —toda la poca energía que le quedaba la explotó en la cara del pobre Jack, empujándolo por el pasillo.

—¡Hasta luego, linda!

Liz regresó, casi sin aire por empujar un hombre más alto y fuerte que ella.

—¿Ahora le hablas? ¿Desde cuándo le hablas? ¿Me he perdido de algo?

—Liz, Liz... tranquila —le ayudé a respirar mientras entrábamos para sentarnos un rato—, no hay nada que contar. Entre él y yo no pasará nada y lo sabes. Solo es mera cortesía.

—¿Cortesía? Te volviste loca. El alcohol de anoche te volvió loca.

—Elizabeth, es lo menos que puedo hacer después de lo que hizo por mí mientras *tú* estabas ligando con el tío camarero.

¡Un punto para Laura!

—Sí, tal vez tienes razón —su expresión ni le llegó a los labios—, pero que ni se crea que tendrá algo más.

—Claro que no —resoplé con la mano—, ahora cuéntame cómo te fue con ese chico mientras me dejabas tirada con mi ex.

—Oye, que no te rías así —me dio un manotazo.

—Ya. Bueno, ¿y entonces qué haces aquí? Te has escapado.

—Por supuesto. Tenía que venir a verte después del susto que nos has dado.

—¡Y de nuevo! ¡Que estoy bien!

—Claro que lo estás. Y con ojeras y el pelo pegado a tu cara.

Me miré internamente, al menos hice el intento.

—¿En serio estoy así? —le pregunté asustada.

—Por supuesto que no, tonta —de acuerdo, un punto para ella—, más bien estás como si hubieses follado toda la noche.

—¡Elizabeth!

—¿Qué?, Es la verdad —mis ojos debieron votar fuego— ¿De nuevo has soñado con ese hombre?

—Sí... Sebastián.

—Vaya, lo dices como si lo adoraras.

«No. No lo adoro, bueno, casi. Más bien... es complicado. El me confunde, me hace sentir como si en realidad existiera cuando en realidad no es así. Solo es un producto de mi imaginación, pero se siente tan real. Tanto que... lo quiero. Sí, lo quiero para mí. Mierda. ¿Cómo se puede querer algo que no es real? Maldita sea mi mente traicionera.»

—Hola... Laura. ¿Ya volviste?

—Sí, ya —me incorporé luego de mi extensa línea de pensamientos.

—Entonces nos vamos.

Espera, ¿qué dijo?

—No me mires así. Has una mochila como para cuatro días, con lo más necesario. Ropa, zapatos, algo de maquillaje y...

—Oye, ve suave. Primero, ¿cómo es eso de que nos vamos?

—Te lo dije mientras pensabas en el pene de Sebastián.

—¡Liz, por Dios!

—Oh, vamos, apuesto que lo tiene grande.

Que me parta un rayo... no puedo pensar en eso ahora. En su dulce y delicioso miembro. Grande y potente, perfecto para mi cuerpo. Una polla exquisita que me hace gritar y temblar... «¡¿Pero qué mierdas hago hablando yo así?! ¡Laura, controla tus pensamientos, estás pecando!»

—Joder, sí que lo tiene grande. Solo mira tu cara.

—Ya para de reír y déjame hacer la bendita mochila —me giré para no exponer más mi vergüenza—. ¿A dónde dijiste que iríamos?

—Ya lo verás, tú solo hazme caso.

Hacerle caso a Elizabeth significaba muchas cosas, e implicaba muchas cosas. Como, por ejemplo, quedar petrificada ante el Minnewaska State Park para acampar, sin tener una piza de idea sobre acampar, sin ni siquiera saber si se podía acampar, sin saber los animales salvajes que podían estar corriendo por allí, sin... ¡Ah! La lista es larga.

Bajamos del coche con nuestras mochilas y la pequeña caseta para acampar.

—Liz, por favor, creo que esto no está bien.

—No seas cobarde. No fuiste cobarde para dejar a Jack. Ahora no seas cobarde para pasar unos míseros días al aire libre.

—No es lo mismo —mi mochila pesaba sobre mi espalda mientras caminábamos para buscar el lugar perfecto.

—Mira, piénsalo de esta forma —buscó aire y retomó su charla—, ahora también vas a dejar tus miedos, harás algo que nunca antes habías hecho. Y cuando volvamos a la ciudad, veras lo nueva que te vas a sentir. Estarás como nueva.

Inmediatamente el flash de mi sueño con Sebastián me llegó, tan claro como la mañana. Podía escuchar sus palabras: “No es que lo hagas todo de la noche a la mañana. Pero tal vez puedas hacer las cosas que a ti realmente te gustan, poco a poco”.

Sí, ahora Dios me estaba mostrando el camino. Una luz al final de mi camino, indicándome que era hora de cambiar, de hacer cosas nuevas.

—¿Y ahora por qué sonrías así?

—Nada. Solo estaba recordando algo.

—Ya me imaginaba —ironizó con gracia.

—No, no es lo que imaginas —intenté golpearla, pero me esquivó—, es solo que, en mi último sueño con Sebastián, me dijo básicamente que me aventurara a hacer cosas nuevas.

—¿En serio?— ahora subíamos por una pequeña colina. No tenía idea de hacia dónde íbamos, pero al parecer ella sí.

—Pues sí. Ya ves, no todo es sexo.

—Oh, claro —y de nuevo ironizó la muy...—, solo bromeaba, no me des. Así que quiere decir que tengo razón. Y tus sueños te lo confirman. ¡Hasta tu hombre te lo confirma! Es hora de cambiar un poco y disfrutar.

Dijo *tu* hombre... suena tan reconfortante. Como si de verdad fuera mío y yo suya. Aspiré todo el fresco aroma de la naturaleza, y por primera vez sentí que era libre. Libre de toda atadura, de todo el cemento de la ciudad. Sentí que podía volar, que podía ser quien yo quisiera ser. Sin nada ni nadie por medio para corregirme o criticarme.

—Ah, al fin hemos llegado.

Dios bendito, al fin. Dejamos caer las mochilas y la caseta sobre el suelo. Miré a mí alrededor, apreciando cada mínimo detalle natural. Tanta belleza junta. Cada árbol frondoso se imponía, cada arbusto y flor te sonreían a su gusto. Estábamos en un pequeño claro, muy cerca de alguna pendiente de agua pues se escuchaba el sonido al caer. Cerré mis ojos llenándome de esa calidez y libertad.

—Huele a pinos. Es divino, ¿verdad?

Entonces olía a él. Él estaba allí, conmigo en mi mente.

—Sí, es perfecto.

Los días pasaron muy deprisa. Al final deseé quedarme más tiempo. Tuve la oportunidad de aventurarme en el Minnewaska de principio a fin. Recorrimos pendientes y apreciamos durante horas la hermosa vista, sintiendo el sol en nuestra piel y la brisa jugar con nuestro cabello. Caminamos sobre un puente de metal y hasta nadamos en un charco de agua cristalina. Nos sacamos muchas fotos, meditamos como los monjes, corrimos, saltamos, y hasta bailamos solas gracias al diminuto radio portátil. Pero ya era hora de volver, regresar al apartamento que ahora parecía más pequeño de la cuenta.

Dejé mi equipaje sobre la cama para darme un baño restaurador, solo el viaje me había dejado muerta.

—Entonces nos vemos mañana. Me tengo que ir rápido.

—Sí, ya me imagino —le sonreí a mi amiga por la que me debía.

—No es por lo que piensas... —le miré fijamente a los ojos— bueno, sí. Sí lo es —al fin lo admitió.

Luego de una ducha caliente, me fui a la cama solo en bragas negras. Tenía la sensación que debía prepararme para algo. Tal vez iba a ver a mi Sebastián. Tenía deseos por contarle todo lo que había hecho, aunque quizá él ya lo sabría de antemano. Aun así, mi cuerpo lo ansiaba. Y ya estaba lista para cerrar mis ojos y verlo de nuevo.

17
COMO LA PRIMERA VEZ

Unas cálidas y fuertes manos acariciaban mi rostro. Me fui despertando con calma, absorbiendo la dulce sensación que me provocaban aquellas manos. El aroma fresco del mar entraba como de costumbre. Abrí mis ojos por completo y admiré con emoción al hombre que estaba frente a mí, sentado a mi lado, pasando sus manos por mis mejillas y luego mi cabello. Sonreí como una verdadera tonta enamorada... *como si lo estuviera, claro.*

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días —volví a sonreír.

—¿Qué deseas comer?

—Por ahora nada —alargué mi mano hasta su rostro—, he deseado verte.

Sus ojos se iluminaron por mi confesión.

—Yo también —sonríó—, me alegra saber que sientes igual.

Por un momento guardó silencio. Parecía mucho más tranquilo que de costumbre.

—He pasado un fin de semana en el Minnewaska.

—¿Sí? —parecía divertido—, ¿sola?

—¡No! Claro que no. De seguro me hubiese perdido

—reí junto a él—, de hecho... por mí no hubiese ido, de no ser por mi mejor amiga.

—Me alegro mucho. Tendré que hacerle una visita.

Se quedó mirándome a los ojos, como tratando de leer mis pensamientos. ¿Qué rayos significaba eso? ¿Él podía hacer eso? ¿Darle una visita sorpresa en sus sueños? ¿Y qué iba a pasar? Conociendo a Liz... lo más seguro...

—Hey —comenzó a reír alto—, no pienses tanto las cosas, preciosa. Yo no puedo salir de tu cabeza.

—Es que... si Liz llegara a soñar contigo de seguro terminarías hecho un cadáver —muy bien, una broma era mejor que recriminarle algo, que en total de cuentas no podía hacer.

Entonces sus ojos se oscurecieron y un escalofrío corrió por mi espalda.

—Nena... —sus dedos rozaron mi pecho— jamás permitiría que otra mujer sueñe conmigo.

—Lo dices... lo dices con tanta seguridad.

—Porque todo lo que ves es solo tuyo.

El universo se hizo pequeño en mis manos con aquellas palabras.

—Lo soy desde el momento en que viniste a mí.

—Sebastián... no sabes cuánto deseo que seas real. Que estés conmigo —suspiré resignada.

No conocía la razón exacta por la que me hablaba de esa manera tan tierna, tan poco de mis respuestas. Sus dedos me acariciaban los brazos y mi cuello, mientras me miraba de esa manera que sí era muy conocida pero lejana para mí. Quería saber lo que su mente pensaba, ese rostro de perfección decía muchas cosas.

—Laura.

—¿Sí?

—Quiero... —tomó mi mano y la entrelazó con la suya— quiero que seas mía. Quiero que seas mi mujer, hoy, mañana y siempre.

¡Ay, Dios mío!

—Pero, Sebastián, esto solo es un sueño.

—Pues se mía en tus sueños. Quiero darte todo lo que tengo, todo lo que conozco, solo para ti.

Mis labios quedaron sellados. Por primera vez sentía que volvía al pasado, a la primera vez que ese primer amor te revuelca el estómago y lo llena de mariposas. Solo que esta vez de una forma más fuerte. Porque ya no era una adolescente, ahora era toda una joven adulta, que conocía los riesgos de la vida. Y para empezar, este hombre solo estaba en mi mente. No era real. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar a eso? ¿Por qué las cosas buenas y agradables son tan difíciles?

—Nena, no te compliques. Solo déjate llevar.

Dejarme llevar... dejarme llevar, aunque al final del río solo me encuentre con el precipicio, y sabrá Dios a donde me tire. Miré sus hermosos ojos, deseando encontrar una respuesta. Pero lo único que podía ver era un hombre. Un hombre que me deseaba, que todo lo que hacía era para mí. En mis sueños podía tener algo que me daba felicidad. Así que tal vez... tal vez no tenía nada que perder.

—Sebastián, seré todo lo que tú quieras para ti. Y tú serás todo lo que yo deseo.

Su sonrisa no podía ser más brillante. Me abrazó con fuerza sobre su pecho, dejándome escuchar su acelerado corazón. Estaba emocionado. No pude evitar sonreír también, me sentía muy feliz, como si por fin hubiese podido cruzar una barrera emocional. Tal vez esto era lo que necesitaba, tener un refugio en alguna parte de mi cabeza, un lugar donde podía ser libre y sentirme deseada.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte, Laura —sus manos se posaron en mis mejillas—. Haré que desees estar aquí todos los días.

Oh, ha sacado su sonrisa perversa.

—¿Estás seguro? —le reté con la mirada— ¿Y cómo harás eso?

—Mmm, tengo muchas cosas planeadas para ti. La lista es muy larga —sus manos descendían hasta mi cintura—, haré que tiembles cada vez que me acerque a ti —continuaba bajando hasta llegar a mis bragas— y cuando te toque aquí... tus pensamientos y tu boca no harán otra cosa más que repetir mi nombre.

Oh, sí. Sus dedos comenzaban a formar círculos en mi punto más débil sobre la fina tela. Él sabía cómo hacerlo, porque en menos de cinco segundos ya estaba húmeda y lista para él. Sentía que andaba en una carrera, todo a punto de salir despavorido. Pero entonces se detiene abruptamente.

¡No! ¡¿Por qué?!

—¿Pero sabes que es lo más que deseo y me gusta de todo?

—¿Qué? —mi voz fue apenas un susurro.

—Esto...

Señaló mi corazón con su largo dedo índice. Me dejó alterada, porque ese detalle tan sutil provocó miles de sensaciones en mi cuerpo. Busqué sus ojos para sostener su mirada. Necesitaba sentirme amada, algo que iba más allá del sexo, era hacer el amor. Esa conexión única e íntima entre dos personas que se quieren realmente.

—Sebastián. Hazme el amor.

Como una orden bajada desde el mismísimo cielo, Sebastián me besó tierna y suavemente, sin perder nada. Hundió sus brazos bajo mi cuerpo y me alzó para cargarme a algún lugar. No quise preguntar, pues mi mente solo tenía intención de querer a este hombre de todas las formas posibles. Necesitaba esto desde lo más profundo de mi corazón, querer, amar a alguien. Y si Morfeo me estaba dando la oportunidad de sentirme así aun en mis sueños la iba a aprovechar.

Caminó por un pequeño y diminuto pasillo que pasaba desapercibido ante mi vista. *El conoce*

muy bien este lugar, Laura. Mi nariz se ocultaba sobre su cuello, y solo su olor me estaba llevando en un viaje muy placentero, ese olor a hombre decidido, que sabe lo que hace y quiere, que no le tiene miedo a nada. Me dejé llevar, hasta que sentí como sus brazos me depositaban en una cómoda cama. Abrí mis ojos y para mi sorpresa me encontré en mi propia cama.

Todo estaba igual, pero de la nada comenzaron a aparecer velas rojas por distintas partes de mi habitación. El olor a rosas comenzaba a bailar sobre nosotros, cubriendo todo a su alrededor. El cuerpo de Sebastián cayó sobre mí.

—Haremos el amor —su voz era una promesa—, pero lo haremos a mi forma y te juro: jamás, jamás podrás olvidar este momento.

Sucumbí, cayendo de rodillas mentalmente y rogándole a Dios por mi alma. Este hombre me iba a marcar para el resto de mi vida, si no es que ya lo hizo desde el momento que lo vi por primera vez. Sabía que este hombre traía mucho fuego en su espalda, sus brazos y su mirada, que le gustaba jugar y llevarme al lado perverso que se esconde en mí, sabiendo cómo sacarlo a la luz. De todas formas, en ese momento era un hombre completamente distinto, uno que sabe amar y complacer.

Su cuerpo se pegó al mío, pasó sus manos bajo mi espalda y de un tirón ya estaba sentada sobre él. Nos quedamos mirándonos fijamente, así sentada sobre él y él sentado sobre la cama con las piernas alargadas. Enrosqué mis piernas en su cintura. Podía sentir su erección, grande y dura presionando sobre mi vientre, ansiando salir libre.

—Eres hermosa, Laura. Quiero hundirme dentro tuyo y amarte, una y otra y otra vez, hasta que me pidas parar.

—Aja... suspiré sinuosamente.

Besé su boca con desespero, ya no podía resistirme por más tiempo. Con mi mano derecha busqué su pantalón para dejar salir lo que tanto deseaba sentir. Jugué con su calzón un poco, mientras sentía como su pelvis se movía queriendo terminar esa tortura.

—Recuerda, Laura, lo haremos a mi manera, pagarás si me haces sufrir así.

Por un instante vi su sonrisa divertida. Eso era lo que él quería. Pero yo no se lo iba a dejar tan fácil. Metí mi mano y al fin dejé libre su enorme pene. Lo miré por unos instantes y levanté mis caderas unos centímetros para poder sentarme sobre él. Vi por última vez el rostro de mi Sebastián, estaba tan sorprendido por lo que yo hacía. No le di tiempo para hablar, besé sus labios con pasión y me fui bajando lentamente sobre su virilidad.

Solté un gemido sobre su boca, Sebastián rugió bajo la mía. Llegué al fondo hasta sentir que me partía el alma en dos, mis manos se aferraron a sus hombros y sus manos se aferraron a mis caderas, mi respiración iba a tan a prisa por la sensación. Me sentía suya, completamente de él.

—Suave, nena. No hay prisa.

Pero yo estaba muy excitada, podía sentir mi propia humedad entre mis muslos. Subí lentamente, sintiendo como salía de mí y volví a bajar llenándome de nuevo.

—Espacio, tranquila.

Repetí el mismo proceso, unas diez veces más.

—Te quiero.

Sabía que era un riesgo decir algo así. Pero ya no importa, era mi sueño y lo estaba disfrutando.

—Yo también te quiero, Laura.

Como habiendo dicho esto para pedir permiso, Sebastián comenzó a moverse bajo mi cuerpo de forma dulce y acompasada. Su cuerpo bajaba y subía una y otra vez sin parar. No podía pedir más, estaba haciendo el amor con el hombre más hermoso, perverso y dulce que había conocido.

Sus embestidas comenzaron a subir de tono, al igual que el intenso calor sobre mi vientre. Mi garganta se estaba secando, mis uñas se clavaron más en sus hombros por todo el cúmulo de sensaciones que deseaban explotar.

—Vamos, nena, solo yo te escucho.

—¡Ah, sí! ¡sí, sí! —gritaba frenética.

Dime-de quién-eres.

—Tuya.

—¡Repítelo!

—¡Tuya!

—Di mi nombre —mi cuerpo no resistía más. Estaba por morir hasta que recibí un azote en mi trasero—. ¡Que digas mi nombre!

—¡Sebastián, Sebastián!

Como globo relleno de helio, exploté. Fuerte y duro, dejé escapar mis gemidos por todo lo alto, sintiendo el vórtice dentro de mi cuerpo, cayendo al vacío sobre Sebastián. Sabía que se había corrido conmigo, porque sus manos me apretaron las caderas mucho más de la cuenta. Y cómo me gustaba eso, saber que nos corríamos juntos por todo lo que nuestros cuerpos nos regalaban, acoplados el uno al otro.

Allí nos quedamos sentados, con mi cuerpo reposando sobre su pecho y mi cabeza sobre su hombro. Tras unos minutos, su mano acarició mi cabello.

—Jamás me cansaré de esto.

—Yo tampoco.

Me incorporé para mirarlo, aun sintiendo su flácido miembro dentro de mí. De a pasito me fui levantando, hasta sentir el vacío. Rodamos sobre la cama hasta acostarme sobre su pecho, acariciando los pocos vellos que tenía.

—Sé que estas cansada. Duerme.

—¿Te quedarás?

—Siempre estoy contigo, muñeca.

Depositó un suave beso sobre mi frente y comenzó a pasar su mano por mi cabello rítmicamente. Pero antes de quedar dormida pude abrir mi boca una última vez:

Esto ha sido mucho mejor que mi primera vez.

—Nena, no sabes cómo me alegra saberlo. Yo estoy para ti, completamente, porque me vuelves loco, como nadie lo ha hecho.

Sabía que estaba sonriendo, de esa forma tan suya. Y así me quedé dormida, con el último pensamiento de su voz, lista para recibir la mañana y empezar con fuerzas mi día.

18
LA MUERTE A VECES
PERDONA

Decir que el lunes era hermoso se quedaba corto. De hecho, creo que jamás había tenido un lunes tan maravilloso. Desperté muy temprano, descansada y con energías. Sabía la razón de mi felicidad.

Me preparé un desayuno completo mientras escuchaba a Madonna cantar “*Like a virgin*” en la radio de música ochentosa, no paraba de reír y mirar por la ventana. Decidí empezar el día dejándole saber a mis seres queridos cuanto los extrañaba. Busqué el número de mamá y le mandé un texto:

< *Espero que tengas un maravilloso día, mama. Te amo.* >

Inmediatamente le mandé el mismo a mi papá, aunque estaba segura que no me contestaría. El tema de mi papá era... complicado. Luego le mandé uno a Liz:

< *Liz, mi mejor amiga del alma. Te quiero.* >

Acerqué el café a mis labios y mientras lo saboreaba recibí una respuesta.

< *O.O ¿Por fin has visto al hada de los dientes y estas así de feliz? ¿O te has dado cuenta que tu celular manda mensajes? ^.^* >

Escribí una rápida respuesta:

< *.-. No y No. Solo me he levantado de maravilla. Estoy tan feliz que ni siquiera el encontrarme con Jack me quitaría la felicidad.* >

Otro mordisco al pan y recibí otra respuesta:

< *Wuuuu esto merece celebración. No recuerdo la última vez que me escribiste (sorry, pero tenía q decirlo jiji) Apuesto a que tu felicidad se debe por ese Sebas :) Saldremos esta noche >*

< *¿Sebas?! ¿Ahora le pones nombrecitos? *pone cara seria* Sí, saldremos definitivamente :) >*

< *¡Hay que ver contigo! Mira cómo te pones jajaja >*

< *Bah, hablamos en la oficina que se me hace tarde xoxo >*

Solo yo lo puedo poner nombrecitos, ¿cierto? Tengo ese derecho porque ahora... él es mío. Sí. Terminé mi desayuno y salí de prisa para encontrar un taxi y llegar a la oficina a tiempo.

No tardé en llegar, de hecho, había llegado veinte minutos antes. Entré por las enormes puertas saludando a todo el que se me cruzara. Caminé silbando por lo bajo.

—Buenos días —saludé al guardia que llevaba una cara terrible, en un intento de mejorar su día. *Mala idea.*

—Buenos días, Laura —se apresuraba por hablar—, debo pedirle que espere aquí.

—¿Qué sucede? —pregunté extrañada.

Su cara se tornó de varios colores, mientras trataba de buscar las palabras correctas a mi pregunta. La verdad, ya me estaba impacientando luego de varios segundos de silencio.

—¿Qué está sucediendo? —pregunté de nuevo un tanto exaltada.

—Al parecer han informado de una bomba en el último piso.

—Pero, ¿qué demon...? Tengo que subir. Tengo que subir.

Tal vez mi mejor amiga estaba allí. Mis cosas estaban allí, mis amigos, mis compañeros...

—No la puedo dejar subir.

El guardia apretó levemente su mano sobre mi brazo. Le miré con toda la furia posible, dándole a entender que no me quedaría allí de brazos cruzados.

—Por favor, no sea testaruda, no sabemos con exactitud lo que está pasando.

—¡Exacto! Usted no lo sabe —me zafé de su agarre de un tirón y comencé a caminar en dirección hacia las escaleras. De seguro habían detenido los ascensores.

—¡Laura, Lau...!

Escuchaba como los rápidos pero pesados pasos del guardia iban tras de mí. Así que corrí más rápido y entré por la puerta de las escaleras como alma que se llevaba el diablo.

—Esto es por mi amiga, esto-es-por... ah, maldición...

Subir más de diez pisos, escalón por escalón, era la cosa más horrible que había hecho en mi vida. Me costaba respirar a un nivel insospechable.

—¡Juro que si ella-está-allí... la saco a-patadas-rodando-por... las escaleras!

Por fin llegué. Parecía que había corrido un maratón por un millón de dólares. Estaba fatigada. Abrí la puerta para entrar con cuidado al interior de las oficinas de mi piso. Ya había escuchado en algún programa de televisión que cuando sucedían estas cosas, el plan de emergencia era salir por las escaleras en tono ordenado. Pero... en ningún momento me tropecé con alguien. *«Esto tiene que estar mal.»*

Asomé la cabeza un poco. Miré a mi alrededor, solo para darme cuenta que todo el lugar estaba sepultado por un macabro silencio. Nada, ni una sola mosca se escuchaba. *«Mierda, ¿qué demonios pasa aquí?»* Entré con mucho cuidado, dando pasos como si fuera algún ninja. Lo admito, el miedo me estaba comenzando a entrar. Entonces algo maquiavélico se quiso aprovechar de mí y de algún lugar comencé a escuchar murmullos. Mi rostro comenzó a buscar aquellas extrañas voces. Busqué hasta quedar parada tras una pared.

—Ya te lo dije una vez, esta es la segunda y no habrá una tercera.

«Pero, ¿quién demonios habla de esa forma? Yo... me parece haber escuchado esa voz, pero no recuerdo de dónde.»

—Mira, sabes la posición en la que estoy. ¡Mierda! ¿Crees que puedo andar por ahí con una maleta y cien millones de dólares así porque sí?

Ese era mi jefe. Oh, por Dios. ¿Por qué decía esas cosas? ¿De qué rayos estaban hablando?

—John, John... No entiendo porque te metes en algo y después tratas de huir como si nada pasara.

—¡Es que no estoy tratando de huir, joder! Aquí estoy.

—Entonces espero que entiendas que debes traernos el dinero a más tardar mañana. De lo contrario, no tendré piedad con esta gentuza y vendré a matarlos a todos. Sabes que lo puedo hacer.

Oh, no. Esto estaba pasándose de la raya. *Tengo que hacer algo, pero ya.* Caminé en puntillas con nerviosismo. Necesitaba saber quiénes estaban allí y bajo qué circunstancias. Miré en cada rincón, hasta que sentí como mi alma se me despegaba del cuerpo. Allí, en una esquina, un grupito de cinco personas estaba tirado en el suelo, mientras un sujeto cubierto de ropa negra al estilo militar los amenazaba con el enorme rifle. Entré en pánico.

«¿Lo tomo por sorpresa? ¿Me voy? ¿Los ayudo? ¿Llamo la policía? Mierda.»

Mis manos temblaban descontroladamente. Respiré profundo mientras abría mis ojos nuevamente para encontrar los ojos llorosos de mi amiga Liz, junto con otros cuatro compañeros más. Estaban cabizbajos sin poder hacer nada. De acuerdo, era ahora o nunca.

Volví a esconderme esta vez detrás de un escritorio. Saqué rápidamente mi celular y marqué el número de emergencia. Inmediatamente una voz monótona respondió.

—911, ¿cuál es su emergencia?

—Sí, soy Laura Rangel. Soy la sec... —no podía mencionar a John, las cosas estaban demasiado confusas para esto— El edificio Empresas Motion Universe está siendo atacado en el último piso, hay un-un hombre con un rifle. P-por favor... yo, yo... —comencé a hiperventilar.

—Señorita, tranquila. Ya hemos localizado su llamada y un equipo va en camino. Tranquilícese, respire, hable conmigo. Dígame exactamente qué sucede.

—He llegado unos minutos más temprano a la oficina □ hablaba tan bajo como me era posible □ . El guardia me dijo que no podía subir por un supuesto asunto de una bomba.

—¿Sabe usted si esto es cierto? —me preguntó amablemente la señora de tal vez unos cincuenta años.

—No, no... yo —mi voz se quebraba por momentos, siendo difícil respirar— subí las escaleras porque necesitaba saber lo que pasaba. Y-y, ay, no puede ser, no puede ser...

—Escuche, tranquila. Yo estoy aquí, la ayuda ya debe estar por llegar. Siga hablándome, dígame dónde está y mantenga la calma.

«No puedo mencionar a John, no puedo mencionar la extraña conversación con yo no sé quién.» Sonaba que ese tipo era el jefe de alguna ganga.

—Hay un hombre vestido completamente de negro y tiene un rifle —ahogué las ganas de gritar. El hecho de ver algún arma no me asustaba, era más bien el saber que la podía utilizar en contra de mis amigos—. Parece... —asomé la cabeza para tratar de buscar al tipo militar— sí, parece un hombre del ejército.

—¿Qué más? —me animaba la operadora al otro lado de la línea.

—Hay otro hombre, encerrado hablando con alguien, pero solo escuché murmullos.

Mi corazón se detuvo cuando escuché al sujeto del rifle gritar.

—Oye, J, tenemos que irnos —volví a mirar—. ¡Cállate, maldita zorra! —mis ojos vieron como con el dorso de la mano le golpeaba el rostro a Liz.

—No, no, no... —un horrible deseo por aventarme hacia el maldito me corrió por el cuerpo.

—Laura, Laura, escúchame. No comentas una locura, la ayuda ya está en el edificio, deben entrar en cualquier momento. Mantente segura y a salvo.

—No puedo permitirlo, yo no...

Dejé caer mi celular y todas las palabras que se escuchaban en el aire. La llamada de emergencia, mis compañeros gritando y los murmullos en la oficina de John dejaron de ser audibles para mí.

«Esto se acaba, aquí y ahora.»

Me quité los zapatos mientras me acercaba al sujeto de negro. Visualicé una silla de metal a mi lado. Perfecto, eso al menos lo dejará tumbado por unos segundos. La tomé fuerte entre mis manos, tenía la ventaja de que nadie más se percataba de mi presencia. Y así, de un solo movimiento, con un fuerte azote y toda mi fuerza, golpeé al hombre de negro tan fuerte en la cabeza que cayó como toro derribado contra el suelo. Mis compañeros de trabajo habían quedado más atónitos que yo misma. Me vieron a la cara, tratando de creerse lo que veían.

—¡Qué esperan, átenlo! —les dije en histeria.

—¿Laura?

—Dios mío, Liz. Tenemos que salir de aquí, ya vienen por nosotros.

Le ayudé a levantarse, mientras los demás buscaban la forma de atar al sujeto de negro.

—¡Que nadie mueva un pelo de aquí!

Lo sabía, mi suerte no podía durar tanto. Aún estaba el otro maldito que hablaba con John. Me giré para encararlo. Por alguna extraña razón, la furia comenzaba a apoderarse de mi sistema.

—¿Y quién carajos eres tú para decir que hacer? —le grité al sujeto tapado por completo.

—No... Laura... —la voz de Liz se quebró por el miedo.

Estaba segura que aquel tipo me mataría. Su cuerpo se tensó de pies a cabeza, lo pude notar. Bajó el arma que llevaba en los brazos y comenzó a caminar hacia nosotras.

—No-no nos mates, por favor.

—No hables, Liz —le susurré a mi amiga para intentar calmarla. Pero el estrés que ya llevaba de seguro no le dejaba tranquilizarse.

En cinco segundos aquel hombre tenía su rostro muy cerca al mío. *Mierda, no me digas que me hará algo peor que matarme.* Su rostro tapado por una gruesa tela negra comenzaba a dejar salir el aliento de sus labios. Estaba... ¿nervioso?

—No te muevas —me dijo. Y acto seguido posó su dedo índice sobre mis labios—. Nunca cambias.

—¿Ah?

—J, por favor, deja a Laura en paz —no sé en qué momento John apareció, pero no de cualquier forma, ahora le apuntaba al sujeto de negro con una pistola.

—¿En serio? ¿Me apuntas porque te gusta?

Mi mente estaba desencajada. *Esa voz me suena tan familiar, solo que un poco más profunda.*

—Tú sabes que no le haré nada —soltó en una carcajada.

—Entonces deja ya las cosas aquí. Ya hemos... —me miró con tristeza— ya hemos hablado.

«¿Dios, te acuerdas de mí? Me voy a morir aquí mismo si esto no se resuelve. Y los malditos policías no llegan.» Quería gritar de una buena vez, dejar salir toda la ira que llevaba guardada. Reuní todo el aire que pude, mirando a estos dos hombres que no se inmutaban por bajar la guardia. Abrí mi boca y...

—¡Quietos, que nadie se mueva o dispare!

Bendito sea Dios, me escuchó más rápido de lo que pensé. Un grupo de doce policías bien armados y equipados se comenzaron a enfrentar. «*De esta no salen, de esta no salen.*»

—Suelten el arma —ordenó uno.

—Soy el presidente, John Mayer —mi jefe tiró el arma al suelo—. Este sujeto ha entrado armado y con amenazas

—por un momento vi cómo le daba una mirada mucho más que de disculpa. ¿En serio se estaba disculpando John por lo que decía? *¿Pero qué diablos está pasando?*

—¡Usted! ¡Tire el arma al suelo!

—Ni lo sueñes, cabrón.

No vi venir el momento en el que me sujetaba del cuello, mientras apuntaba el frío metal en mi cien. Un choque eléctrico comenzó a correr por mi espalda. Bien, ahora si iba a morir.

—Nadie se mueva, o la haré puré de tomate. Pelé, levántate, nos vamos.

Seguro le hablaba a su compañero, pero no se levantaba. *¿Lo maté?*

—Pelé, mierda, que nos vamos —pero nada.

—¿Y ahora que harás —le grité sin pudor—, maldito hijo de puta!?

—Suéltala, por favor...

—Shhh... Ahora, lindura —susurraba en mi oreja—, es el momento de las despedidas.

¿Qué?

Acercó mucho más su rostro a mi cuello y dejó un leve beso. Su perfume me perturbó. No, no podía ser. El cigarrillo estaba mezclado, pero ese particular olor a nueces era inconfundible. Aquello era más de lo que podía soportar.

Sentí el suelo moverse bajo mis pies y un fuerte dolor de cabeza de nubló la vista. Luché para

quedarme despierta, pero mi cuerpo no pudo más. Caí al suelo, sin fuerzas y dejándome arrastrar a la inconsciencia. Los últimos sonidos que logré escuchar fueron unos cuantos disparos, personas gritando y pasos por todas partes.

—Laura, todo ha pasado...

Me dejé llevar por la voz de John, mientras se disipaba en la oscuridad. Deseaba despertar y ver que todo había sido una pesadilla. Sí, tal vez lo fue...

CUENTAS PENDIENTES

«Mis ojos... mierda, ¿dónde estoy? Necesito... necesito moverme... por favor...»

Una fuerza increíblemente pesada se posaba sobre mis ojos. Pero tenía que saber, saber dónde estaba. Las imágenes de lo sucedido me llegaban a la cabeza como flashbacks una y otra vez. Los gritos, los pasos, los disparos, Liz, John. Y ahí, en lo profundo de mi mente, la imagen del sujeto de negro aparecía, recordándome lo vulnerable que podía ser.

“Ahora, preciosa, es el momento de las despedidas.”

No. No quería escucharlo. Tenía que despertar, ¡maldición!

—¿Laura?

El sonido de una dulce voz me llamaba desde el otro lado. Hice un esfuerzo sobrehumano hasta levantar mis párpados solo un poco. La claridad se enfocaba sobre mis ojos y me provocaba mucho dolor, pero no más que el de mi cabeza.

«Te lo tienes merecido, ¿cómo se me ocurre hacer esas cosas?»

—Laura querida, tranquila.

¿Mamá? ¿Qué hacía ella aquí? Intenté una vez más abrir mis ojos, pero simplemente no pude. Así que me dejé llevar de nuevo a la oscuridad.

—Laura... Laura, despierta.

—¿Mmm?

—Vamos, todo está bien. Estás aquí, conmigo.

¿Sebastián? No lo podía creer. Abrí mis ojos de golpe y me di cuenta de inmediato en dónde me encontraba. La única diferencia era que esta vez, el cielo reflejado a través de la ventada se mostraba nublado y lluvioso. El suave sonido de las gotas cayendo sobre el balcón mezclado con el olor a salitre me inundaron los pulmones.

—¿Sebastián? —pregunté nerviosa. Estaba tan confundida y mi cabeza no paraba de dar vueltas.

—Tranquila, hermosa. Soy yo —me tomó la mano para acercarla a su rostro—, ¿ves?

—Eres tú —suspiré con alivio.

—Sí. Te he traído un té.

—Gracias —le devolví la sonrisa y lo acepté. Volví mi vista hacia las afueras de la ventana—. ¿Por qué está lloviendo así? Nunca llueve cuando estoy aquí.

—Asumo que así es como te sientes —me miró preocupado, levantando levemente los hombros para restar importancia y no preocuparme. Pero ya estaba más que preocupada.

—Amm... me duele la cabeza. ¿He muerto?

—¿Qué?

Le sonreí de lado al ver la cara de tragedia que puso. Creo que eso no le gustó.

—Por supuesto que no, nena. Solo tuviste una contusión. Bebe —acercó el té a mis labios mientras me acariciaba la mejilla.

—Lo siento, es que... tuve miedo, coraje, ansiedad.

—Lo sé —su mirada se oscureció por un instante—, pero fuiste valiente. Ahora quiero que descanses.

—Pero no quiero que te vayas —le miré con ojos de gatito tierno.

—No me iré a ninguna parte.

Dios... esa sonrisa hacía que se me quiten todos mis dolores. Menos el que me oprime entre los muslos. ¿Por qué este hombre tenía ese efecto tan abrupto en mí?

Bebí despacio el té, saboreando la manzanilla con un toque de canela. Nunca había probado algo parecido, y mis papilas gustativas lo agradecían. Cerré mis ojos unos instantes, disfrutando el suave sonido de las olas y la lluvia que ahora se disipaba.

Creo que pasaron varios minutos cuando de nuevo escuché la voz de mi madre.

—¿Laura?

—Sí.

Abrí mis ojos nuevamente para enfocarme en el rostro que me llamaba. Maldición, si tan solo hubiese sido Sebastián. *Mi* Sebastián. Le di una leve sonrisa a mi madre, tratando de mitigar su evidente tristeza. Miré a mi alrededor para comprobar dónde estaba, debí suponerlo: un hospital. ¿Por qué no podía ser en aquella habitación blanca?

—Mi niña —me dio un rápido abrazo, presionando mis costillas.

—Auch, me estás...

—Ay, perdona —se separó de inmediato, sin apartar sus manos de mi rostro—. Llevo tantas horas preocupada.

—¿Qué ha pasado?

Su rostro cambió por completo.

—Has sufrido un fuerte golpe en la cabeza. Además, tienes un moretón en el costado izquierdo, todo a causa de la caída que sufriste.

—¿Caída? ¿Qué caída?

—Te desmayaste, querida. Caíste redondita en el suelo, como una enorme pelota en picada —su mirada tierna fue lo único que me impidió decirle dos o tres cosas por *ese* sutil comentario.

—¿Y mis compañeros? ¿Dónde está Liz? ¿Atraparon al sujeto de negro?

—Hey, hey, tranquila. No puedes estar ansiosa. Dejaré que entre tu amiga, ella está bien —suspiré aliviada—. Un oficial vino a verte para hacerte las preguntas de rigor, pero estabas dormida, así que se fue.

—Asumo que vendrá en cualquier momento.

—Sí. Lo siento, mi niña, pero ya sabes cómo son estas cosas.

—Gracias, mamá.

—No tienes que agradecer nada —me besó la mejilla—, soy tu madre y para eso estoy aquí —pareció que por un momento sus ojos se nublaron, así que debía cambiar la conversación. No me gusta ver a mi madre llorar.

—¿Y papá? —sus ojos cuadrados y su cara tensa bastó para entender.

—He hablado con él. Dijo que vendría a verte luego de terminar unos asuntos.

—¿Todavía siguen peleados?

—¿Ah?

—Mamá...

Miró su reloj y comenzó a caminar hacia la puerta. Obviando por completo mi pregunta. Ya sabía yo que algo andaba mal otra vez...

—Elizabeth, puedes pasar —la escuché hablar.

Un par de segundos y mi mejor amiga estaba a mi lado, sentada sobre el borde de la camilla. Me despedí de mi madre moviendo suavemente la mano. Susurró algo así como “hablamos de tu

padre luego”.

—Laura —Liz estuvo llorando, lo sabía—, no sabes el susto de muerte que hemos pasado.

—Sí, pero no me abrases tan fuerte.

—Oh, lo siento —se secó las últimas lágrimas mientras se acomodaba de nuevo en el borde.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Esto ha sido un caos, amiga. Después de que te desmayaras, el tipo ese no sé cómo lo hizo, pero se metió en una oficina y simplemente... —su cara de terror me inquietó— simplemente saltó por una ventana.

—¿Qué?

—Así como lo oyes. Saltó y... no lo lograron atrapar.

—¿Entonces el maldito anda por ahí?! —grité desesperada.

—Laura, tranquila. Tienes lastimado el costado y un golpe en la cabeza. Ahorra fuerzas.

—¿Cómo quieres que me calme cuando el hijo de puta anda así por ahí después de lo que nos hizo?

—Lo sé, lo sé. Yo también me puse histérica. Incluso... —se acercó a mí para hablarme en secreto— le di en la cara a un oficial por mi enojo.

—¿Que tú hiciste qué?

La imagen de Elizabeth dándole una bofetada a un policía fue tan graciosa para mí, que no pude explotar en carcajadas, sosteniéndome las costillas por culpa del dolor. Pero valía la pena.

—Sí, eso, ríete —me dijo con cara avergonzada.

—¿Y te hizo algo?

—No, para nada. Yo me disculpé enseguida. Y él solo me dijo “lo entiendo, no pasa nada, pero trate de no desquitarse con los demás de esta forma” —trató de imitar la voz de un hombre, lo cual no podía hacerlo bien y me ocasionó más risas.

—Tuviste suerte.

—Sí, de hecho, creo que me lo dejó pasar porque le gusté —sonrió airosa.

—Ay, por favor, Liz. Tú nunca cambias.

Me puse al tanto de todo lo que ocurrió luego de mi desmayo. Al parecer habían entrevistado a todos los testigos, incluyendo a mi jefe. Tuve mucho interés en saber cuál fue su versión, pero lo poco que me pudo decir Liz fue que John recibió una llamada anónima a su celular personal diciendo que había una bomba en su oficina. A todo esto, nunca pude hablarle de la conversación misteriosa que escuché entre mi jefe y el maldito que se escapó. Yo quería averiguarlo por mí misma. Si lo hablaba tal vez pondría a John en una mala situación. Tal vez él solo le estaba siguiendo la corriente para que no lo matara. Tal vez era un insignificante asunto que se le había pasado de las manos. Pero... la idea que más me atormentaba, y la más peligrosa de todas, era que tal vez mi jefe estaba involucrado en asuntos turbios e ilegales.

El solo hecho de imaginar a mi jefe en una situación así me ponía mucho más que tensa. No solo se iba a afectar él, sino toda su compañía y por consiguiente, estaría poniendo en riesgo a todos sus empleados.

—¿Y qué pasó con el sujeto que golpeé?

—Pues... —su rostro se tornó más rosado de la cuenta.

—No me digas que... —me llevé las manos a la cara— ¿lo maté?

—Laura, hay cinco testigos que afirmaron a tu favor, incluyendo, por supuesto, tu mejor amiga —me abrazaba suavemente para evitar mi llanto—. Todo lo que hiciste fue en defensa propia y de todos nosotros. Nadie te acusará.

—Pe-pero ahora llevaré ese peso en la conciencia.

No lo pude evitar, dejé que las lágrimas corrieran por mi rostro. Dejé salir toda la opresión que llevaba en mi pecho y que tanto me gritaba por explotar. Saber que ahora alguien había muerto por mis manos, aunque haya sido una persona ilícita, me iba a causar un daño por el resto de mi vida. Esto se me ha salido de las manos, pero ya no se podía borrar lo que hice... ya no.

—¡Laura! Reacciona.

—Ya, Ya, aquí estoy —hablaba mientras Liz me zarandeaba por los hombros.

—Te quedaste en el espacio. ¿Qué pensabas?

—Que he matado a alguien, haya sido en defensa, eso no cambia el hecho. Todo esto es demasiado para mí. Encima tengo una visita pendiente con un oficial para tomarme las declaraciones.

—Tranquila, yo estaré aquí contigo en todo momento. No te dejaré, y si no quieres ver a nadie saco a patadas al que sea.

—Liz, te lo agradezco tanto —le sonreí a mi amiga por sus palabras tan agradables pero determinadas.

A las doce del mediodía una enfermera vino a tomarme algunas pruebas más. Quería salir de allí, pero no me podían dar de alta hasta dentro de dos días más. Ni siquiera supe la razón concreta de la estadía tan larga. *¿Por qué la suerte es así conmigo?!*

Liz me trajo un delicioso almuerzo, pues no me apetecía nada el del hospital: una rica sopa de verduras y pollo con jugo de frutas fue lo mejor que me había comido en días. Estuvimos hablando un buen rato mientras terminábamos de comer. Una enfermera me ayudó a levantarme por primera vez para tomar un baño, entonces entendí que el golpe en mi costado había sido más duro de lo que pensaba. Al cabo de una hora estaba de regreso en la camilla limpia.

—Este lugar me está matando —mascullé para mí.

—Pronto saldrás.

Justo cuando pretendía encender la tele, un alto y fornido policía entró a la habitación. Su cara de pocos amigos se relajó más de la cuenta al ver a mi amiga. *«No me digas que ese es el policía que...»*

—¿Manuel?

—Elizabeth, hola —oh, el policía tenía una increíble voz y estaba mirando a mi mejor amiga como si quisiera comérsela. Ella le devolvió la misma mirada. *¡Por el amor de Dios!*

—Eh... estoy aquí, frente a ustedes.

—Oh, discúlpeme. Usted es la señorita Laura. Discúlpeme —no lo podía creer, encima era un policía cortés—, soy el agente Manuel Estrada. Estoy a cargo de tomar sus declaraciones de lo sucedido.

—Pero usted... estuvo allí, ¿no es así? Porque creo recordar su cara —debió notar el tono sarcástico de mi comentario.

—No, de lo contrario, y con gran probabilidad, el sujeto no estaría suelto ahora mismo —miró a Liz de soslayo.

—Ya veo. Bueno, espero que ya no le duela la mejilla —reí por lo bajo mientras veía como la cara de mi mejor amiga se tornaba de colores rosados y rojos.

—Em... ¿está bien si le tomo sus declaraciones ahora? Me han dicho que recién ha despertado y no quiero incomodarla.

Este agente me cayó de maravilla. De hecho, podría permitir que se junte con mi amiga sin ningún problema, parecía un buen hombre. Reí de nuevo para mi interior pensando cómo se verían estos dos juntos.

—Sí, claro. No hay problema, la verdad me siento mejor.

—De acuerdo, entonces le haré las preguntas y usted me las contestará tranquilamente para que no se le olvide nada.

—Muy bien.

Le estuve contestando todas las preguntas y todo lo que había ocurrido desde el primer momento en que llegué a la empresa. Lo único que volví a omitir fue aquella bendita conversación de John. Algo me decía que estaba cometiendo un error, pero a la mierda, yo quería saber lo que estaba pasando. Todo fue tan extraño, pero mucho más extraño era el recuerdo de la voz del sujeto de negro. Ese tono de voz, y su olor... John lo había llamado J y no podía dejar de pensar en la estúpida idea de que aquel maldito era Jack. *«No puede ser tanta casualidad, no puede ser, él no es así... ¿o sí?»*

—¿Señorita?

—Discúlpala, Manuel, ella a veces se pierde mentalmente —intervino Liz.

—Ya, lo siento.

—Entonces, ¿no quiere añadir algo más?

—No.

—¿Está segura?

«Piénsalo, Laura. Haz las cosas bien.»

—No.

Por un momento vi como el rostro del agente me escudriñaba. Pero no iba dejar alguna señal, lo miré fijamente unos segundos y luego desistió.

—Bien, entonces —dirigió la mirada a Liz y luego a mí— eso es todo por ahora. Si tiene algo más que decirme o recuerda algo me llama a este número —me entregó su tarjeta.

—De acuerdo.

No sabía qué rayos estaba esperando el agentito ese, pero por nada del mundo quería quedarme sola. Aunque si lo pensaba mejor...

—Oye, Liz —me sentí culpable por romper el contacto visual de estos dos—, ¿me podrías pasar mi celular?

—Claro. Tienes una montaña de mensajes —comenzó a rebuscar en una mesita junto a la camilla.

—Sí, claro, tengo que... mirarlos.

¡Já! Ni siquiera se ha dado cuenta de mis intenciones por estar tan pendiente a su bendito agente.

—Gracias. Ahora ya pueden irse los dos.

Ambos me miraron con enérgico asombro.

—¿Qué? Tendré dolor de cabeza, pero no estoy ciega. Además, hasta acá puedo oler el inconfundible olor a...

—¡Cállate! Ya nos vamos —me gritó ella.

Liz salió disparada, llevando a tumbos a Manuel por el brazo. Sonreí para mí. Por fin...

Busqué en mi agenda el número deseado. Solo un par de segundos y ya estaba sonando.

—¿Hola?

—John, hola. Es...

—Laura —me interrumpió de inmediato—, estás despierta. ¿Cómo te sientes?

—Bien —dije a secas—. Tenemos que hablar.

—¿Sí?

—¿Nervioso? —contraataque mortal.

—Yo...

—Te he escuchado. La conversación que tuviste con el culpable de que yo esté aquí.

—Laura —su voz me asustó un poco, pero seguía siendo cortés—, hablaremos de lo que tú quieras, pero no por teléfono.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que salgas más perjudicada de lo que ya estás.

Vaya, sonaba tan convincente y sereno. Tal vez debía darle la oportunidad para que me explicara. A fin de cuentas, todo esto me había dejado con un fuerte dolor de cabeza y moretones en el costado. Sin mencionar toda la confusión mental.

—De acuerdo. Te quiero mañana aquí.

«*Rayos, ¿cómo me atreví a hablarle así?*»

—Muy bien —parece que sonreía, pero no había seguridad de ello—, estaré allí a la hora de visitas.

—De acuerdo. Adiós.

—Espera —estuve a punto de colgar, pero su voz cambió tan drásticamente—. Lamento mucho todo lo que pasó. Yo... tú... —parecía complicarse con lo que va a decir— eres una excelente trabajadora y te aprecio. Lo siento, de veras que lo lamento mucho.

Pobre, ni siquiera se tomó un respiro por hablar tan rápido. ¿Tanta vergüenza le dio por esas palabras? No me confesó ningún amor. Rodé mis ojos y decidí calmarlo un poco.

—Gracias por preocuparte, John. Yo espero que realmente aclaremos todo esto mañana.

—Sí, mañana.

Terminé la llamada. Me dispuse a mirar todos los mensajes de texto que tenía en el buzón. La mayoría eran de mi madre, dándome sus discursos sobre lo que le había escrito en la mañana. Algunos pocos eran de mi padre, debería mencionar que se me cayó la boca al suelo porque jamás pensé que me mandaría un mensaje, de texto o de cualquier tipo. También leí algunos de mis compañeros, sonreí mientras los leía. Era absurdo estar en una camilla leyendo mensajes de texto, pero, ¿qué más podría hacer? Entonces se me prendió el bombillo.

Jack. Lo tenía que llamar. Tenía que saber que... que él no tuvo nada que ver, que esa no era su voz, que ese no era su olor. Necesitaba estar segura que el sujeto de negro no era Jack. Aunque muy dentro de mí, mi subconsciente me lo gritaba.

Mis manos temblaban por el nerviosismo. «*¿Qué dedo decir primero? No, primero llama y listo. Muy bien.*» Un timbrado, dos, tres...

—¿Laura?

—Jack, ho-hola. Yo...

—¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿Qué pasa?

—Necesito hablar contigo, ahora.

—¿Quieres que vaya a verte?

—No. Solo quiero saber, ¿dónde estabas esta mañana?

—Eh... ¿Qué?

Oh, no, conozco los nervios en una persona.

20
**DISTRÁEME DE ESTA
VIDA CRUEL**

—Contesta la pregunta, Jack, ¿dónde estabas esta mañana?

Escuché el carraspeo en su garganta y no supe si era por miedo o vergüenza. Pero, ¿a qué?

—Laura —dejó escapar el aire contenido—, ¿es muy importante para ti que te diga dónde estaba?

—Demasiado.

—Pero, ¿qué te ha pasado para que estés así?

—Primero contesta mi pregunta y luego yo la tuya.

—Bien... —parecía estar pensando bien la respuesta, le costaba hablar— mira, yo... Laura, por favor, no le digas esto a nadie.

¡Aja! Lo sabía, me lo iba a confesar. Mi subconsciente me lo estaba repitiendo una y otra vez. Pero solo escucho el sonido de las manecillas del reloj, ¿por qué no me lo podía soltar de una maldita vez?

—¡Jack! ¡Habla!

—Estuve toda la mañana en el doctor.

Pero... ¿qué?

—¿Hola? Laura, ¿estás ahí?

—Sí, sí. Eh, ¿estás seguro? —algo entonces no cuadraba bien.

—Muy seguro. De hecho, todavía no puedo olvidar cuando el doctor me hizo la prueba de próstata.

—Oh, santo. Jack, está bien, está bien —¿por qué me dijo eso!/? Pues porque se lo pedí—. No tenías que decírmelo así, por Dios.

Eso me pasaba por entrometida, por hacerle caso a mi mente. No, no volveré a dejarme llevar por mi mentecita.

—Bueno, tú insistías en que te dijera. Pues ya te lo dije. Ahora te toca, ¿por qué estas así? ¿Dónde estás?

—En el hospital.

—Pero, ¿qué sucedió?, ¿estás bien?

—Sí, de verdad no te preocupes, no es algo grave.

Déjame ir a verte, hablemos. Seguro te puedo ayudar con algo.

Es un tema que no quiero hablar ahora.

—De acuerdo, te entiendo —su suave voz me desubicó—. ¿Qué te parece si lo hablamos más tarde?

—Vale, yo te llamo. Ya me tengo que ir. Perdón por presionarte.

—No, linda, para nada. Hablamos luego.

—Adiós.

Y ahí estaban las respuestas buscadas. Jack estuvo en el doctor, pero es que... Sentía que algo no estaba bien. Ese sexto sentido, activado por tomo mi cuerpo, me avisaba como una dichosa alarma. No podía sacarme de la cabeza ese olor y la voz del sujeto de negro. Tal vez estaba lo suficientemente dañada y necesitaba un psicólogo con urgencia. Sí, aquella era una opción

considerablemente.

La puesta de sol se apreciaba en mi ventana. Agradecí a la enfermera el cambio que hizo para dejarme cerca y admirar la vista. *«Debería mudarme al campo. La ciudad me va a matar. Tal vez pueda darle una visita a mi padre y quedarme unos días en su casa de campo en Boston. No... mi madre me mataría, seguro, por confabular en su contra. Porque así es como ella ve las cosas.»*

—Le traigo la segunda dosis del día, señorita.

Una linda y bajita enfermera me sacó de mis pensamientos. Su cabello teñido y sus pequeñas líneas de expresión me hicieron pensar que tal vez rondaba en los cuarenta o cincuenta años. Le sonreí para aceptar de buena forma las medicinas, me tomé tres pastillas y esperé los efectos de un líquido transparente que bajaba por el tubillo directo hacia mi brazo.

—Esto le ayudará a dormir bien.

—Sí —sonreí—, eso es lo... que... neces...

Ni siquiera terminé de hablarle a la pobre señora cuando Morfeo me arrebató del mundo de los vivos para meterme al mundo de los sueños.

—Sí... aja, así...

Mi cuerpo estaba reaccionando a algo. Un roce muy sutil entre mis muslos. Era delicioso. La brisa nocturna entraba de algún lugar para acariciar mi cuerpo mientras que el sonido de alguna canción suave y lejana resonaba muy bajo en mis oídos. La verdad no deseaba abrir mis ojos, el placer me estaba inundando y temía que desapareciera cuando los abriera. Una caricia húmeda sondeó entre mis pliegues para adentrarse delicadamente en mi sexo. No hubo ningún movimiento, solo sentía cómo una respiración caliente me abrazaba.

Mi cuerpo recostado sobre un lugar acolchonado comenzaba a moverse, sin poder evitarlo, porque quería sentir más. Abrí mis piernas un poco ante la agradable invasión. Algo no muy grueso estaba dentro de mí y comenzaba a moverse de atrás hacia delante.

—Mmm, me gusta.

—No abras los ojos.

Lo sabía, mi hombre estaba aquí, lo pude reconocer al instante. Sus manos alcanzaron mis pezones para hacerlos girar sobre sus dedos. Ese pequeño dolor ligado con el placer me acaloraba toda la extensión de mi torso hasta caer entre mis piernas. En cualquier momento colapsaría. El movimiento seguía, entrando y saliendo de mí. Cualquier cosa que fuese, me iba a provocar un rápido orgasmo.

—Ah, ah □ dijo negando □ . Todavía no.

—Pero... —hice el intento de levantarme, pero una mano pesada me empujó sobre lo que supuse era la cama.

—No. Quédate quieta y no abras los ojos o... te los tendré que vendar.

Su voz me perturbaba, mezcla de deseo y autoridad, y solo con el sonido de su voz podía viajar más allá de lo imaginable. Este era el único lugar dónde podía ser libre de todo y ser quien yo quisiera ser.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, testigo de lo que sentía en mi sexo, que estaba húmedo y muy caliente. Lo podía comprobar cada vez que escuchaba los sonidos de Sebastián, murmurando cosas que no podía entender. Pero al diablo, yo ya estaba perdida. De pronto todo cambió, mi cuerpo comenzó a elevarse un poco, hasta que ya no sentía las finas sábanas bajo mi cuerpo. No sé en qué momento pasó, pero pude sentir como algo grueso se amarraba sobre mis tobillos y las muñecas. No dolía, pero sí era un poco áspero.

Tenía demasiada curiosidad por saber cómo rayos mi cuerpo quedaba suspendido sin ningún agarre.

—Quiero verte —le dije entre jadeos.

—Si abres tus ojos tal vez te asustes.

De acuerdo, eso era todo lo que necesitaba para mirar. Abrí mis ojos con temor, con Sebastián no se sabía lo que iba a pasar. Primero me enfoqué en el techo, no había cadenas ni sogas. Luego elevé mi cabeza para mirar lo que había debajo de mí, y menuda sorpresa la que me llevé.

—¡Oh, Dios! —grité sorprendida y nerviosa.

—¿Ves? Sabía que dirías algo así.

Sebastián me sonreía de lado. Con esa boca tan traviesa y esos ojos esmeralda que brillaban más por la leve oscuridad. Mis manos y pies estaban atados por aquellas mismas serpientes. Cada una se erguía sobre sí misma, dejando por consiguiente varias pulgadas elevadas sobre la cama. «*Magia... sí, tiene que ser magia.*» En mi cabeza no entraba la matemática en esto, mi cuerpo era mucho más pesado.

—¿Sabes que había aquí? —su pregunta vino acompañada de un dedo en mi interior y luego otro. Era difícil contestarle si me estaba follando con dos dedos.

—Contéstame, nena —me volvió a decir.

—No.

—¿Quieres volverlo a sentir? —presionó más sus dedos en mí, sacándome gritos de placer.

—¡Sí!

—¿Cómo dijiste? —él juega conmigo.

—¡Que sí!

Sacó lentamente sus dedos y un prolongado gemido se fue con él. Estaba muy atenta a su próximo movimiento, pero él solo estaba allí, de frente, mirándome.

—Laura, no sabes lo hermosa que te ves así, toda expuesta ante mis ojos, es la gloria.

—Sebastián... —solté un jadeo por la espera.

—Sshh, tendrás lo que quieres.

Su rostro se fue acercando entre mis piernas. «*¿Qué va a hacer?*» No tenía la menor idea de qué fue lo que estuvo allí antes que sus dedos, solo moría por sentirlo de nuevo. Su rostro se acerca más, y más, y más y...

—¿Sabes que tienes el mejor sabor del mundo aquí?

¿Qué había dicho?

Mis ojos se abrieron por completo cuanto su lengua entró en mí. «*No-lo-puedo-creer.*» Dejé caer mi cabeza atrás mientras jadeaba por la intrusión tan salvaje y deliciosa. Jamás imaginé que mi Sebastián pudiera ser capaz de lo que me estaba haciendo, de la forma en la que lo hacía. Pero sí, tenía su lengua enterrada dentro de mi húmedo sexo.

—Mmm, no, m-me correré pronto.

Sebastián hizo caso omiso a mi suplica. No tenía ninguna intención de parar. Su lengua arremetía contra mí una y otra vez sin parar, de una forma en la que pensé era imposible. Aquel sonido me excitaba más allá de lo imaginable y aún más escuchar las cosas que susurraba sobre mi piel.

—Sebastián, detente.

El calor se apoderó de mi cuerpo y mi mente, y sin poder evitarlo todo mi interior explotó dando vueltas hacia ninguna parte. Grité y dejé salir algunas barbaridades que bajo coherencia jamás hubiese dicho. Pero ese era el resultado de lo que él me provocaba.

Me tomó más de la cuenta respirar con normalidad, aún seguía suspendida, con las piernas

abiertas y el pelo alborotado por tanto moverse. Busqué con la mirada lenta a Sebastián, allí estaba, parado junto al borde de la cama. Su rostro lo decía todo, su sonrisa lasciva no dejaba de absorberme y hasta podía jurar que sus ojos se tornaron de color un tanto gris, desconociendo si era a causa del reflejo de la luna, o por algo más. Las serpientes comenzaron a moverse un poco hacia al frente.

—No te asustes. Ahora sabrás lo que es bueno bajo estas... condiciones.

—¿Ah?

—Oh, nos vamos a divertir mucho.

Morí. Morí y llegué al paraíso, o al infierno, ya no sabía. Mis caderas descendieron tan solo un poco, hasta llegar a la altura de las caderas de Sebastián. Su torso desnudo brillaba y su enorme paquete sobresalía del pantalón, ansiando ser liberado. Mordí mis labios en espera de lo que venía. Podía acostumbrar a eso. Sin apartar sus ojos de los míos, Sebastián comenzó a bajarse el pantalón. Pensé que bajo aquella tela tendría puesto un calzón, pero me equivoqué grandemente. Su erección salió disparada hacia arriba, la punta de su pene estaba enrojecida, y pensé que en cualquier momento estallaría.

Me encontré admirando su belleza masculinidad. Su mano llamó mi atención, cuando sus dedos rodearon su enorme extensión, moviéndola de arriba hacia abajo, lentamente. Él disfrutaba de aquel movimiento pausado y firme, yo sentía la ansiedad y expectativa.

—¿Crees que puedas soportar todo esto dentro de ti?

—me miraba serio, con ojos profundos.

—Sí. Lo quiero —mi propia voz me sorprendió— ahora.

—Te lo daré, nena. Tendrás lo que deseas.

Dejé escapar el aliento junto a él. Su cuerpo avanzó hacia mí, hasta que aquella gruesa punta chocó en mi entrada. Me miró solo una vez, y sin mediar palabra me embistió profundamente. Grité desesperada por la sensación, nunca me iba a acostumbrar a su tamaño. Sebastián se aferró a mis caderas mientras me permitía acostumbrarme.

—¿Sigo?

—Sí.

—Esa es mi chica.

¡Sí! Solo suya, de nadie más, en mi mente ya no había espacio para otra persona que no fuera él.

Su cuerpo comenzó ese dulce baile mientras sus manos seguían clavadas en mi piel. No sabía si era el deseo por su cuerpo o el éxtasis de placer en el que me encontraba, pero de pronto me vi a mí misma moviéndome sobre su miembro, al mismo ritmo, arriba y abajo. Ni siquiera entendía cómo lográbamos permanecer en esa extraña posición, aun sintiendo las serpientes bajo mis piernas, lo único que mi mente podía absorber era el acalorado orgasmo que pronto reventaría.

—Vamos, nena, eso es... sigue.

—¡Sebastián! —una lágrima de felicidad bajó por mi rostro—, siento que voy morir.

—Ah, sí. No te-detengas. Quiero-correrme-contigo.

El mero hecho de saber lo que su cuerpo deseaba hizo que todo el cúmulo de nervios estallara. Moví mis caderas más rápido y desenfrenadamente. Todo mi cabello bailaba por los aires mientras me enterraba una y otra vez en la enorme carne de Sebastián. Sus brazos rodearon mi cintura mientras convulsaba de placer sobre sus caderas y toda la humedad salía de mi cuerpo apresurado a la vez que mi sexo se contraía fuertemente sobre su pene. Mantuve mi cuerpo pegado al suyo, mirando sus intensos ojos mientras sentía su preciado líquido derramarse dentro de mí. El tiempo se detuvo para los dos, ninguno de los dos podía moverse, así, abrazados y pegados.

Le miré con satisfacción, sintiendo como mi cuerpo me exigía descansar por la falta de energía.

—Quiero llevarte al mar —susurró contra mi oído.

«¿Por qué me habla de esa forma tan sensual?!»

—No creo que pueda caminar.

—Vamos —entonces me besó tiernamente y yo me rendí.

—Está bien. Pero tú me cargas.

—Yo te puedo llevar a la luna si lo deseas.

«¡Despiértame de mi sueño y entonces dímelo de frente, podría morir feliz con una sonrisa en los labios!»

Con sumo cuidado Sebastián se retiró. Caí de nuevo sobre la cama. La mano de Sebastián ya estaba extendida, esperando ser aceptada para salir a dar un paseo, yo la acepté felizmente. Caminamos en dirección al balcón hasta sentir la brisa nocturna chocar en mi cara.

—Cierra los ojos —los brazos de Sebastián rodearon mi cuerpo, con su pecho pegado a mi espalda. Obedecí sin preguntar, estaba muy cansada como para hacer preguntas.

—Ya está.

Increíble, estábamos parados justo frente al mar. Las suaves olas salpicaban a orillas de la arena y la brisa se sentía más fuerte, moviendo mi cabello descontroladamente. Pero nada de eso importaba, tenía a Sebastián abrazándome desde la espalda, con su nariz sobre mi cuello.

—Tú escondes tantos deseos en tu interior —respiraba contra mi cuello—, yo quiero dártelos.

—Yo... —me sonrojé por su comentario. Era cierto que tenía muchos deseos guardados en “el cajón de las cosas prohibidas”.

—No sientas vergüenza por esas cosas, preciosa. Eres una mujer adulta y no tiene nada de malo experimentar.

—El problema no es solo la vergüenza que ciertas cosas me podrían ocasionar, porque creo que ya he superado lo de las serpientes —reí un poco junto a él.

—¿Entonces?

—No quiero cometer los mismos errores del pasado. Confiar en alguien que terminó echándolo todo a perder. Eso me encerró a mí misma, a solo limitarme con lo que todo mundo llama “normal”.

Sentí que acababa de sacarme un peso de encima. Cada conversación con Sebastián tenía ese efecto en mí, aparte de todo lo sexual. Él podía ver dentro de mí, saber cómo me sentía y lo que pensaba. Por eso me sentía tan nerviosa, ese temor a que descubran los secretos y deseos más ocultos que guardas y que por esa razón te empujen y te rechacen. Pero él era completamente distinto, de hecho, él me estaba llevando por ese camino peligroso y no tenía la menor idea a dónde podría parar.

—Eres hermosa hasta cuando te pierdes en tus pensamientos.

—¿Ah? Lo siento, esto me pasa muy seguido.

—Me he dado cuenta —sonrió junto a mi oreja, dejándome un casto beso.

De improviso, agarró mi mano y comenzó a caminar más cerca de la orilla.

—¿Qué haces? —reí.

—Vamos a mojarnos.

—Pero el agua debe estar helada.

—Ven y verás.

Mis piernas ya estaban cubiertas de agua. Para este momento debería estar temblando, pero, al contrario, el agua estaba tibia. Nos adentramos un poco más, quedando el agua hasta un poco más

arriba del estómago. Nos quedamos uno frente al otro y me perdí irremediamente en sus ojos y su boca, sonriendo para mí.

—Ven aquí —me acercó a su cuerpo para abrazarnos.

Podía sentir su calidez y los latidos de su corazón, suaves y constantes. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y cerré los ojos. Esta sensación era tan agradable, pero más agradable y realmente sorprendente fue escuchar, por primera vez, la voz de Sebastián cantando para mí, bajito, con temor de ser escuchado por alguien más:

*III “Cruzaré los montes,
los ríos, los valles,
por irte a encontrar.
Salvaría tormentas, ciclones, dragones,
sin exagerar.
Por poder mirarme en tus ojos bonitos
y vivir la gloria de estar a tu lado,
porque en mí ya siento que te necesito,
que me he enamorado.
Por poder mirarme en tus ojos bonitos
y vivir la gloria de estar a tu lado,
porque en mí ya siento que te necesito.
Eso y más haré.”*

Me abracé a su cuerpo aún más mientras, sin alguna razón conocida, mis lágrimas caían sobre mi rostro. Una inexplicable emoción me inundó hasta el alma. Feliz, así me sentía.

—Gracias —le dije aún aferrada a su cuerpo.

—¿Por qué, nena? Solo he sido sincero.

—Exacto.

Tú... tú... cantas muy... muy hermoso... hermoso... hermoso... hermoso...

—¡Buenos días!

No podía ser. Maldición, mierda, ¡mierda! ¿Quién había sido capaz de despertarme de mi dulce y perfecto sueño? Le cortaré la cabeza, ¡le cortaré la cabeza!

—Buenos días, Laura.

Abrí mis ojos de golpe para saber quién sería el próximo en morir. ¿Liz? Elizabeth, sí, ella morirá.

—Me has despertado —carraspeé contra ella.

—Ese era el punto.

—¡Pues que no vuelva a haber ningún puto punto!

—Por Dios, mujer. Modérate con tu comportamiento. Cualquiera diría que te han dejado tirada en medio de un...

—¡De un nada! Ni te atrevas a decir una sola palabra más —me senté malhumorada sobre el borde de la camilla—. Estaba soñando con Sebastián —le admití con pesadez en el cuerpo.

—Aaahh... con razón ese humor. Bueno, ¿sabes qué es lo mejor después de todo?

—¿Qué?

—Que mañana volverás a soñar con él —dijo como si aquello fuera lo más obvio—. Después de todo, lo haces a diario.

Tiré mi cuerpo hacia atrás, sintiéndome frustrada. Pero ya era muy tarde, de nuevo empezaba otro día. Comencé a hacer las cosas que tenía que hacer: desayuné, me di un baño a las nueve de la mañana, llamé a un par de compañeros de trabajo para saber cómo estaban después del incidente en la empresa y me mantuve al tanto de todas las pruebas que me habían hecho. Solo un día más y estaría afuera.

«Tanto alboroto por solo un desmayo...»

A la hora del almuerzo comí junto a mi amiga, quien no se despegaba de mí un solo momento. Luego de varios minutos una enfermera entró con la cara sonrojada.

—Laura, tienes visita.

—Está bien.

Le hizo señas a la persona que creía y lo dejó pasar. Venía bien vestido, con su chaqueta negra a juego con sus pantalones y su camisa blanca, como todo un empresario.

—Hola.

—Hola, John.

21
DOLORES DE CABEZA

Le dediqué una mirada cómplice a mi amiga, dejándole saber que necesitaba estar a solas con mi jefe. Ella solo se limitó a mover la cabeza y salió velozmente sin decir nada. Ya le hablaría de mi conversación, pues estaba más que segura que me preguntaría.

Volví mi mirada a John y con la mano le hice un gesto para que tomara asiento, cerca de la camilla.

—Antes que nada, quiero que...

—No —le interrumpí acomodándome hasta quedar cómodamente reclinada—, déjame hablar primero. No quiero que confundamos esto. No quiero que se mezcle esta situación con lo personal, porque sé que eres una buena persona, un excelente jefe, y me ha costado mucho estar donde estoy y no me gustaría perder...

—¿Tu empleo? —me miró horrorizado— Claro que no. Jamás te echaría solo porque has escuchado... ciertas cosas incómodas.

—Bueno —respiré aliviada—, entonces, ¿qué es lo que sucede? Sé que no debo entrometerme en tu vida, pero como verás —me señalé con ambas manos—, todo esto me ha dejado aquí.

—Lo sé. Y lo lamento. Las cosas... se salieron de control.

El rostro de John reflejaba verdadera vergüenza, lo notaba en sus ojos y la incómoda posición sobre la silla. Le di unos segundos mientras intentaba buscar las palabras correctas.

—Verás, hace un tiempo me encontraba buscando nuevos proyectos, cosas innovadoras para incorporar a la compañía. Entré una de esas cosas tuve la idea de... la idea de fusionar tecnología con armas —susurró como si estuviera confesando algún pecado.

—¿Ah? —mi cara debió preocuparlo por la manera en la que habló precipitadamente.

—No malinterpretes esto, ¿eh? Fue solo una idea. Todos sabemos que la tecnología está abarcando grandes posiciones a nivel mundial. Y yo dije “*bueno, ¿por qué no integrarlo en armas?, sería efectivo para nuestros policías y servicio militar*”.

—No me digas, la idea se convirtió en papeles —ironicé.

—Sí —su tono gélido me perturbó—. Comencé a buscar opciones, pero era difícil.

—¿Qué era difícil? —arrugué la frente.

—¿Te imaginas qué pensaría la gente si descubren que el gran jefe de *Empresas Motion Universe* está involucrado con armas?

—Pero, John, eres empresario, y los empresarios siempre buscan agrandar sus horizontes.

Había algo oculto en todo esto, lo percibía a leguas. Pero no iba a presionar a John si quería averiguar algo.

—Mira, no te juzgo, puedes confiar en mí. No soy nadie para decir lo que debes o no hacer.

—Mira —miró sus manos entrelazadas, acomodadas rigurosamente sobre su regazo—, me puse en contacto con un sujeto que prometía saber sobre armas y estuvo dispuesto a ayudarme en el proceso.

—Y apuesto a que ese es el mismo que estaba en tu oficina hablando amenamente contigo, mientras otras cinco personas era amedrentadas por un enorme tipo con un enorme rifle —no pude evitar mi coraje.

—Sí.

—¿Cómo pudiste? —le miré irritada mientras él solo se limitaba a ocultar su vista.

—Ya te lo dije, esto se ha salido de mis manos. Llegué a un acuerdo con ese sujeto: le daba una cantidad de dinero y él me entregaba un cargamento de distintas armas para hacer algunas pruebas.

—Ya sé, cien millones de dólares. Pero es que eso es demasiado dinero para...

—Me involucré en otras cosas, Laura —se quedó callado esperando alguna reacción. Pero yo solo mantuve la mirada sin ninguna expresión. Estaba tan impactada por sus palabras que no sabía cómo reaccionar.

—Yo — continuó hablando ante mi silencio— hice otros contratos con él.

—¿Qué clase de contratos? —mi voz salió temblorosa.

—No puedo revelar esa información —por primera vez sus ojos eran serios, en gran profundidad.

—¿En qué demonios te has metido?! ¿Sabes que estás involucrando a todos *tus* empleados que con tanto afán trabajamos?! ¿Que podrían meterte años y años en una cárcel?! ¿Que ahora yo soy tu bendita cómplice?!

Ya estuvo, dejé escapar todo el coraje y ansiedad que mantenía encerrado en mi cuerpo. Había gritado lo suficiente como para que sus oídos retumbaran por varios minutos. Eché por la borda los pensamientos sobre mi trabajo y el hecho de que era mi jefe. No podía creer lo que estuve escuchando, no lo aceptaba, no podía entender como un hombre “ejemplar” había sido capaz de llegar a ese punto. ¿Cómo podía involucrarse con un traficante de armas? Porque eso era... ¿o no?

—Esto... —hundió sus manos sobre su rostro— esto no es sencillo.

—¿Por qué? ¿Qué no es sencillo? ¿No puedes echarte para atrás y ya?

—No, ya no puedo, estoy hasta el cuello. Tengo el cargamento y... —de repente se quedó callado. Su rostro cambió considerablemente.

«No quiero saber más... no quiero saber más. Seguro se ha quedado callado para esconder otras cosas.»

—Laura, no sabes lo mucho que me apena verte aquí, por mi culpa —su mano se acercó a la mía, pero estaba tan impactada por todo que ni siquiera sentía su agarre.

—Honestamente, esto no saldrá de mi boca, si es lo que te preocupa. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados, al menos tengo que decirte que debes resolver esto de una buena vez, porque si algo llega a pasar no dudaré en ser la primera en hablar —le miré fijamente a los ojos, demostrándole que no vacilaba en mis palabras.

—No iba a esperar menos de ti, Laura. Esto lo resolveré, lo prometo.

Depositó un beso suave en el dorso de mi mano, se levantó de la silla y comenzó a caminar a la salida. Giró por última vez para mirarme, sus ojos no iban más allá de una ligera angustia y preocupación. Respiré con más calma cuando todo hubo acabado, sintiendo que me había quitado un peso de encima, pero ahora tenía dos o tres más. Estaba segura de que John guardaba varios secretos peligrosos, segura de que había otras cosas de por medio, y el solo saber que aquel sujeto de negro andaba aún suelto me ponía nerviosa.

Encendí el pequeño televisor pegado a la pared. Necesitaba escuchar las noticias sobre el incidente en la oficina. Busqué algunos canales hasta que por fin encontré el deseado.

“Aún las autoridades no han podido dar con el sujeto de negro y las pocas pistas que tienen del caso parecen disolverse a cada minuto. Varios de los testigos han accedido a relatarnos lo sucedido el día de ayer. Uno de ellos afirma como un segundo sujeto de negro, armado con un rifle, los amenazaba fríamente con matarlos si se movían o hablaban. No hubo heridos, gracias a la intervención de una de las secretarías del presidente, quien en estos momentos se

encuentra recluida en un hospital, producto de la ansiedad a causa de este desafortunado incidente. Los rumores sobre unos contratos turbios en la empresa comienzan a esparcirse, pero John Mayer, presidente de Empresas Motion Universe asegura que estos son solo rumores y que...”

Un video comenzaba a rodar. Se mostraba un arsenal de periodistas parados frente al edificio mientras uno de ellos entrevistaba a mi jefe. No quería escucharlo, no podía. Apagué con furia el televisor, tirando el mando por los aires hasta la mesita contigua a la camilla. «¿Cómo puede estar pasando esto? Mi jefe, ¿en qué rayos está metido?»

Mi cabeza divagaba sin rumbo fijo tratando de analizar toda la situación, pero también estaba el pensamiento de Jack en medio de todo. Me había dicho que estuvo en el doctor, pero... lo notaba en su voz, había algo más. Mucho tiempo estuve con él como para conocerlo bastante.

Estaba tan metida en mis pensamientos que el sonido de la puerta al abrirse me sobresaltó.

—Hey.

—¿Liz? ¿Por qué esa cara?

—¿No lo sabes?

—¿Saber qué? —me tomé un segundo para mirarla, buscando alguna señal negativa.

—¿Recuerdas el día que estuvimos en aquel bar con los chicos y, ehh... Paul y John se retaron para jugar billar y el maldito de Jack apareció?

—Sí, claro. El Sour N' Sweet Club —ahora estaba más que confundida.

—Pues no me lo vas a creer —se acercó más a mí—, pero el dueño ha muerto.

¿De verdad? ¿Ese era el gran misterio y la causa de su cara perturbada?

—¿Por qué tienes esa cara?

—¿En serio estás así por eso? Bueno, sé que la muerte de alguien es una situación muy triste, pero, vamos, Liz, tú ni le conocías.

—Ah, pero es que no te he contado la otra parte —sus cejas se juntaron mientras me hablaba de una forma espeluznante—, resulta que ese sujeto es el mismo al que tú golpeaste.

¿Qué? Miré horrorizada a mi amiga. «No. Estoy soñando. No puede ser la misma persona que creo. No. No.»

—¡Oye! ¡Responde!

—Yo... estoy confundida. ¿Estás hablando del tipo del rifle en la oficina? ¿El mismo que le di con la silla? —estaba hiperventilando.

—Sí.

—¿Pero cómo rayos sabes tú eso? ¿Estás segura? ¿Quién te lo dijo? ¿Nuestro jefe lo sabe?

—Wow —levantó ambas manos—, vamos con calma. Nuestro jefe no lo sabe.

—¿Y cómo estas tan segura?

—Pues es que... es información confidencial acabada de salir.

—¿Cómo que...? Espera —achiqué mis ojos intentando cuadrar las piezas—, ¿te lo dijo el agente Estrada? ¿Cómo se llamaba...? Manuel.

—Sí. Pero no puedes hablar de esto con nadie. Es más... yo no te he dicho nada. Si Manuel sabe que te lo dije de seguro me mete a la cárcel.

Por unos segundos nos quedamos calladas, pero la imagen nociva de Liz tras los barrotes superaba cualquier desafío o condolencia. Mi alborotada risa descuadró el panorama, haciendo que ella me mirara con sus grandes ojos. Acabó por echarse a reír, ayudando a que mi estado de estrés menguara.

—Vamos, te lo tenías bien calladito.

—¿El qué? —se hizo la inocente.

—Bah, no te hagas la tonta. Manuel y tú.

—Bueno, no sé qué decirte. Algo paso cuando lo vi y creo que a él le pasó lo mismo.

—Vaya... —silbé emocionada— no puedo creer que por fin Elizabeth se haya enamorado.

—Oye, no adelantemos las cosas. Los hombres son difíciles, ya quisiera yo soñar con un bombón como el de tus sueños.

Por instantes los recuerdos de Sebastián atracaron mi cerebro como mosquitos a la sangre. Sus ojos puestos en mi hacían que mi temperatura se elevara a los quintos cielos y su voz, ese profundo mar espesado de olas que me arrastran una y otra vez a su antojo. Cerré mis ojos con fuerza, no podía dejar que mi mente recreara esos momentos de placer delante de mi mejor amiga, sabía que me podía salir bastante caro. Pero cuando me fijé en su rostro alarmado, con su móvil pegado a la oreja, todo el arcoíris se esfumó.

—... sí, lo entiendo, señor Smith. Pero... no, claro que no... ajá —me miraba preocupada mientras yo me limitaba a dejarla hablar y guardar silencio—, por favor. Sí, mire, en estos momentos estoy en el hospital. Deme unos minutos y enseguida estoy allí. De acuerdo. Adiós.

—¿Todo bien? —le pregunté apretando su mano.

—Tengo que irme —sus ojos me miraban con tristeza—, resulta que llegaron unas cajas a mi apartamento y el señor Smith no quiere hacerse cargo de ellas. Maldito viejo

—murmuró. Pero la escuché claramente.

—No te preocupes. Yo puedo pedir un taxi en cuanto salga de aquí.

—Ni hablar. Iré a resolver este asunto y vuelvo por ti a la noche para llevarte a casa.

—Está bien.

Nos despedimos con un beso fugaz. En un par de ocasiones mi amiga me contaba sobre ese tal Smith, y por las cosas que decía, el pobre viejito debía padecer de bipolaridad. “*Juro que un día de estos le mandaré una caja de revistas pornográficas*”, me había dicho colérica un día mientras comíamos pizza en su departamento. Recosté mi cuerpo sobre la fría camilla, deseando estar en mi dulce cama. Dejé mi mente divagar de nuevo en todos los últimos acontecimientos. El dolor en mi costado se había disipado, pero mi cabeza no paraba de recordarme el golpe recibido. Me llevé las manos a la cabeza, cuando el sonido de la puerta me volvió a dejar azorada. Quien quiera que fuese tenía mucha prisa.

—¿Laura?

La voz no esperó a mi respuesta, movió la pequeña cortina que me daba privacidad y se plantó frente a mí.

—¿Por qué demonios no me dijiste?

—Hola para ti también.

—Nena, debiste decirme lo que te pasó. Me asusté tanto cuando tu madre me lo contó.

—Déjalo, Jack. Estoy bien, ¿ves? —me señalé—, no pasa nada.

Entonces hizo algo completamente inesperado para mí: se abalanzó sobre mi cuerpo y me cubrió con sus brazos. Al principio me sentí completamente incómoda, no recordaba la última vez que los brazos de Jack estuvieron sobre mí. Pero más allá de cualquier deseo personal, podía sentir como honestamente sus brazos me brindaban esa solidaridad y por primera vez, desde todo lo sucedido, flaqueé. Fui débil y mi alma no pudo resistir el impulso de dejar salir, nuevamente, el dolor y la angustia de lo que viví. Lloré y lloré hasta que solo quedaron sollozos y mi voz entrecortada.

—¿Mejor?

—Sí —me separé un poco de su cuerpo—. Lo siento, no debí dejarme llevar así.

—Tu cuerpo hará lo que realmente quiera hacer, sea porque venga de tu mente o tu corazón.

Eso no se puede reprimir, Laura. Nunca.

Quise abrir la boca para hablar, pero el ruido de unos pasos acercándose me lo impidió. Un alto doctor entraba con pasos sueltos, mientras me miraba por encima de sus anteojos.

—¿Laura Rangel?

—La misma.

—Ya puedes recoger tus cosas. Te daremos de alta junto con estos medicamentos. Son unos analgésicos para los dolores de cabeza y otro para la contusión en tu costado.

—De acuerdo. Gracias, doctor.

Salió disparado por la puerta sin decir nada ni mirar atrás. La vida de los doctores apesta si son así en su vida personal. Hice el intento de levantarme, pero aquellos brazos fuertes me tomaron de la cintura.

—Déjame ayudarte, no creo que debas caminar sin antes tantear el suelo. Llevas muchas horas acostada.

Debí admitir que tenía razón, así que no protesté.

—Debo llamar al taxi. Liz me iba a llevar, pero tuvo que salir por una urgencia.

—Ni lo sueñes, yo te llevo.

—Jack...

—No aceptaré un no por respuesta, punto.

Rodé los ojos mientras guardaba mis cosas y me preparaba para salir.

Agradecí a Dios por al fin estar en mi apartamento. Con la ayuda de Jack, caí recostada sobre mi dulce y mullida cama, mil veces mejor que aquel colchón tan duro de hospital que lo que intenta hacer es dejarte parapléjico. Le mandé un texto a Liz para que no se preocupara en venir por mí. Sabía que pondría el grito en el cielo cuando se enterara de quién fue la persona que me trajo a mi apartamento, pero ya no había marcha atrás. *¡Te lo tragas!*

Había aprovechado mi momento de soledad para pensar algunas cosas con más calma. Pero en una esquina estaba mi mente, gritándome para dejar de pensar tantas cosas: «*Hay fuego aquí arriba, Laura, ¿podrías darnos un respiro?!*» Y por otro lado mi subconsciente me indicaba, de manera sabia, cómo debía llevar esta situación: «*Todo tiene su curso, no te agobies más de lo que tu cuerpo puede. Encontrarás la solución.*»

—Eh, ¿por qué esa cara?

¡Rayos! ¿Por qué los pasos de Jack eran tan silenciosos?

—Es que estaba pensando demasiadas cosas —me acomodé en mi cama.

—Ten, lo he hecho como te gusta.

—Gracias.

Tomé la taza de té caliente, delicioso olor a manzanilla. No era lo mismo, podía recordar aquel té que Sebastián me dio en mis sueños. Podía recordar su olor y su sabor a la perfección, pero esta era la realidad.

—Ahora me voy. Tengo que hacer turno.

Se acercó a mi mejilla para dejar un beso. Y entonces mi mente sufrió un circuito. Por mi nariz entró aquel mismo olor. No, debía estar alucinando, quizá eran los medicamentos. Aparté a Jack con un repentino temor, aun cuando hice el esfuerzo por ocultarlo bien. Dio resultado, él se limitó a sonreír de lado, con un deje de vergüenza.

—Lo lamento —miró hacia abajo para volverse a mí—, es el momento de las despedidas.

Dio media vuelta y se marchó. Dejándome con la cabeza rota y los ojos desorbitados. ¿Había escuchado lo que escuché? Aquellas fueron las mismas palabras que me dijo el sujeto de negro

antes de salir volando por la ventana. Inhalaba y exhalaba una y otra vez, sintiéndome paranoica. Cerré mis ojos por última vez, deseando que la horrible pesadilla en la que se encontraba mi mente me dejara de una buena vez en paz. Necesitaba dormir y restaurar mi cerebro, mañana podía ser un mejor día.

TODO PARECE NORMAL

Una semana había pasado desde el incidente. Me había recuperado por completo y había vuelto a trabajar luego de tres días de descanso pagado, cortesía del *buen* John. Mi relación con él no había cambiado, yo seguía siendo su secretaria y él mi estricto jefe, tampoco habíamos vuelto a conversar del tema sobre lo sucedido, aunque eso no quería decir que lo tuviera olvidado. Mi radar estaba en constante alerta, vigilaba cualquier movimiento o conversación extraña de su parte, pero me mantenía al margen, no queriendo darle a pensar a las personas que yo estaba interesada en mi jefe más de la cuenta. Y ni hablar de Jack, de alguna extraña y satisfactoria forma se lo había tragado la tierra, ni siquiera me llamaba o dejaba algún mensaje con mi madre. La verdad, me sentía aliviada, pero en lo profundo de mis sentimientos algo me resultaba incomodo, una mala sensación se albergaba allí, provocando que a veces en las noches pensara en él.

Solo una noche me dejé llevar por mi mejor amiga. Quería salir a divertirse y yo conocía muy bien el significado de diversión para ella. Pero un milagro sucedió, el cosmos conspiró (como dijo aquel) y un fenómeno cambió todo el panorama. “*Ponte un traje casual, iremos de velada*”, me había dicho Liz. Para cuando realmente abrí mis ojos estaba riendo, al lado de mi mejor amiga, comiendo pizza acompañadas por Manuel. Esa noche decidí que era aquel hombre podía ser el indicado para mi amiga. Su forma de tratarla, cómo se miraban, el detalle de invitarnos a pasar una noche caminando por las calles y comer lo que se nos ocurriera. Simplemente había sido una noche muy gratificante. Incluso descubrí el lado sensible de ese agente hacia Liz, dejándome tranquila y sin malos pensamientos. Además, me alegraba saber que Manuel mantenía todo lo profesional alejado de lo personal, pues no volvió a preguntarme por lo sucedido, solo esas preguntas normales y comunes en una conversación normal y común.

Los periodistas seguían rondando el edificio y de vez en cuando intentaban atracar algún empleado para sacar información. Yo me mantuve al margen de todo, tanto, que había decidido llegar una hora más temprano que de costumbre. Era un sacrificio, pero valía la pena.

Miré de soslayo el reloj de pared. Respiré mortificada.

—Lo sé, este trabajo a veces te consume.

Me giré para buscar la persona que me hablaba. Sus ojos me miraban curiosos mientras sonreía.

—Emm... Marcos, ¿cierto?

—Sí —su rostro se iluminó aún más—. Veo que no has olvidado mi nombre.

—Tienes suerte. Con tanto trabajo me vuelvo despistada.

—Entonces tengo suerte— reafirmó.

Volví mi rostro al monitor, sabedora de que aún sus ojos me miraban. Al parecer quería hablar y no tardé mucho en averiguar qué pasaba.

—Oye, sé que estás muy abrumada con todo lo que pasó. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo, para lo que sea —dejó su mano sobre mi hombro—, puedo ayudarte.

—Gracias, pero... no creo que puedas hacer nada por mí —le devolví la sonrisa, no quería parecer amargada—, a menos que seas un detective privado o algo así. Y tú no eres uno, ¿verdad?

Ambos reímos, pero de pronto su sonrisa se borró, mirándome serenamente.

—Bueno, nunca sabes lo que guardan las personas.

¿Qué? Sus palabras electrificaron mi cerebro. Había un mensaje oculto, dejado puesto sobre la mesa.

—Solo digo que, cualquier cosa, lo que sea —su seriedad me abrumó—, no dudes en contar conmigo.

A este sujeto no lo conocía, solo lo había visto un par de veces. ¿Por qué me hablaba de esa forma? No me daba la impresión de querer algo más allá de alguna amistad. Por el contrario, su semblante y sus palabras sonaban tan profesionales, como si quisiera en serio ayudarme a resolver todo el meollo que tenía guardado en la cabeza. Pero yo no iba por ahí confiando en la primera persona que se me cruzara de frente.

—Bueno, agradezco tus palabras —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Nos vemos luego.

Y sin más, me dio la espalda y siguió su camino. Por primera vez me fijé en la carpeta de documentos que llevaba bajo su brazo. Incluso su ropa era distinta. Entonces recordé las palabras de Jack, una vez que almorzamos juntos: *Definitivamente tiene pinta de ser un agente del FBI o la CIA*. Ahora sus palabras formaban un sinfín de preguntas y dudas, viéndolo desde ese punto de vista, ese tal Marcos parecía un agente encubierto o algo relacionado.

Barrí las tontas ideas de mi cabeza y me enfoqué en mis tareas. No podía andar por ahí pensando en boberías cuando tenía una pila de papeles abarrotados uno encima del otro. Para cuando me di cuenta llevaba dos horas corridas escribiendo sin detenerme.

—Oye, ¿nos vamos a almorzar?

—Claro —respondí sin mirar a Liz.

Llegamos a nuestro destino. Estaba feliz por la ensalada de pasta que tenía frente a mí, mientras que Liz no paraba de recriminar mi comida.

—Te lo digo en serio, vas a desaparecer si sigues comiendo de esa forma.

—No seas tonta —le pillé la mano con mi tenedor, provocando un grito raro en ella mientras se reía—, si como de la forma en la que tú lo haces, de seguro aumentaré dos o tres tallas más en un mes.

—¿Me estás diciendo gorda? —fingió estar ofendida, pero su sonrisa no la ayudaba.

—Claro que no, tontita. La verdad es que te tiene loquita, ¿no es así?

—¿Qué? —mi cambio de tema la descolocó.

—Andas sonriendo más de la cuenta desde que salimos con Manuel. ¿Ha pasado algo?

—Bueno... —dejó escapar el aliento con la mirada en la enorme hamburguesa— han pasado varias cosas.

—No me digas —estaba asombrada por su misterio—, ¿ya lo hicieron?

—¡Claro que no!

—¿No? —levanté ambas cejas.

—No me mires así, ya sé lo que piensas.

—Pero es que... si no se han acostado significa que...

—Que me gusta más de la cuenta —me interrumpió tan a la ligera que casi escupo el agua.

—No puede ser. Elizabeth está enamorada —aplaudí como nena pequeña, llevándome un manotazo de su parte.

—Yo no he dicho eso. Es solo que... Ay, es tan complicado esto.

—No hay nada de complicado. Eso se llama estar enamorado. Y —levanté la mano para seguir

hablando— me parece que Manuel lo está también.

—Tú no sabes eso.

—No lo estoy asegurando, pero de que hay algo, lo hay. La noche que salimos, él no hacía más que mirarte de manera especial, no como si te estuviera comiendo con los ojos, más bien... cariñosamente.

Terminamos nuestro almuerzo debatiendo. Aún Liz no se hacía a la idea de estar enamorada o sentir una fuerte atracción por alguien de manera única, solo lo estuvo una vez y las cosas salieron mal. Desde entonces no pasaba de alguna aventura pasajera, y ahora no tenía el control en sus emociones. Por un momento me puse en sus zapatos, recordando el dulce pero incierto estado de enamoramiento. No. Preferí sacar esos recuerdos, ya habían quedado atrás y ahora solo me limitaba a disfrutar de mis sueños con Sebastián.

Oh, sí. Todas las noches soñaba con él, se había vuelto parte de mí. El solo recordar las locuras que me incitaba a hacer con él me sonrojaban hasta el punto de reventar. Como una de esas noches, cuando me encontré atada de manos al techo, parada en medio de la habitación, con las serpientes rondando mis pies...

—Ahora, nena, abre tu boca.

—¿Qué me harás?

—Solo confía en mí. Lo vas a disfrutar —me miraba con sus penetrantes ojos—, hasta creo que pedirás más.

Abrí mi boca para recibir una pequeña pelota negra. La introdujo en mi boca, dejando una parte fuera. Era dura.

—Clava tus dientes sobre ella. Así se te hará más fácil.

Su voz calaba en lo más hondo de mi ser, su tono nunca era igual, pero siempre provocaba el mismo efecto en mí: un ardiente deseo por entregarme a él hasta la muerte.

No sabía lo que estaba pasando. Mi campo visual no lo encontraba, hasta que sentí el azote de una fina vara en mis nalgas.

—¡Aaahh! —grité como pude. Entonces entendí el uso de aquella pelotita.

—Abre tus piernas.

Hice caso a sus palabras.

—Un poco más... perfecto —rugió mientras me miraba, admirando su obra. Y lo único que conseguía era humedecerme más allá de lo imposible.

No pasaron ni 5 segundos cuando dos serpientes comenzaron a subir por las piernas de Sebastián hasta enrollarse en su desnudo torso. En ningún momento dejaba de mirarme y yo mantenía mi boca abierta, asombrada de tanto erotismo; su torso sudoroso, su mandíbula tensa, mi cuerpo desnudo y la ansiedad entre mis piernas. Vi cuando sus manos abrían su bragueta, dejando por fin su atrapada erección liberarse por los aires. Lamí mis labios con extrema, y casi imposible, dificultad, pero necesitaba mojarlos. No era tarea fácil tener una pequeña bola en la boca y no poder hablar del todo bien. De todas formas, sabía lo que iba a pasar y lo deseaba de forma demencial.

—Me has dicho que no te asustan. Ahora lo vamos a comprobar.

Se acercó a mí, caminando como si fuera su presa. Aplastó su cuerpo al mío, dejándome sentir las serpientes sobre su piel y ahora la mía. Comenzaron a moverse lentamente.

—Mírame —lo hice—. Te voy a follar tan duro que no podrás dejar de pensar en esto por todo el día.

Gemí ante su aseveración seductora y pasional. Cada palabra la hacía sonar perfecta, cada

roce me llevaba a lo sublime, y en ese momento me estaba llevando al rincón oculto de placer. Las serpientes comenzaron a moverse ahora por mi cuerpo, ya no estaban cubriendo su torso. Miré impactada como ellas se curvaban suavemente por mi cuerpo. Me sentía una diosa, jamás imaginé tal sensación.

Sebastián se inclinó un poco para tomarme las piernas, las llevó hasta su cintura y por instinto las enroscó en él. Era asombroso cómo manejaba toda la situación, pues yo no podía moverme del todo al estar atada de manos. Las dos serpientes se mezclaron con mis piernas, atándome más a *mi* Sebastián, jadeando ante semejante sensibilidad por los roces.

Sollocé cuando un dedo tocó mi entrada, tanteando solo un poco.

—Diablos, nena, estas muy mojada.

Se acercó a mi cuello y me besó, continuando por mi clavícula y subiendo hasta mis mejillas, terminando en mis labios. Me besaba con pasión, entrando su lengua para saborear. Y sin aviso clavó mis entrañas. Grité sin restricción, sintiendo por fin la liberación de un orgasmo tan rápido como su enorme pene entró. Decir que estaba desquiciada era quedarse corto, sus embestidas eran tan fuertes que pensaba que el techo se partiría en dos. De vez en cuando, las serpientes se movían por mi cuerpo para después moverse por el de Sebastián, como si de un baile se tratara.

—Vamos, córrete de nuevo.

Mi sobriedad me abandonó, dejándome caer en el infinito donde no había piedad. Llevaba tres orgasmos y aún arremetía contra mí sin detenerse. Entre gritos y jadeos arañé sus brazos, su espalda y cualquier parte de su piel que rozara mis manos. Ya no pensaba con claridad, mi sexo se apretaba contra el suyo, lo engullía de forma tal que por momentos miraba como el rostro de Sebastián se contraía de puro placer. Perdí la cuenta del tiempo en que estuvimos teniendo aquel sexo salvaje, como el propio instinto animal, porque eso estaba teniendo, el mejor sexo duro que había tenido en mi vida, o, mejor dicho, en mi mente.

—¡Humm...!

—Sí, nena. Hazlo ahora, voy a correrme contigo.

Estaba extasiada, perdida en mis recuerdos...

—¡Oye, Laura! ¿Por qué rayos tienes esa cara? Te fuiste de este planeta otra vez.

—¿Ah?

Volví a la realidad. Aquel recuerdo no debió aparecer, me sentía sudada, con las piernas de gelatina. Estaba parada frente al enorme vestíbulo de mi piso, con las puertas del ascensor detrás de mí.

—Ni siquiera te has dado cuenta que llegamos, ¿verdad?

—No —le dediqué una mirada de súplica a mi amiga—, hablamos después, tengo mucho que hacer.

—Sí, pero primero deberías ir al baño.

Se estaba riendo de mí.

Caminé decidida hacia el pulcro y moderno lavabo. Enjuagué mi rostro con cierto frenesí, queriendo acabar el acaloramiento. «*No puedes pensar en esas cosas aquí, Laura*». Regresé a mi escritorio para meterme en el asunto real, tal vez así me ayudaba a despejar mi mente de *aquellos* recuerdos perversos.

Esa tarde decidí quedarme en mi apartamento. Ya no me sentía tan insegura cómo en días anteriores. Tal vez por saber que el agente Estrada había mandado a patrullar el área cada noche, un gesto muy considerado de su parte. Aunque, por otro lado, sabía a quién quería impresionar.

Decidí llamar a mi madre y platicar con ella un rato, ponernos al día era ya costumbre, pero siempre huía cuando le preguntaba por mi padre.

—¿Y por qué no se divorcian de una buena vez si tanto fastidio te provoca ese hombre, mamá? Ya no soy una niña, hablemos de eso.

—Lo sé —parecía cansada al otro lado de la línea—, pero es toda una vida. No puedo imaginarme a estas alturas sola.

—¡Por favor! Mamá, hay tantas cosas que puedes hacer —no podía entender su comportamiento renegado.

—Pero, niña, tengo más de cincuenta años.

—Sí, exactamente cincuenta y dos. Pero eso no es excusa. ¿Por qué no te pones a escribir? Podrías hacer una historia tremenda con todas las cosas que dices de papá —ironicé.

El silencio de su parte me preocupó, pensé que cometí el error al darle esa idea.

—Mamá, ya me tengo que ir. Prometo ir a visitarte este fin de semana.

—De acuerdo. Que descanses, no olvides que te amo.

—Yo también a ti.

Me quedé con una sensación de preocupación. Esta mujer era capaz de tomar mi palabra en serio y ponerse a escribir barbaridades, con seguridad debía llamarla en otra ocasión y darle otra idea *menos* destructiva.

Recosté mi cuerpo sobre el sofá. Buscaba algo en la televisión que pusiera mis neuronas a trabajar, pero, ¿qué estoy diciendo?, lo que necesitaba era distracción. Decidí salir a caminar un poco, el aire fresco de la noche podía ser reconfortante. Me puse un pantalón de algodón con una camiseta blanca de manga larga, unas sandalias y listo.

La noche estaba más brillante que de costumbre. Me abrigué las manos según iba caminando por la acera, metiéndolas más adentro de las mangas. Tenía una pinta de recién levantada, pero no le preste importancia al asunto. Los diminutos árboles, solos en tanto cemento, albergaban alguno que otro pajarillo oculto en su nido. Me detuve frente a una tienda de alquiler de películas para ver lo que ofrecían mientras me arreglaba el cabello a causa de la brisa.

—¿Qué me recomiendas?

Pegué el grito en el cielo a la vez que me apretaba el pecho con la mano, buscando a la persona que quería matarme del susto.

—¡Mierda! ¿Quieres matarme?

—¿Y así es como recibes a tu hermano?

—¡Saúl!

No me lo podía creer, Saúl estaba aquí, en la ciudad, de sorpresa. Mi único hermano estaba abrazándome fuertemente, lo justo por todo el tiempo sin vernos, que pareció ser una eternidad.

—Saúl, que me dejas sin aire —me quejé. Él soltó su agarre y me acarició el rostro—. Mi hermano, mi querido y tierno hermano.

No sé qué me ves de tierno, pero de quiero de todas formas, enana.

Vaya, veo que el ejército te vino bien. Ahora hasta pareces un adulto.

—Ya, y veo que no has cambiado de humor.

—Jo, yo sí que he cambiado. Pero es una tremenda historia para aburrirse. ¿Qué haces por aquí? Qué sorpresa tan grande, ¿te quedas?

—Estoy de vacaciones... indefinidas.

Alcé mi ceja derecha, mirándolo incrédula.

—No me mires así, es una historia para aburrirse —hizo gestos con las manos, igual como había hecho yo—. ¿Y mamá cómo está? De seguro no habla de mí.

—No —mi tristeza llegó al rostro, pero no al de mi hermano—, ya sabes... desde que te fuiste todo ha sido tan duro para ella que ha preferido no hablarlo. Creo que eso es uno de los conflictos que tiene con papá.

—¿Siguen con problemas?

—Sí —resoplé—, pero ya olvídalo. Ahora vendrás a mi apartamento. Tenemos mucho de qué hablar —agarré su mano mientras buscaba a mi alrededor—. ¿Dónde está tu equipaje?

—Lo he dejado en el hotel —me miró avergonzado, con esa cara de niño tierno que aún albergaba.

—Pues mañana vienes conmigo. Te quedarás hasta que consigas algo decente. Y no me vayas a decir nada, que ya soy mayorcita y te puedo decir las atrocidades que no podía antes.

—Lo que usted diga, señora.

Verdaderamente estaba sorprendida y llena de felicidad. Después de cinco años sin verlo mi hermano estaba aquí. Tenía el presentimiento de que cosas nuevas estaban por pasar.

“P” DE POEMAS, PSICÓLOGO Y PASTILLAS

Las horas que pasé hablando con mi hermano fueron innumerables. El cansancio se había apoderado de mi cuerpo y quedé dormida en el sofá. Ni siquiera supe lo que hizo Saúl para dormir, pero le había dicho que todo mi apartamento era suyo, libre para que durmiera donde quisiera. La plática fue muy amena, luego de tantos años sin comunicación tratamos de hablar de todas las cosas que nos habían pasado en estos últimos años. Me sorprendió escuchar sus logros y hazañas, al parecer era un buen soldado que cumplía todo a cabalidad. También descubrí cuánto había cambiado en lo personal, ya no era un picaflor como antes, ahora era todo un hombre de veintinueve años, serio y responsable en sus cosas. Sí, admitió alguna que otra relación pasajera, pero nada fuera de lo normal, aunque pude notar en sus ojos algo parecido a la nostalgia. En tres ocasiones mencionó el nombre de Tamara, muy sutilmente, así que algo tenía que ver con esa chica desconocida.

Yo, por mi parte, obvié por completo el tema de mis sueños eróticos. Ni loca le iba a contar ese tipo de cosas, ¿qué iba a pensar? Que en realidad estaba loca de remate. Aunque... ya andaba aceptando que algún grado de locura tenía mi cabeza. Tampoco le hablé sobre el incidente en la oficina, no quería preocupar a mi hermano recién llegado a la ciudad, aunque en algún momento se tenía que enterar, pues en los periódicos y la televisión aún se comentaba sobre el tema.

Los días en la oficina seguían pasando con normalidad. Tuve que convencer a Liz de que ya me sentía mejor, en especial con mi hermano en mi apartamento. La cara que puso cuando se enteró no tuvo precio, parecía estar incluso más sorprendida que yo. En un pasado estuve consciente del gusto que sentía mi mejor amiga por mi hermano. ¿Y cómo no?, él era terriblemente apuesto. Pero con la distancia y la madurez ya Liz lo había olvidado por completo, o eso pensé, porque nunca volvimos a tocar el tema.

Mi hermano no hacía más que moverse de un lado para otro, no tenía intención de quedarse, quería buscar su propio piso, pero fuera de eso me sentía muy a gusto con él y en otro momento hablaríamos sobre eso. Como cada noche, soñaba con Sebastián, pero un martes, a las dos de la mañana, desperté de mi dulce sueño por unos ruidos extraños provenientes de la sala. Me levanté con cuidado para averiguar: ahí estaba mi hermano, con un portátil sobre su regazo. Estaba tan absorto en lo que leía que dio un pequeño brinco al verme inclinada sobre el sofá, mirando por encima de su hombro.

—¿Qué lees?

—Perdona, te he despertado. Es que no encontraba donde poner el cargador —me miró avergonzado.

—Pero si puedes usar mi computadora —le dije señalando a la esquina de la sala donde estaba.

—Lo sé, pero... siento que invado algo muy personal. De seguro la usas para tu trabajo y no me gustaría que...

—Que nada, tonto —le di un beso en la mejilla—. Ya te lo dije, puedes usar lo que quieras. Ahora es tu lugar también.

Vi que tenía intención de echarme la misma plástica de nuevo, así que le tapé bruscamente la boca con mi mano.

—¿Qué te parece si mejor me dices lo que lees?

—Estaba leyendo unos poemas.

Abrí mis ojos con escepticismo y me quedé con la boca abierta varios segundos para luego echarme a reír sin parar.

—¿Qué? —sonreía de lado mientras me miraba— ¿Los hombres no podemos leer poemas?

—Claro que sí. Solo que jamás pensé que tú eras uno de esos.

—¿Cómo que de *esos*?

—Oh, vamos, Saúl. Tú nunca has leído poemas. Y ahora te veo, mi hermano mayor, como un completo romántico... es muy tierno. ¿Ves?, siempre lo has sido —le besé toda la cara mientras le hacía cosquillas.

—Ya, ya... para. No es para tanto. Mira, por qué no mejor me cuentas en realidad que es lo que te sucede.

—¿Qué? —ay, no, ahí vamos de nuevo— No sé de qué hablas.

—Eres mi hermana y aunque nos separamos por varios años no significa que ya no recuerdo cómo eres. ¿Es por un hombre?

Le miré horrorizada. «*¡No tienes idea!*»

—No, claro que no. Ya hemos hablado de eso, Jack pasó al olvido.

—Sí, sí —movía las manos de un lado para el otro—, eso ya lo sé. Pero sé que hay otras cosas que no me dices.

—Saúl...

—Mira, es tu vida privada, lo entiendo. Solo quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

Fijó su visa de nuevo en la pantalla.

—Ten, ya que te has levantado y parece que no volverás a dormir fácilmente ponte a leer algunos en lo que yo preparo té —me dijo, dejando el portátil sobre mis muslos.

—¿Que tú haces qué?

—Oh, querida —hablaba con acento francés—, yo preparo el mejor té del mundo.

Le devolví la sonrisa mientras lo miraba entrar en la cocina, ¿en qué momento mi hermanote comenzó a preparar té? Clavé mis ojos en la pantalla. No encontraba algo que llamara mi atención, nunca había sido mujer de poemas. Y no era que no supiera apreciarlos, solo no me entraba la inspiración para sentarme a leer deliberadamente. Pasaron varios minutos, mientras pasaba la flecha de un lado a otro en aquella página web para poetas y lectores, cuando un tema llamó por completo mi atención:

“Poemas de los sueños”

Una pequeña luz clara se hizo presente en mi cabeza. Comencé a sentir esa curiosidad, ese cosquilleo en el cuerpo por saber más. Era extraño, jamás me había sentido atraída por estas cosas, pero el llamado pudo más conmigo. Oprimí rápidamente el título. Comenzaron a aparecer muchos poemas bajo esa sección. Leí y leí hasta encontrar uno que captó mi atención:

121 OJALÁ..

Ojalá fuera cierto tu cabello de ébano.

Ojalá fueran ciertos tus ojos esmeralda.

Ojalá pudiera besar esos labios generosos que se curvan en la comisura derecha para mostrar tus hermosos dientes blancos.

Ojalá pudiera venerar ese cuerpo adónico.

Ojalá pudiera besar y tocar las cicatrices que te han marcado en la vida.

Ojalá pudiera sentir tu peso sobre mi cuerpo mientras me amas.

Y ojalá no existieras solo en mis sueños dormidos y fueras real.

Bastaba decir que mis labios quedaron abiertos mientras leía aquel poema, sintiendo una oleada de emoción que sacudía mis sentidos. Era como si ese autor hubiera experimentado lo mismo que yo y dejara allí plasmado el mismo deseo que yo sentía. Acerqué mi rostro a la pantalla, mucho más intrigada que unos minutos atrás. Seguí leyendo. Escuchaba movimiento en la cocina, seguro Saúl hacía algo más, pero mi mente estaba en aquellas hermosas letras.

Otro título más obtuvo mi atención:

El Delirio Que Vive De Mis Sueños

Eres, cariño, el valle que me abastece

El aliento, en forma de tornado que me oxigena

El murmullo del viento, gritando a la tarde

Mientras me susurra al oído que no estoy solo.

La fina mano de seda, que cargada de ternura

Me acaricia, masajea, consuela, o,

El dulce delirio de un perfume que,

Inhalado por mi pituitaria, me hace sentir deseado.

Eres el sol que abrasa mis sentidos,

Y también la hermosa luna llena...

La verde espiga que, hermosa, al viento,

Conmueve mientras, cimbreo y coqueteo.

Eres, ¡y no soy quien para negarme!

El delirio que vive de mis sueños

Y de mi cuerpo, sin despertar, se apacienta

Calmando la pasión y el éxtasis de mi existencia.

Eres, mi amor, la turba, húmeda y anhelante,

La misma que hace vivir con su néctar;

A todo aquel ser vivo que respira,

Se mueve y que alienta en la tierra.

Y el suelo bajo mis pies tembló, mi corazón bombeaba con fuerza. «*Me siento... abrumada.*» Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero no de tristeza, sino alegría. Sentía que, al menos, alguien en este planeta sentía como yo, pensaba como yo. No estaba sola, un poco desencajada de la mente, pero no sola.

—Oye, ¿por qué lloras?

Ahora era mi hermano quien tenía su cabeza apoyada sobre mi hombro. Miró la pantalla mientras leía el último poema.

—Lo sabía, es por un hombre.

—¡No! —me miró con las cejas arrugadas— Bueno, sí. Pero no es cómo te imaginas.

Dio la vuelta al sofá para sentarse a mi lado y me ofreció el té que con mucho esmero había hecho. Entonces entendí cuáles fueron los sonidos extraños en la cocina cuando me fijé en el enorme plato de cereal caliente que llevaba en sus manos.

—¿Quieres? —me preguntó con la boca llena.

—No, gracias.

—Entonces, me decías...

—Es complicado, Saúl. Oye, esto me da vergüenza.

—¡Pero si somos hermanos! Ahora me estas poniendo nervioso.

—Bueno, te diré. Pero ni una palabra de esto a nadie o yo misma cortaré tus pelotas y no podrás tener hijos —le acusé con el dedo.

—¡Vale, vale! Yo, perro santo y bueno hago caso.

—Llevo varias semanas soñando con un hombre.

Ya estuvo. Dejé caer la bomba en las manos de mi hermano, lista para la pelea y el largo sermón. Pero, al contrario, él permanecía sereno mientras masticaba lentamente su cereal, hasta el punto de exasperarme con cada crujido.

—¿No dirás nada?

—¿Y qué quieres que diga? —habló tras varios horribles segundos— Eres una mujer adulta, y si sueñas con un hombre es algo de lo más normal.

—Ya, pero es que...

«*Oh, mierda, he abierto mi boca de más. Ahora me...*»

—¿Es que *qué*? No me dejes a mitad si hay más.

—Dijiste que me ayudarías en lo que necesitara, ¿cierto?

—Por supuesto.

—¿Crees que me puedas recomendar algún psicólogo?

—Oye, sis —acortó la palabra *sister*—, me estas asustando —se puso rígido sobre el mueble.

Entonces me levanté y elevé mis manos al cielo para luego dejarlas sobre mi cabeza.

—Es que esos sueños son completamente eróticos, Saúl, más de lo que te imaginas. ¡Y encima es un hombre que jamás he visto en mi vida! ¿Crees que eso es normal? ¡Claro que no! Nadie anda por ahí soñando que tiene sexo con alguien que no conoces y mucho menos te dejas llevar en tu vida real por ese sentimiento. Soy patética, ¡patética! Pienso en él cada rato, sueño con él todas las benditas noches. ¡Hasta me levanto exhausta por los orgasmos! ¿Eso es normal? No, no es normal, es de gente que está loca, y yo estoy loca.

Sentí como si el cielo se abriera para mí y una luz cálida inundaba todo mi ser. Pero la experiencia religiosa se disipó de golpe estrellándome con la realidad cuando entendí que a quien le estuve hablando era a mi propio hermano y no a una amiga. La violenta vergüenza se apoderó de mi cuerpo y caí sentada precipitadamente, cubriéndome el rostro con las manos.

—Vaya, gracias a Dios que fui yo quien te estuvo escuchando.

Le miré asombrada. Se lo había tomado con tanta naturalidad. Entonces sus labios comenzaron a curvarse hasta que comenzó a reír sin parar, contagiándome también de su sonora carcajada.

—Ven aquí —me estrechó contra su pecho mientras me abrazaba tiernamente—, tú no estás loca. Tampoco te voy a recriminar, eres humana, hermanita. Yo también lo soy y todos tenemos secretos bien ocultos. Algunos más perversos que otros, como es tu caso —dijo riendo aun, ganándose un codazo sobre las costillas.

—Saúl, estoy hecha un lio. Hago todos los días como si nada pasara, siento que por fin he

superado lo que hubo entre Jack y yo, que por fin puedo avanzar. Pero... algo me detiene y sospecho que es...

—Miedo —terminó la oración por mí—, lo sé. Pero todo tiene solución. Si en serio quieres que te recomiende un psicólogo te voy a dejar su nombre y teléfono de la oficina. Es un gran amigo mío, queda un poco lejos de aquí, pero vale la pena.

—Gracias, hermano —hundí mi cabeza en sus brazos—, creo que hubiese terminado peor si no estuvieras aquí.

—Seguro que sí.

Ese miércoles en la mañana me decidí a llamar para sacar una cita con el psicólogo Argento. Dije que iba de parte de Saúl Rangel y, como él mismo había dicho, hicieron espacio para mí el mismo día a las seis de la tarde. Llevaba todo el día nerviosa, pues nunca tuve la necesidad que recurrir a un psicólogo. Tal vez con su ayuda podría resolver el revuelto de pensamientos que se anidaban en mi cabeza.

A la hora del almuerzo estuve acompañada de mi amiga como de costumbre, casi no tenía apetito, pero debía comer si no quería desaparecer. Al menos no podía perder el buen físico que llevaba, o lo que quedaba de mí, porque mi personalidad ya había sido trastocada en un pasado y me estaba costando bastante volver a la normalidad.

—...y eso no es así de sencillo, Liz. ¿Qué no entiendes que cada noche sueño con alguien que no existe? Y que ahora pienso en él, me siento atada a algo que no es real —miré mis manos, insegura de mí misma—. No quiero volverme loca de verdad.

—Tienes mi apoyo en todo, querida.

—Lo sé —y le sonreí.

Puntual para las seis. No podía manejar bien la tardanza, así que allí estaba, sentada en la incómoda silla mientras movía las piernas nerviosamente. No me había planteado el hecho de qué conversación tendría primero porque, gracias a mi hermano, él me incitó para que aprovechara la oportunidad y hablara de nuestros padres. Por supuesto, el incidente de la oficina era un tema que se iba a sacar a conclusión tarde o temprano.

—¿Primera vez?

Una mujer, alrededor de treinta años, de cabello rubio y cara delgada, me miraba suspicaz detrás de sus cuadrados anteojos.

—Sí.

—Ya se te pasará, siempre es así. Pero Camilo es muy bueno en su profesión —asentí incómoda mientras ella volvía la vista a la revista de moda que llevaba en sus manos.

Me dediqué a observar con detalle la lujosa oficina (pero de incómodas sillas). No conocía para nada al señor Argento, así que tal vez podría conseguir un poco de información en aquellas paredes. Pero nada iba más allá de lo normal: paredes crema, cuadros abstractos, un enorme reloj sobre la pared de recepción, sillas monótonas y duras y alguno que otro arreglo floral. Nada en espacial. Concentré mis ojos en el suelo, no teniendo nada mejor que hacer, hasta que la voz de la recepcionista me sacó de mi letargo.

—Ya puede pasar, señorita.

—Gracias.

Gracias a Dios que me había puesto un enorme abrigo negro, el frío en aquella oficina era como estar en el polo norte. Caminé decidida por el silencioso pasillo solitario y me distraje justo frente a la puerta sin saber qué hacer. Ese no era momento para echarse atrás. Respiré lo más calmada que pude y abrí la puerta de caoba con recelo.

—Buenas tardes, Laura. Siéntate, por favor.

La imagen que tenía de un psicólogo viejo y amargado cayó escaleras abajo aparatosamente. Este era un hombre con presencia: piel blanca, cabello negro abundante, un fino bigote que se enmarcaba con su boca y barbilla y unos ojos marrones intensos. Él pareció notar mi asombro, sonriendo mientras me mostraba la silla verde aceituna. Esa sí era cómoda.

—Espero no te moleste que te tutee. Conozco a tu hermano de hace mucho tiempo y es un gran amigo. Así que... hablar contigo es como hablar con él.

«*¿Y todos los psicólogos se expresan siempre así?*»

—No me molesta —dudé antes de preguntar—: ¿Cuántos... cuántos años tiene? Quiero decir, se ve muy joven para esta profesión.

—Ah —se echó a reír—, me lo preguntan constantemente. Solo tengo treinta y cinco.

—Oh.

—¿No lo esperabas?

—No. O sea, no le estoy diciendo viejo ni nada. Es que tenía una percepción distinta de... — me encontré con sus ojos atentos a mí y por un momento me sentí intimidada— Lo siento, estoy nerviosa. Nunca he acudido a este tipo de ayuda para solucionar mis problemas.

—Bueno, esto ya es un buen paso —me dijo dejando los brazos sobre el enorme escritorio de madera pulida, llena de documentos—, buscar alguna ayudita externa siempre es bueno.

«*¿Por qué no deja de sonreír? ¿Lo hace para calmarme o para evaluarme?*»

—Ahora, cuéntame cómo te puedo ayudar. Recuerda, háblame con total normalidad y confianza. Yo no estoy aquí para juzgarte ni hacerte sentir mal. ¿De acuerdo?

—Sí.

Durante media hora seguida estuve hablando sin parar, sin entrar demasiado en los detalles. Tomaba respiros para los momentos necesarios y él se limitaba a escucharme, asintiendo de vez en cuando mientras lo miraba. En otras anotaba algún garabato en unas hojas de apuntes y al cabo de un rato me comencé a sentir mucho más cómoda y relajada, fluyendo mejor que en un principio, hasta mi postura había mejorado considerablemente. Decidí hablarle de la relación entre mis padres y yo, y la relación disfuncional de ellos dos como pareja. Le hablé de mis estudios y mi antigua relación con Jack, también de mi poca vida social, mis pocos amigos y el incidente en la empresa que ya él mismo había escuchado en la televisión.

Dudé a la hora de hablarle del plato principal, pero tarde o temprano tenía que llegar.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—No lo sé, es... difícil de explicar.

—Pues para eso estoy yo —me sonrió, alentándome para seguir.

—Es que siento que hago algo que no está bien. Quiero decir, nunca he visto a ese hombre, como te dije antes. Siento que está mal tener ese tipo de sueños cuando ni siquiera sabes quién es esa persona. Siento que estoy... demente.

—¿Demente? —sus ojos se abrieron por completo.

—Sí, porque en mi vida cotidiana no soy capaz de socializar con un hombre y solo llegar a platicar o comer algo. Pero en mis sueños, me siento libre, que soy yo y me arriesgo a hacer cosas que jamás haría en realidad.

Le miré avergonzada al darme cuenta de la conversación tan clara y precisa que estábamos teniendo. Él solo se limitaba a mirarme, escuchando con detenimiento cada palabra que salía de mi boca. Me preocupaba que pensara en mí como una perversa, seguro me mandaría a un psiquiatra para medicarme y quedar zombie.

—Escucha, no soy sexólogo, al menos no por diploma, pero te puedo decir que soy humano, y

los humanos somos de carne y hueso, que sentimos y padecemos —me hablaba tan normal como si aquello no lo entendiera—. No puedes pensar que estas demente o loca por el simple hecho de experimentar sueños sexuales con una persona, es algo completamente normal. Además, no puedes estar cerrada a la única posibilidad de que nunca lo hayas visto. Nuestro cerebro es capaz de ocultarnos recuerdos o momentos específicos, ya sea por un miedo enorme que hayas pasado o alguna reacción anormal en tu cuerpo.

—Ya. Pero sueño a diario con él —definitivamente no le volvería a repetir que jamás había visto a Sebastián—, hablamos de nuestro día como si en realidad él supiera lo que estuve haciendo. Me habla y... y siento que estoy teniendo una relación amorosa con él. Simplemente es inusual.

—Es inusual, pero no por eso estás mal. Vayamos por paso, lo que veo es que tu relación pasada con Jack te dejó profundamente herida, aunque por fuera pareciera que no es así. Tal vez pudiste superar unas cosas e incluso podrías tener una conversación normal con él, pero no has podido abrirte a nuevas posibilidades. Solo te has limitado a tu espacio personal, dónde solo estás tú y tu mente. Eso te lleva a pensar, sentir y hasta soñar con alguien que en realidad deseas que exista. Pero tienes miedo.

—Lo mismo me dijo mi hermano —añadí resoplando.

—Claro —al parecer mi comentario le ocasionó recordar alguna anécdota graciosa—. No te puedo hablar sobre sus cosas personales, pero le he ayudado mucho.

—Sí, me habló muy bien de ti.

—Bueno, esto es lo que haremos: por el momento voy a darte una tarea —se dio cuenta de mi cara llena de preocupación—. Tranquila, no me mires así. Esto será sencillo, nada fuera de lo normal.

—De acuerdo.

—Quiero que cada viernes en la noche salgas con tus compañeros de trabajo o alguna amiga, o amigo. Te vas a distraer de todo lo que es tu ambiente laboral y harás cosas comunes —movía las manos mientras me miraba atentamente— como salir a comer, a platicar, al cine, a tomarse algunas copas, pero moderadamente, ¿eh?

—Eso no será difícil, mis compañeros no saben lo que es quedarse en casa los viernes en la noche.

—Muy bien, así que los viernes serán *viernes social* —sonreí ante la forma de mencionar las últimas palabras—. Los sábados, por el contrario, serán sábados familiares.

—Am... pero eso está... —dejé las palabras en el aire.

—No te estoy diciendo que salgas corriendo y reúnas a toda la familia. Una salida con tu mamá estaría bien, o con tu hermano, por ejemplo, ahora que lo tienes cerca. Y los domingos serán para ti. Yo te recomiendo que practiques la musicoterapia.

—¿Ah? —sabía lo que era, pero me sorprendió su espontaneidad.

—Vamos, no es para que vayas y pongas música de esas corta venas —ambos reímos—, pon música movida, que te levante el ánimo. Arregla tu apartamento y cámbialo. Haz comida como si la vida se te fuera en ello y haz los arreglos para que nadie te moleste ese día.

Me hablaba de forma tan segura que hasta yo misma creí en ese momento que todo saldría de maravilla. Por una parte, quería que realmente así fuera, que todo estuviera bien y que en algo me iba a ayudar hacer todo eso de la musicoterapia. Pero, por otro lado, el no saber qué esperar seguía allí presente, como un agente silencioso. Tal vez se debía a la simple razón de que todo esto era nuevo para mí, o en realidad sentía inseguridad al pensar que mi vida iba a cambiar y ya no volvería a ver a mi Sebastián. «No, claro que no, tonta. No has venido para olvidarlo, un

hombre como él no se olvida. Has venido para manejar las situaciones y superar ciertos peldaños del camino.»

Miré a ese psicólogo con bastante interés. ¿Así eran todos?, me volví a preguntar.

—No pienses que soy de otro planeta —me dijo, asustándome *¿Me había leído el pensamiento?*

—Es que usted no es como lo imaginaba.

—¿Y cómo pensabas que sería?

—Todo serio y... —tenía que sincerarme— amargado —dije finalmente, provocando carcajadas en él—, cómo esos que aparecen en la televisión.

—Pues ya ves. Como dice el refrán: caras vemos, corazones no sabemos. Solo soy un hombre joven que quiere ayudar a las personas. Hablo con todos como si se tratara de algún amigo. Honestamente no me gusta sentarme aquí donde me ves y parecer eso mismo que acabaste de decir: amargado.

—Bueno, entonces... ¿eso sería todo?

—No. Una última cosa, me voy a arriesgar a darte esto

—escribió algo rápido en un pequeño papel y me lo extendió—. No es una receta ni nada por el estilo, solo es el nombre de unas pastillas que te van a ayudar a conciliar mejor el sueño. No tienes que tomarlas cada noche, pero el cuerpo necesita un descanso reparador, y soñar todas las noches es algo que tarde o temprano te afectará en tu diario vivir. Y eso es algo que no queremos, ¿cierto?

Miré con recelo ese papel en mi mano. Ahora estaba más nerviosa.

—No, claro.

—Laura, no podemos cambiar el mundo de un día para otro. Me he dado cuenta de lo fuerte que eres, solo necesitas una pequeña ayudita para poner las cosas en orden.

—Te agradezco el tiempo, señor Argentó.

—¿Qué? Ahg, no —hizo una mueca de desagrado—, nada de señor, me hace sentir viejo. Solo Camilo, por favor.

—Muy bien.

—Nos vemos la semana que viene.

—Sí, hasta luego.

Salí de allí con una extraña sensación de alivio. Tenía el pleno conocimiento de que todas las cosas no estaban resueltas, pero había dado el primer paso. Respiré con satisfacción al saber que todavía me quedaba algo de cordura.

El taxi me dejó frente a mi apartamento. Le dejé el cambio al chofer y caminé en dirección al edificio. Estaba cansada mientras esperaba en el ascensor. El sonido de campana avisó la llegada y con paso decidido llegué hasta mi puerta tras el corto ascenso, pero me detuve frente a ella al escuchar un murmullo.

—... claro que lo sé. Es que no es tan fácil como crees, ahora mismo estoy con mi hermana y... sí, tú mejor que nadie sabes cuánto la adoro, pero... —al parecer mi hermano comenzaba a inquietarse, sonaba frustrado— Escucha, no prometo nada. Nuestra historia pasó porque ella así lo decidió... no, yo mismo la llamaré cuando me sienta preparado... Sí, adiós.

Entré como si no hubiese escuchado nada, teniendo la certeza de que ese no era mi problema. Pero al abrir la puerta y encontrarme con mi hermano tirado en el sofá, con las manos en la cara, no pude evitar preguntar.

—Hola, hermanote. ¿Todo bien? —me senté junto a él, agradecida por la cálida temperatura.

—Bah, no quiero preocuparte. Seguro has tenido un día difícil —se acomodó inclinándose

hacia atrás mientras colocaba sus manos tras la nuca—, ¿por qué no mejor vas y te das un buen baño y te pones cómoda en lo que yo preparo algo rápido para comer?

Abrí los ojos tan grandes como mi rostro lo permitía.

—¿Qué?

—¿En serio? No me digas que esta es otra faceta tuya.

—Y tengo muchas más —dijo orgulloso—. El hecho de que hayamos estado comprando comida hecha o dejando que tu cocines no significa que yo no sepa hacer nada de esas cosas.

—No me lo puedo creer —di un salto y comencé a darle la espalda mientras reía sin parar.

—Pues ya lo verás. Te vas a chupar los dedos.

Mi hermano había preparado una de las mejores cenas de mi vida: un delicioso arroz mampostado con granos y chuletas de pavo a la piña. Gracias a Dios que mi madre no estaba o seguro que le daba un infarto pensando que yo despreciaba su comida por la de Saúl. En todos los días pasados, no le había dado la noticia, pues mi hermano quería darle la sorpresa él mismo presentándose en su casa. Así que de las pocas veces que hablábamos, y como de costumbre, no le mencioné nada.

—Ahora me vas a decir, mmm, cómo lo hiciste para, mhum, comprar estas cosas porque yo, omnon, jamás he comprado esto —mi boca estaba llena de aquellas delicias, pero tenía que preguntar o la curiosidad me iba a matar.

—Aproveché cuando no estabas para hacer unas cosas. Me entretuve en el supermercado y...

—¿En el qué?! —escupí sin querer una parte del vino sobre mi ropa. Aquello descuadró mi mente a grandes escalas.

—En el supermercado —dijo de lo más normal mientras se llevaba un gran pedazo de chuleta.

—Definitivamente voy a estar preparada para más sorpresas como ésta.

—Pues haces bien.

Ambos nos echamos a reír. Aproveché para contarle mi experiencia con *Camilo el psicólogo* y él no paraba de alardear de lo buen profesional que era. Intenté indagar un poco más para saber bajo qué circunstancias se habían conocido y porqué mi hermano tuvo que acudir por ese tipo de ayuda, pero nada, fue peor que hablarle a una piedra. Saúl se ofreció para buscarme aquellas lindas pastillas recomendadas por Camilo, pero le pedí que lo dejáramos para el próximo día. Tenía un leve presentimiento, algo banal, pero de todas formas un presentimiento que no dejaba de darme vueltas por el cuerpo. Necesitaba estar con Sebastián otra vez, mi mente lo deseaba, mi cuerpo lo deseaba aún más y no estaba segura si esa sería la última vez en vernos. Le aseguré a mi hermano que todo estaba bien, pero no dejó de repetirme que estaría al pendiente de mí en todo. Sin duda, tener un hermano mayor a veces resultaba odioso.

La espesa noche cayó junto con sus inseparables amigas las estrellas; en el cielo neoyorquino no eran fáciles de distinguir. Por mi ventana se colaban algunos rayitos de luz, intenté dormir, cerrando mis ojos para calmar todo el torrente de pensamientos que ya eran uso y costumbre. Había mucho por hacer, mucho por pensar. Veía un cambio trascendental en mi vida, pero por esta vez todos los caminos me iban a conducir hacia una sola persona: Sebastián.

HAY SUEÑOS QUE NUNCA SE OLVIDAN

Me movía entre las sábanas, desperté sintiendo la brisa sobre mi piel semidesnuda. Supe que estaba en ropa interior, cubierta por una fina sabana sobre mis piernas.

—Laura...

Reconocí esa voz, esa profunda y excitante voz que me pervertía peligrosamente, provocando cosquillas en todo mi cuerpo. Abrí mis ojos por completo hasta encontrarme con los de Sebastián. Pero no esperaba verlo así, preocupado, inquieto por algo.

—Hola, ¿qué sucede?

—Me gustaría preguntarte lo mismo. ¿Estás bien? Estuviste balbuceando cosas sin sentido mientras dormías.

—¿En serio? —me preocupé de inmediato— ¿Qué cosas?

—Que no querías que me fuera. Que te perdonara. Que me amabas. Que eran unos tontos si pensaban que te ibas a tomar las pastillas todos los días.

—¿Ah? —oh, no. Caí en cuenta del significado de esas palabras. ¿Ahora qué debía decirle?

—Mira, preciosa —se acostó a mi lado, con su cuerpo de lado para mirarme a la cara mientras su brazo izquierdo sujetaba su cabeza. «*Dios... su cuerpo es perfecto*»—, yo siempre voy a estar aquí —señaló mi corazón— al igual que tu aquí —dijo apuntando al suyo—. No me voy a ninguna parte, ¿de acuerdo?

No mencionó nada sobre las pastillas. ¿*Por qué?* Asentí con la cabeza, mordiendo mis labios.

—La tarde es perfecta y el cielo esta hermoso —me sonrió, de esa forma que arrebatava—. Vamos a dar una vuelta.

—Claro.

Hice el intento de levantarme, pero Sebastián me lo impidió, poniendo una mano sobre mi pecho para luego susurrarme al oído que cerrara los ojos. Cuando los volví a abrir seguía acostada, pero sobre la arena frente al mar. Busqué a Sebastián por todas partes, mirando entre los arbustos cercanos y lejanos, en los difuminados senderos cercanos a la arena, pero no lo encontré. Me levanté con lentitud, sacudiendo la arena pegada en mi trasero. Comencé a caminar un poco, sin rumbo fijo y sin una pista de él. Entonces escuché su voz, me estaba llamando desde algún lugar desconocido. Su eco era cada vez más fuerte, por lo que me encaminé hacia unos arbustos que estaban cerca. Cualquiera que lo hubiese pensado dos veces para adentrarse en un lugar así, pero yo no, mi mente solo estaba concentrada y atraída por la voz de mi Sebastián, llamándome sensualmente.

Seguí el eco hasta que encontrarme en un claro, dentro de un pequeño bosque rodeado por hermosos e imponentes árboles, pinos, troncos y matorrales. Entonces lo recordé, este era el mismo lugar donde había viajado un fin de semana con Elizabeth hacía tiempo atrás. Y allí estaba él, parado en medio de aquel claro, era mucho más hermoso que todo lo que mis ojos habían visto, su torso desnudo, dejando ver la fina línea de vello desde su pecho hasta más abajo del ombligo. Le noté más marcado y tonificado, como si su cuerpo se hubiese tornado más grande, sin rayar en lo exagerado. Bajé la vista hasta sus piernas para observar su pantalón azul y vi, con disimulo, que llevaba la bragueta abierta. Sucumbí a la tentación de mirar cuando supe que no traía puesto sus boxers, dejándome admirar aquel pedazo de piel, suave y de sabor conocido.

Mojé mis labios con la lengua de forma inconsciente.

—Acércate.

Hasta su voz era diferente, más autoritaria y sexual, incluso juraría que los poros de su piel estaban listos para el sudor, al igual que yo. Caminé dudosa mientras lo miraba fijamente a los ojos, aquellos hermosos ojos oscurecidos por el deseo. Me detuve frente a él, alcé la vista y pude comprobar que su respiración estaba agitada. Él quería algo... lo presentía.

—Quiero que juguemos.

—¿Sí? —mi voz era tan sutil.

—Debes saber que estoy muriendo por hacerte el amor —su mirada era tan penetrante al igual que sus palabras—, pero ahora esto será un juego simple.

¿Simple? Esto no era nada simple.

—Voy a cerrar mis ojos y contaré hasta veinte. Ese es el tiempo que tendrás de ventaja para salir corriendo.

—¿Salir qué? —debí entender mal.

—Saldrás corriendo para que no te alcance, porque si lo hago... —soltó el aire por la nariz pausadamente mientras se mordía el labio— te follaré hasta que me quede sin fuerzas. Te haré gritar hasta que no puedas hablar y luego —acercó su cuerpo al mío peligrosamente, con sus labios casi sobre los míos— haré que cabalgues desenfrenada sobre mi cuerpo.

¡Bendito Dios! Este hombre quería que saliera corriendo, pero con esas palabras lo único que había provocado era que tuviera un orgasmo emocional. Sí, seguro que lo había tenido, pues todo mi cuerpo temblaba y la humedad entre mis pernas comenzaba a ser evidente. Y ni hablar de mi corazón, que se detuvo varios segundos para después estallar. ¿Acaso podía pasarme algo más?

—Entonces...

—Oh. Sí, está bien —fue lo único que se me ocurrió balbucear, a lo que él sonrió con ganas.

—Esa es mi chica. Ahora vamos.

Sebastián cerró los ojos y comenzó a contar sin darme tiempo a reaccionar. ¿Desde cuándo estaba pasándome esto y yo aceptando felizmente? Era confuso el giro que había tomado esto, pero... jamás había hecho algo así y muy dentro estaba que brincaba de felicidad.

Mis piernas comenzaron a moverse con cierta rapidez, adentrándome en el bosque. Ya no escuchaba la voz de Sebastián mientras contaba, por lo que supuse que me había alejado bastante. Seguí corriendo un poco más mientras llevaba una sonrisa tonta en la cara y reía como una boba.

«¡Pareces una niña! Claro que sí.

¿Cómo que claro que sí? Esto es divertido, nunca lo había hecho.

Pero estás en ropa interior mientras corres por un bosque.

¡¿Y eso qué mierda importa?!»

Aparté de un manotazo mis pensamientos, era aquí y ahora y lo estaba disfrutando. Concentré mi vista al cielo, la tarde seguía cayendo, dejándome apreciar un hermoso cielo naranja salpicado por nubes que parecían algodón de azúcar. El sonido de los pájaros comenzaba a ser disipado por una música. Sí, música lejana que cada vez se hacía más audible. Esa voz y ese ritmo suave lo había escuchado antes, agudicé mejor para darme cuenta que Robin Thicke cantaba *Lost Without U*. ¿Cómo eso era posible?

—Laaauraaa... Te voy a encontraaaaar...

¿Qué? El eco de aquella voz sensual me sacó de mis pensamientos. Estaba disfrutando de las leves melodías de fondo mientras miraba a todas direcciones, pero no había rastro de él. Comencé a caminar de nuevo mientras reía, pisando algunas ramas y brincando sobre troncos secos sobre la tierra.

—Será mejor que sigas corriendo porque te voy a alcanzar.

—No —le grité melodiosa entre risas.

—Sí.

Su voz resonaba por todo el lugar hasta llegar directo a mis oídos. Me encontré un riachuelo frente a mí, pequeño y cristalino y no dudé en tomar un poco de agua para calmar mi sed. Levanté mi rostro para seguir caminando, pero allí, entre los arbustos, me encontré con algo singular.

—Ou...

Una enorme serpiente, como de unos doce pies de largo, estaba frente a mí, moviéndose de un lado para el otro sobre el suelo. La mezcla de sus colores entre marrón y negro era asombrosa, brillante y simétrica.

Me puse nerviosa, ¿qué se supone que debía hacer?, ¿salir a buscar a Sebastián? No, la mejor opción era dejar que me encontrara. Entonces sonreí, le sonreí a la serpiente. Yo estaba mal, definitivamente me había vuelto loca, ¿y qué más daba?, me agaché frente a ella y le extendí mi mano. Mi asustada mente gritó para que desistiera de lo que hacía, ¿quién se arriesgaba de aquella manera? Aun así, la curiosidad me sobrepasaba.

—Ven.

La serpiente, dudosa, se elevó varias pulgadas sobre el suelo y me observó, avanzando hacia mí con suma precaución. Pasé mis dedos sobre su coronilla donde, en vez de áspera, era por completo suave y lisa. Entonces, sin entender cómo y cuándo, abrí mis ojos de par en par a la vez que mi boca formaba una *O*, siendo testigo de la magia y la fantasía: la serpiente estaba entrando en mi piel, sobre la muñeca. Podía ver como sus colores se mezclaban con mi brazo mientras desaparecía por completo. Quede inmóvil prestando atención, perpleja ante aquel acto que duro muy poco.

Todo cambió al instante: la imagen a través de mis ojos se volvió distinta, los colores eran más brillantes, los sonidos eran mucho más intensos y los aromas de la naturaleza ahora se mezclaban con el olor a sexo. Sí, podía oler el deseo de mi propio cuerpo, incluso el de Sebastián, por lo que supuse estaba cerca. Me levanté tambaleando sobre mis pies para buscarlo de una vez. Me sentía tan... magnificada en todos los aspectos, como si mi cuerpo fuera más perceptible a todo.

—Sebastián —comencé a llamarlo—. Sebastiaaaaaan

—dejé que mi voz sonara sensual y atractiva.

«*Dios mío. Mi voz nunca ha sonado así.*»

Seguí caminando un poco más sin saber exactamente hacia dónde, solo me dejaba llevar por el instinto y ese dulce olor a hombre. Cada vez se hacía más cerca, corrí a toda prisa sin poder esperar más, porque ya no quería soportar la espera. Lo sucedido anteriormente con la serpiente me estaba quemando por dentro.

Iba decidida, cuando ni siquiera noté el choque duro contra un cuerpo.

—Vaya, mira lo que tenemos aquí —dijo él, estudiándome con la mirada—, veo que has conocido a *Afrodita*.

Tenía *esa* forma de mirar, *esa* sonrisa de lujuria.

—Entonces... —tambaleé sobre mis pies— ¿tú ya lo sabías? —Sebastián asintió con la cabeza mientras mostraba su sonrisa perversa y provocadora— Has hecho trampa.

—No, preciosa. Ella ronda por estos lugares, pensé que no serías capaz de aceptarla de ese modo. Estoy asombrado.

—¿Cómo que de ese *modo*? —¿qué me estaba pasando? Sentía que en cualquier momento iba a estallar una bomba dentro de mí. Quería acortar la distancia y lanzarme sobre él para hacer el amor hasta morir.

—¿Acaso no sabes quién es Afrodita? —yo asentí—. Entonces sabes lo que ahora llevas dentro —Sebastián se acercaba hacia mí—. Eres asombrosa, jamás pensé que te atreverías —su mano alcanzó mi cabello suelto.

—Ya me has... atrapado.

Entonces caí al suelo, temblando ligeramente mientras sentía mis pezones erguirse bajo la fina tela de mi sostén y las contracciones en mi sexo se amplificaban.

—¿Sabes lo que te está pasando?

—No, yo... —levanté mi mano para agarrar la suya— por favor, no puedo soportarlo.

—¿Quieres que te ayude?

—Sí, sí.

—¿Y cómo quieres que te libere de eso? —me preguntó susurrándome al oído mientras su mano jugueteaba con la mojada hendidura entre la tela.

—No me hagas decirlo.

—¿Qué es lo que quieres? —sonrió junto a mi cuello.

—¡Que me folles!

—¿Y cómo lo quieres? —volvió a preguntar apacible, hundiendo dos dedos dentro de mí para luego sacarlos deprisa y repetir el proceso.

—¡Duro! Te lo pido, ¡no puedo soportarlo más!

Ni siquiera me miró a los ojos cuando su cuerpo se alejó del mío, y para cuando alcé la vista me encontré con la majestuosidad de su desnudez ante mí. Permanecía de rodillas y con las manos sobre el suelo, hice el intento de levantarme, sin apartar mis ojos de él, pero ya sus manos estaban aferradas a mi cintura y sin ningún esfuerzo me levantó, apoyándose de espaldas sobre el tronco de un árbol. Enrosqué mis piernas sobre sus caderas y grité descontrolada a los cuatro vientos cuando sentí su masculinidad entrar de solo una estocada. Sebastián soltó un lamento profundo, ahogándose con mi voz.

—Diablos —gruñó contra mi boca—, mujer, siempre estás lista, tan húmeda y abierta para mí.

—¡Sigue moviéndote!

Aquel sentido de posesión era excitante, más aún cuando venía de ambos lados.

Era puro placer lo que mi cuerpo recibía, él comenzó a moverse con intensidad, chocando sin restricciones, arremetiendo contra mi cuerpo sin piedad. Me penetraba tan violentamente que por un instante pensé que mi cuerpo se desgarraría, aunque tampoco aquello importaba. Gimoteaba y gritaba palabras sin sentido, sintiendo como una y otra vez su enorme pene entraba y salía.

—No te detengas, no te detengas.

—No lo hare, nena. Vamos, quiero escucharte.

—Sí. ¡Sí!

—¿Quieres-que siga-así?

—Sí, más fuerte —ni siquiera podía ser consciente del tono de mi voz.

—¿Crees que puedes resistir mi polla?

—¡Sebastián!

Él conocía muy bien la respuesta, toda mi cara debía estar completamente colorada y ni hablar de los rasguños en mi espalda a causa del roce violento.

Sin despegar nuestros cuerpos, Sebastián me agarró nuevamente por la cintura y dio unos pocos pasos hacia atrás, quedando sostenida por sus fuertes brazos. Ni siquiera hablé, solo eché una mirada por encima de su hombro y vi cómo comenzábamos a descender juntos hasta que mi cuerpo quedó sobre el suyo. Sebastián se había sentado sobre unas piedras grandes y lisas, con la espalda un tanto reclinada hacia atrás.

Ahora yo tenía el control y, por supuesto, toda su virilidad la sentía más profunda. No le di tiempo a decir alguna palabra y estampé mis labios en los suyos, su boca me aceptó de inmediato y su lengua se encontró con la mía para jugar.

—Muévete así —me dijo mientras sus manos se aferraban a mis caderas para moverlas pegadas a su cuerpo de al frente hacia atrás—, te va a gustar.

Dejé que mi cuerpo se moviera como lo sugirió y no había palabra que pudiera describir el cúmulo de sensaciones que corrían por mi piel. Al estar sentada de aquella forma mi punto más sensible ypreciado se refregaba contra él.

—¡Ah, joder! Ya viene...

—Eso es, no lo retengas y suéltalo —me zarandé las nalgas para que me moviera más rápido.

Unos cuantos golpes fuertes sobre su cuerpo, y la gloria del orgasmo cayó sobre nosotros, con tanta intensidad que mis uñas se clavaron sobre sus hombros. No escuché queja, su rostro estaba contraído mientras imploraba con mi nombre algunas cosas que ni entendí, sacudiéndose por las pulsaciones de que aún lo arrastraban hasta el final. Debieron pasar varios minutos así hasta que por fin mi respiración se normalizaba junto a la de él.

La música de fondo ya ni la escuchaba y fue entonces cuando me di cuenta de dos cosas. La primera: que la noche había llegado, iluminando con las estrellas aquel lugar mágico y natural. Y la segunda: que el brillo particular bajo la piel de mi brazo ya no estaba, por lo que deduje que la serpiente de alguna forma u otra había salido de mi cuerpo.

—¿Estás bien? —me pregunto con tranquilidad.

—Sí, pero muy agotada.

—Lo imagino —levantó sus cejas, dejándolo ver como un chico tierno—, no sé cómo pudiste soportar tanto.

—Ni yo —reí junto a él.

—Vayamos a acostarnos en la cama, de seguro será más cómodo —solté una carcajada al ver su mueca fingida de dolor.

—Espera —puse mi mano sobre su corazón y él quedó atento, mirándome con ternura—, quiero que sepas que te quiero, con toda mi alma. Yo... jamás pensé querer a alguien de esta forma. Es diferente y, emm, no quiero que se acabe.

No sabía si arrepentirme por lo que acababa de decir, pero tenía qué, en especial porque aquello había sonado como si mi corazón supiese que no lo volvería a ver. Sebastián debió notarlo, tomó mi mano y la besó para luego dejarla sobre su rostro, entrelazando sus dedos y los míos.

—Laura, has aprendido muchas cosas desde que estamos juntos, has sido capaz de probar cosas nuevas y dejarte llevar por mí. Ahora soy yo el que te asegura: esto jamás se acabará. No importa lo que pase. Jamás. Lo entiendes, ¿verdad?

Su voz era clara y serena, pero aquel rostro quería decir muchas cosas más, como si... como si supiera lo que en realidad estaba pasando, en el mundo de los vivos. Cómo si supiera que cabía una posibilidad de que no nos volveríamos a ver seguido hasta que algún día todo se esfumara por completo. Y aquello me aterraba silenciosamente.

—Te quiero, nena. Nunca lo olvides. Ahora vamos a la cama.

Asentí mientras me cargaba entre sus brazos. No quería creer que era el final. ¿El final de qué?, nadie ha dicho que los sueños tienen fecha de caducidad.

—*Te volveré a ver... lo juro...*

Y caí en los brazos de Morfeo, escuchando en la lejanía otra canción que comenzaba a sonar.

CUANDO LOS MALOS PRESENTIMIENTOS LLEGAN

—Oye, ¿qué demonios te pasa? ¿No ves que acabas de tirar mi café por el piso?

Mierda.

—Lo siento.

—Sí, más vale que lo sientas. Deberías pagármelo.

—Pues fíjate que sí. Te voy a pagar con excremento porque eso es lo que eres. Váyase al establo de donde vino.

Salí disparada, con las miradas y los cuchicheos de todos los presentes en la cafetería. La puerta resonó de manera brusca hasta la avenida, pero ni siquiera aquello me importaba.

Llevaba dos semanas de muy mal humor. Luego de aquel sueño con Sebastián no volví a verlo mas que cada tres o cuatro días, así que, si calculaba bien, solo habían sido unas cuatro veces. ¿Y todo por qué?, por las malditas pastillas para dormir. Mi hermano no paraba de decirme que era lo mejor, que mi cuerpo debía estar preparado para cuando llegara la *verdadera acción*. Claro que, luego de eso, el pobre se llevaba tremenda paliza por sus comentarios de “aliento”.

Y ni hablar de la oficina. Luego de cinco días, mis amigas (incluyendo a Liz) y mis compañeros no paraban de atosigarme con preguntas sobre mi reciente y abrupto malhumor. Algunos hasta llegaron a pensar que me había vuelto adicta a las drogas o que estaba confabulando con mi jefe en sus “nuevos planes para mercadear equipo tecnológico con armas”. Y era que, claro estaba, desde que había regresado a la oficina me había mantenido al tanto de todo lo que John hacía, pero siempre al margen. Sin embargo, a veces me encontraba absorta en mi desgracia, por no ver a Sebastián como yo quería, y eso provocaba que mi mente ausente se manifestara frente a la puerta de su oficina, como si lo estuviera espionando.

¡Pero qué cosa más absurda!

En todos esos días de inestabilidad no paraba de sentir que algo no andaba bien. Sí tenía el conocimiento de que mi estado podía provocar ciertos “desajustes” a mi alrededor, pero, como mujer, ese sexto sentido estaba disparado y alerta todo el tiempo, cada hora, cada minuto y segundo. Cuando salía en mi tiempo libre para almorzar sentía que algo me vigilaba, cuando llegaba a mi apartamento sentía que algo faltaba y cuando me despertaba en las mañanas tenía la sensación de que iba a encontrar una sorpresa en la oficina. Cosa que en todos esos días no sucedió.

En una de mis visitas al psicólogo, Camilo se mostró muy paciente y amable mientras le contaba toda mi experiencia desde que me encontraba tomando las pastillas para dormir “mejor” y mis actividades de los fines de semana. Me sentía culpable en ocasiones, porque de repente salía gritando o llorando cuando tocaba el tema de mi familia, pero para eso él estaba allí.

—Llorar viene bien. Nunca es bueno quedarse con toda la ira y el dolor por dentro.

¿Pero cómo podía quedarme tranquila luego de una sesión?, si lo único que deseaba era estar en paz mientras tomaba mi té o miraba la tele, ¡o simplemente acostarme a dormir y revolcarme en la cama por el placer que me provocaban las manos de Sebastián!

Dejé caer mi bolso sobre el escritorio. Me senté de mala gana en la silla acojinada y comencé a teclear algún documento sin importancia. Definitivamente ese no era mi día.

—Esta noche, tu y yo, solas de fiesta en el...

—No. No quiero fiestas.

—Auch. Vamos, Lau, no seas así. Mira que te van a salir arrugas, canas y se te caerán los senos al piso.

—Liz —giré hacia ella y la fulminé con la mirada—, no-quiero-fiestas. Suficiente tengo con los viernes.

—Mira, amiga, no voy a dejar que tu miseria te arroje y te convierta en una ogra. Esta noche paso a recogerte, ponte guapa como siempre.

—Pero...

—Pero nada, ¡ya no puedo más contigo! ¿Qué no se supone que ese psicologuito te estuviera ayudando? Te dio unas tareas —apuntó el dedo hacia mí.

—Ya lo sé, van dos viernes que salimos entre amigos, dos sábados que comparto de lleno con Saúl y platico con mi madre y dos domingos que me quedo en casa practicando yoga con música de piano y flautas —moví mis brazos formando ondas exageradas.

—¡Pues entonces eso debería ayudarte!

—¡Y lo hace! Pero siento que me falta algo. Me he sentido muy bien en los fines de semana, pero luego siento que... que...

—Que algo anda mal —terminó ella por mí.

—Sí.

—¿Y Camilo lo sabe?

Mi boca estaba cerrada. Yo no le había contado sobre mis cambios de estado entre los días de trabajo y los fines de semana.

—Por favor —se hizo presión en el puente de la nariz—, no me digas que has omitido algo tan importante.

—Vamos, Liz, que solo he tenido dos citas. A la próxima le digo.

—Pues más te vale que así sea. Es más, a la próxima te acompaño.

—¿Perdiste la razón o qué?

—Por supuesto, por eso me amas.

Ambas reímos.

Me acomodé algo más relajada sobre la silla y bebí despacio el café que opté por comprar en la cafetería de la propia empresa, pero parecía que Elizabeth quería decirme algo más. La notaba nerviosa y, aunque ella intentase ocultarlo, la conocía muy bien, como que éramos amigas desde pequeñas e íbamos a la misma escuela.

—Anda, suéltalo ya.

—¿El qué?

—Eso que me quieres preguntar.

—¿Tanto se nota?

—Oh, sí. Pero tranquila —corrí la silla hacia ella y le hablé en susurros—: solo yo lo noto.

—Ah, bueno —sonreía nerviosa—. Yo solo quería saber si... si ya Saúl se ha reunido con sus padres.

—¿Ah? —pero que pregunta más... extraña.

—Bueno, es que... tú sabes —hizo agujeros con las manos—, tantos años sin verse, tu madre que no habla de él, tu padre que ni siquiera le importa una mierda llamarte y hablar...

—Pues, aun no lo han visto. Él no quiere, dice que prefiere esperar hasta este sábado para darles la “sorpresa” —fingí voz de niña.

—Oh, ya veo. Pues me parece bien.

—¿Y por qué el repentino interés?

—Por nada —dijo un salto y comenzó a caminar a su cubículo—. No lo olvides, esta noche haremos la excepción. ¡Fiesta, fiesta!

«*Yupi, fiesta, fiesta... qué desánimo.*»

La vibración del móvil me quitó la concentración. Rebusqué hasta encontrarlo en un cajón del escritorio y atendí sin fijarme en la pantalla.

—¿Sí?

—Laura.

—¿Quién es?

—Soy yo, Jack.

—¿Jack? ¿Qué le sucede a tu voz?

—Larga historia, pero para resumir estoy enfermo.

—Ya veo —silencio al otro lado—, ¿qué sucede?

—Solo quería saber si todo está bien.

Mi mente me dispara señales y alertas claras de que algo aquí estaba mal. O tal vez era simple paranoia.

—Sí, todo bien.

—Entonces... hablamos luego —escuché un ruido muy extraño al otro lado de la línea—, adiós.

Ni siquiera me dio tiempo a decirle adiós cuando ya había colgado. Decidí no darle más vueltas al asunto y me volví a la pantalla. Tantos apuntes y correos que adjuntar y una retahíla de documentos que editar para enviarlos al jefe, pero nuevamente, la vibración del móvil me sacó de enfoque.

—Diga —respondí esta vez más exasperada.

—Niña, esas no son formas de hablarle a tu madre.

—Oh, lo siento, mamá. No he visto el número y estoy realmente ocupada.

—De acuerdo. Solo quería saber si te gustaría venir este sábado a cenar con nosotros.

—¿Cómo que con *nosotros*?

—Pues resulta que tu padre me estuvo hablando sobre hacer una cena en casa. Quiere invitar a tus tíos y primos.

—¿Que él ha hecho que?! —exclamé sin control.

—Por Dios, niña, me vas a dejar sorda.

—Lo siento, pero es que eso suena tan...

—Incongruente, lo sé. Pero lo dijo muy serio así que me gustaría que aceptaras.

Entonces una magnífica idea corrió por mi mente, algo que no me pasaba desde hacía semanas.

—Claro que sí, mamá. Estaré allí desde las cuatro para ayudarlos. ¿Te parece?

—Por supuesto, querida.

—Entonces hablamos luego, tengo mucho trabajo. Te amo.

—Y yo a ti, mi vida.

Perfecto. Aquello me había prendido el bombillo, era el momento justo e indicado para llevar a Saúl y darles la sorpresa. No tenía la menor idea de cómo saldría todo, pero seguía siendo buena idea.

El teléfono de la empresa comenzó a sonar, de inmediato levanté el auricular para responderle a mi jefe.

—¿Sí?

—Te necesito en mi oficina ahora. Es muy importante.

—De acuerdo.

Tragué saliva más de la cuenta. Aun me intimidaba la voz profunda de John cuando estaba en plan de misterioso. Salí disparada hacia su despacho, con nervios y sin saber que ocurría. Entré luego de tocar dos veces y ahí estaba el, sentado elegantemente, con sus manos sobre el escritorio y una mirada perdida a la nada.

—Toma asiento —me señaló la silla justo al frente de su escritorio—. Tranquila, no ha pasado nada grave, ya puedes respirar.

¿Realmente se dio cuenta?

—Sé que estos días han sido más duros de lo normal. Demasiado papeleo, demasiados pendientes, muchas reuniones y esas cosas aburridas —terminó con una sonrisa—. Pero quiero prevenirte de esto antes de que te tome por sorpresa.

—¿Qué sucede? —no supe cómo reaccionar, ¿debía ponerme nerviosa, asustarme o qué?

—Como sabes, aún el sujeto de negro que agredió este piso anda suelto, pero sabes también que la investigación se está llevando a cabo para encontrar evidencias y capturarlo.

Me sorprendía la manera tan normal en la que John estaba dialogando, como si la cosa no fuera con él. Podía ver que en sus ojos había clara preocupación, pero sus palabras estaban más alejadas de aquel estado. Total, yo tampoco tenía muy clara mis emociones a esas alturas, hacia semana y media que decidí dejar todo el misterio a un lado y no romperme la cabeza con el incidente. Era algo que agotaba mi mente, por lo que, a recomendación de amigos, mi madre y Camilo, dejé todo en las manos correctas. Incluso estaba agradecida al cielo de que la prensa dejara de lado aquel tema.

—Sí, estoy al tanto.

—¿Sí? —John levantó una ceja— Bueno, solo quiero que sepas que mañana llegan dos agentes del F.B.I. Pero tú tranquila, todo es rutinario. Harán preguntas y comenzarán a hacer sus investigaciones desde aquí.

—¿Cómo que desde aquí?

—Les daré una oficina provisional para que puedan trabajar mejor la investigación. Sus nombres no son importantes por ahora, ya nos reuniremos mañana a las ocho en punto.

—De acuerdo.

Me levanté despacio, con los ojos clavados en la puerta como quien tiene la esperanza de algo mejor. Decir que estaba desconcertada se quedarse corto.

—Por cierto, eh... te ves muy elegante —di media vuelta sobre mis pies para prestarle atención a su inesperado comentario—. ¿Puedo invitarte a tomar unas copas a la noche?

—Gracias, pero Liz ya me ha invitado a salir. En realidad, no, es más como un secuestro —hice una mueca sin importancia.

—Oh, entiendo. Tranquila, no pasa nada, ya será para después.

Salí de su despacho sintiendo que algo raro había pasado y regresé a mi escritorio con las cejas fruncidas. Luego de mucha tarea, para cuando me di cuenta, ya eran las tres, hora de salir por fin del encierro de las computadoras y los documentos.

Llegué más que cansada a mi apartamento, con tremendo dolor en las manos. Tiré todo en una esquina, algo muy poco femenino de mi parte, pero era meritorio. Mi hermano Saúl no estaba, así que aproveché el momento para darme una ducha, poner una emisora radial de noticias sobre política y hacer una rica cena.

Luego de tres horas todo estaba en orden y servido.

—¡Pero qué olores tan maravillosos inundan mis fosas nasales!

Saúl entraba con unas bolsas de plástico en ambas manos mientras cerraba la puerta con el pie. Le ayudé a dejar las bolsas sobre la encimera de la cocina y nos abrazamos un buen rato.

—Oye, cualquiera diría que desde hace siglos no nos vemos —le dije sonriendo.

—Bah, eso no volverá a ocurrir. He llegado para quedarme —debió notar mi eufórica emoción—, pero no justamente en tu apartamento, ¿eh?

—No importa —le saqué la lengua—, lo importante es que estas aquí ahora y comeremos. Vamos, que te tengo una buena noticia.

Luego de hablarle sobre el plan de mamá y el asunto de llevarlo de sorpresa, casi pude jurar que mi hermano estaba muy nervioso. Le temblaban ligeramente las manos y se rascaba la cabeza mientras movía los pies de un lado para otro.

—¿Crees que deba llevar algo? —me preguntó mientras me ayudaba a limpiar los platos.

—Seguro, un lazo en la cabeza.

—No seas chistosita —me echó agua en la cabeza.

—¡Oye!

De pronto nos vimos envueltos en una guerra de agua por toda la cocina, él usaba un vaso y yo un triste y pequeño plato de cereal. Luego de varios minutos, de correr por la sala y el pasillo, estábamos empapados, cuando escuchamos los golpes en la puerta de entrada.

—Laura, ¿ya estás lista? Ábreme.

—¿Quién es? —preguntó Saúl.

—Es Liz, que vino a secuestrar para ir de fiesta en yo no sé dónde. Deja y le abro porque si no, tendrás que comprarme una puerta nueva.

Le di la espalda, consciente de sus murmullos con respecto a la persona detrás de la puerta. Inclusive creí escuchar un “¿será posible?”.

—Liz, deja que me...

—¿Pero qué coño te pasó? —abrió la puerta de par en par para entrar a toda prisa. Entonces sus ojos se encontraron con los de Saúl— Oh, yo... lamento mi lenguaje.

—Hola, Elizabeth.

—Amm... Hola.

¿Y ahora qué pasaba aquí? Era una tremenda escena ver cómo estaba mi apartamento, todo mojado, y la única persona que parecía brillar por su apariencia inmaculada de fiesta estaba como toda una tonta frente a mi hermano. ¡Y encima se disculpó por su lenguaje!

—Liz, como ya ves, mi hermano y yo hemos tenido una guerra. Así que deja y me cambio para irnos.

—¡Pero si te mandé un mensaje de texto! Te escribí la hora, ¡y ya son las ocho!

—Lo siento, no he visto el móvil desde que llegué.

—No importa —me sonrió—, ahora ve y ponte guapa. Yo te espero abajo.

—Conmigo no hay problema —mis ojos se abrieron ante el comentario repentino de mi hermano—, ponte cómoda en lo que limpio un poco este desastre.

Tres cosas tenía que mantener muy claro. Uno: que aquellos dos se miraban fijamente. Dos: que me sentía en medio de algo personal y yo estaba de sobra. Y tres: que era de mi completo conocimiento los sentimientos que tuvo Liz por Saúl en un largo pasado, cuando éramos unas jovencitas. Así que, tal vez, debía marcharme y tardarme más de lo normal para dejarlos hablar, sin importar el resultado.

Al cabo de treinta minutos ya estaba lista. Llegué hasta la sala y allí estaban esos dos, sentados cada uno en la esquina del sofá, mientras hablaban por lo bajo sin mirarse.

—Me alegra saber que te haya ido tan bien.

—Sí, gracias. Yo... me alegro de que hayas vuelto. O sea, que hayas vuelto bien. Eso de las guerras...

—Te entiendo.

Me aclaré la garganta, ocasionando un salto por parte de los dos.

—Ya estoy, vámonos.

—Pásalo bien, hermanita. Si sucede cualquier cosa me llamas.

—No te preocupes, tengo un arma secreta.

—¿Sí?

—Claro... *spray* picante.

El ambiente en el *Dancing Dreams* era muy agradable. El amplio lugar, repleto de luces de colores, te provocaba esa sensación de estar en una disco, pero sin caer en esa categoría. Había mesas redondas igualmente de colores, muchas de ellas estaban ya ocupadas. En una esquina estaba la barra y al otro lado un pequeño espacio donde los más recatados se sentaban a comer y disfrutar del espectáculo de una tarima para cantantes. Siempre me sentía agradecida por que mi amiga no me llevaba a lugares de esos donde los jóvenes se alocaban y perdían el conocimiento. Éramos jóvenes aún, pero mujeres adultas que trabajábamos decentemente en una de las empresas más reconocidas e influyentes del país.

Nos sentamos frente a la tarima y, luego de unos minutos, una hermosa mujer asiática comenzó a cantar.

—A que no imaginaste que estaríamos en este lugar.

—No. Pero tampoco me sorprende, siempre eliges bien.

—¿Sí? Pues a la próxima nos vamos a la discoteca que está en...

—Ni hablar —le di un codazo—, sabes que no estamos para esos revuelos.

Por un instante llegué a pensé que mis compañeros aparecerían en cualquier momento, cruzando la puerta con sus excéntricas voces. Pero nada más lejos de la realidad, mi mejor amiga y yo disfrutamos de una buena noche como dos chicas solteras; ella aún no se formalizaba con el agente Manuel. Reímos y cantamos algunas canciones conocidas, hasta nos pusimos a bailar en la pista, luego de varios tragos decentes. Realmente me sentí bien, había olvidado todos los últimos acontecimientos y mi mente solo se limitaba a disfrutar de la música y algunas copas de vino barato.

Mientras escuchábamos a un hombre maduro cantar *Smooth Criminal* de Michael Jackson, y reírnos a carcajada limpia por sus actuaciones tan exageradas, sentí el móvil vibrar desde el bolsillo de mi pantalón negro. Lo tomé y miré su número, y un mal sabor se adueñó de mi boca. Los números desconocidos no eran comunes en mi registro de llamadas, así que lo dejé pasar una vez. Pero a la segunda insistencia tuve que decirle a Liz que volvería de nuevo e ir al baño, con cierta dificultad, para evitar el ruido y saber de una buena vez quién llamaba.

—¿Quién es?

—Hola, preciosa. ¿Ya no te acuerdas de mí?

—¿Quién carajo es?

—Uy, uy. Esa boquita hermosa no debería pronunciar palabras tan sucias. Debería darte una buena follada en ella para educarte.

—¿Por qué no te follas el culo con tu propia polla?, maldito.

Y colgué antes de seguir con la estúpida conversación. Aquello me dejó completamente desubicada, por la sencilla razón de jamás haber recibido semejante llamada y mucho menos la

manera de mi respuesta. El móvil volvió a vibrar, el mismo número desconocido aparecía. Esta vez no iba a ser tan amable.

—Escucha, no vuelvas a llamarme, ¿no sabes que puedo averiguar tu número?

—Escúchame tú a mí, muñeca. Más te vale que mañana no abras la boca de más, o te juro que iré hasta tu apartamento, tumbaré la puerta, te follaré como un loco hasta que ruegues que pare y después... tal vez piense si matarte o no. ¿Has entendido?

Un frío electrizante corrió desde mi cuello hasta la cintura, por toda la columna. Mis labios se secaron, el vello de mis brazos parecía querer salir disparado en cualquier momento y mi corazón... al parecer se detuvo por varios segundos.

—Tu silencio me dice que has entendido. Me gustan las niñas obedientes. Hasta luego, Laura.

¿Qué demonios fue aquello?, ni idea. Solo recuerdo mis piernas moverse de prisa hasta el inodoro y vomitar todo lo que sostenía mi estómago. Estaba tiritando, sudando y con vértigo. Y lo peor era que debía conservar la calma, no podía dejar que aquella estúpida llamada me preocupara más de la cuenta y mucho menos que Liz me viera en aquel estado, la sola idea de escuchar toda su plática y su histeria me ponía peor. Pero... entonces, ¿qué debía hacer? Tenía que pensar las cosas con calma. Si llamaba al agente Estrada de seguro me interceptarían el móvil, en parte era buena idea, pero por otro lado no. ¿Acaso estaba dispuesta a dejar que escucharan mis conversaciones disfuncionales con mi familia?, ¿o la vergüenza que sentiría mientras dejaba que mi mejor amiga me diera consejos sobre cómo moverse bien en la cama? No, esa no era una opción. Y hablarles a mis padres sería aún peor. Era cierto que mi padre no era “el padre del año”, pero no quería ocasionarle un infarto, mucho menos a mi madre. ¿Tal vez Saúl?

Pensé con calma.

«Esto tiene que ser una de esas bromas de muy mal gusto. Sí.

Pero, Laura, ese tipo te habló sobre el día de mañana, dijo claramente que no hablaras más de la cuenta.

Mierda, mierda, mierda.»

Decidí que ese era un tema a pensar cuando llegara al apartamento. En ese momento no iba a permitir que nada ni nadie estropeará la salida porque, luego de muchos días, esa noche debía ser para estar relajada y complacida.

Caminé de regreso a las mesas luego de haberme echado agua en la cara, aunque bien no me importaba haber perdido todo el maquillaje. Me senté junto Liz, tratando de no revelar mi momentáneo ataque de nervios.

—¡Vaya, mujer! Menuda cara que traes —llevaba media copa en las manos—. ¿Todo bien?

—Por supuesto —mentí, tratando seriamente de parecer normal—. Era mi madre, ya sabes cómo son sus charlas.

—Ah, sí. Mejor olvídalo, vinimos a disfrutar, ¿verdad?

—Claro —le mostré mis dientes.

—¡Eso! Así me gusta.

Luego de comer, beber, cantar y bailar por largas horas, era el momento para regresar. Pasaba la una de la madrugada y la loca de mi amiga al parecer no tenía nada claro el respeto por la puntualidad, en especial a la hora del trabajo.

Llegamos luego de media hora en carretera. Elizabeth expuso un sinnúmero de excusas para no subir conmigo y claro que sabía la verdadera razón. De todas formas, bajo las circunstancias en las que estábamos no le iba a preguntar nada. Ya lo haría mañana.

Abrí la puerta con sumo cuidado, queriendo no despertar a mi hermano. Me quité los zapatos y los sostuve en mi mano derecha mientras que con la izquierda trataba de maniobrar para cerrar la

puerta de nuevo.

—La verdad no hay nada más gracioso que ver una mujer borracha.

Los zapatos cayeron al suelo resonando, las llaves y mi bolso salieron disparados por los aires hasta caer a una esquina de la cocina. Lancé un grito tan alto que el vecino de al lado lanzó algún objeto contra la pared mientras maldecía algo inentendible.

—Por Dios, Laura. ¿Quieres dejarme sordo ya?

—Pero, joder, me has dado un susto de muerte.

—Ya, lo siento.

—Y que sepas, no estoy borracha, solo muy cansada.

—¿Seguro?

—Sí. Ahora mismo quiero tirarme a la cama y morir.

—Bueno, usted es la reina. Ande y no se detenga —hizo una reverencia dramática con el cuerpo.

—Está bien —reí—, pero... quiero pedirte algo.

—Lo que la reina diga.

—Yo...— esto me iba a dar vergüenza, pero que más daba. Mañana daría las explicaciones necesarias— no quiero dormir sola.

—¿Qué? —su cuerpo quedó erguido mientras su sonrisa le cubría casi toda la cara— ¿Le tienes miedo a *Chucky*?

—Claro que no, tonto. Solo... bah, olvídalo.

—No, vamos —me echó un brazo por los hombros—, era broma.

Acostarme con mi hermano en la misma cama no era nada del otro mundo, de niños lo hacíamos con frecuencia porque, según él, yo le tenía miedo a la oscuridad. Así que en esos momentos el solo saber que mi hermano estaba a un cuerpo de distancia me dejaba tranquila. Lo que sí daba por seguro era que necesitaba de alguien cerca, porque la noche también caía para recordarte las cosas malas que has hecho o, en mi caso, las cosas malas que alguien me quería hacer.

Fue todo un problema al despertar. Tuve que darme el baño de los dioses para quitarme el olor a vinos, cervezas, cigarrillos y comida. Además, tuve que prepararme bien para la reunión de esa mañana. Estar delante de unos agentes federales no era algo que se podía apreciar cada día, sin mencionar la ansiedad que aquello me provocaba. También debí dejarle una buena explicación a mi hermano del porqué en realidad no quise dormir sola. Al final no le dije la verdad, sabiendo muy bien cómo iba a ser su reacción y, luego de la historia que le conté sobre mi compromiso con Jack y de cómo terminó, de seguro quemaría el planeta entero por buscar al maldito que me llamó.

Me miré al espejo por última vez, antes de salir. Una recatada gabardina negra, a juego con los pantalones finos, una camisa blanca florecida en los bordes que sobresalía en los botones y unos zapatos altos de tacón fino, igualmente negros. Decidí hacerme una sencilla dona en el cabello, dejando un par de flequillos caer por mi frente y las orejas. Un poco de perfume floral, muy poco maquillaje y ya estaba lista, con los folletos y documentos en un sobre amarillo bajo mi brazo.

Llegué a la oficina a las siete y treinta de la mañana, con el estómago revuelto y la sensación de estar en un lugar muy alto, a punto de caer. Lo peor era que no conocía la razón, ya estaba acostumbrada a reuniones con personas importantes e intimidantes, pero aquello era distinto. Algo me inquietaba en sobremanera. «*Tal vez sea por lo federales. Sí, debe ser eso.*»

—Buenos días, Laura —me dijo el guardia del piso principal.

—Buen día —forcé una sonrisa fingida—. ¿Cómo está el ambiente allá arriba?

—Diría que bastante controlado, pero ni te imaginas los cargamentos de pedidos de café que andan corriendo de un lado para el otro.

Solté carcajadas. Yo conocía muy bien esos movimientos.

—Bueno, será mejor que suba.

Apreté el botón del ascensor y esperé con calma hasta llegar a mi piso. Le di gracias al cielo cuando al fin llegué y dejé de escuchar la odiosa melodía. Busqué mi espacio, mientras observaba las caras de susto y preocupación de muchos de mis compañeros. Pilas y pilas de papeles bien organizados.

Algo captó mi atención.

—Oye, Vero —llegué hasta una de mis compañeras—, ¿alguien estuvo haciendo limpieza profunda?

—Oh, sí, y ni te imaginas. Desde anoche, al parecer, estuvieron limpiando hasta los plafones —señaló el techo.

—¡Ja! Ya veo. Se han pasado.

—Sí, pero no es para menos. Todos están muy nerviosos por la reunión con esos papasotes.

—¿Qué? —de acuerdo, aquella palabra me dejó fuera de cancha.

—¿No sabes quiénes son? —negué con la cabeza—, ¿no los has visto? —de nuevo negué— Uf, tremenda sorpresa la que te llevarás.

Di la espalda mientras Vero reía meticulosamente, como una niña que acababa de cometer una travesura. Aquello, nuevamente, era muy extraño. En realidad, todo era extraño, hasta pensé que la paranoia se había apoderado de mí. Definitivamente necesitaba una cita de urgencia con Camilo.

—¡Eh, Laura! —giré mi cabeza a la voz de Paul—, que ya van a comenzar.

Miré el reloj que colgaba en la pared contigua. No pude creer cuán rápido paso esa media hora.

—Gracias, voy enseguida.

Tomé mis documentos, los que estuve preparando para entregarlo a los agentes. A pedido expreso de John, allí estaban todos los datos de los últimos tres años: cuentas, contratos, nombres, compañías, productos, empleados, todo. Respiré con entusiasmo, llenándome los pulmones como para un maratón y caminé hacia la sala de reuniones. Por los cristales pude divisar a todos ya reunidos en la gran mesa redonda. Mi jefe estaba delante del grupo, al lado de un monitor de proyección; detrás de él, según mi juicio, los dos agentes del F.B.I. Entré, e inmediatamente tomé asiento al final de la mesa, muy cerca de la puerta. Los dos agentes aún estaban de espalda, aparentemente, buscando entre archivos y leyendo algo entre los dos.

—Muy buenos días —habló nuestro jefe mientras se aclaraba la garganta—. Ya saben el propósito de esta reunión, anoche les debió llegar el correo para tenerlos al tanto.

Yo y mis despistes, no miré el buzón del correo por lanzarme como una zombie sobre la cama.

—Ahora iremos directo al grano, porque tenemos mucho por hacer. Como bien saben con nosotros trabajarán, a partir de hoy, dos agentes de F.B.I. Primero quiero presentarles al agente Marcos Almodóvar.

Ese tal Marcos se dio la vuelta y casi mis ojos hubiesen saltado de lugar si no fuese por la fuerza del cuerpo. Era el mismo Marcos con quien había hablado un par de veces. El dolor de estómago se hizo más intenso, junto con varios recuerdos que me explotaron en la mente: el del ascensor, el restaurante cuando comí con Jack y me dijo que él parecía un agente, la vez que llegó a mí para ofrecerme su ayuda. Oh, Dios, qué dolor de cabeza se estaba formando.

Con mucha calma comenzó a mirar a las personas, hasta detenerse en mis ojos. Se detuvo varios segundos, antes de regalarme una hermosa sonrisa. Pero no dijo nada, se limitó a mover la

cabeza a forma de saludo. Y yo seguía sin creérmelo.

—La oficina contigua a la mía será para ambos agentes. Y espero que todos aquí estén en plan de cooperación.

—Sí, sí.

—Por supuesto, claro.

—Seguro, seguro.

—Bueno, ya. Todos están de acuerdo —habló nuestro presidente—. Y, por último, pero no menos importante, quiero presentarles al agente Sebastián Becker. Él es el agente oficial al mando y con él es que...

Todo mi mundo se paralizó en ese instante. Las manecillas del reloj se detuvieron, el aire dejó de fluir y las voces comenzaron a disminuir cuando ese hombre, llamado igual a mi adorado Sebastián, se dio la vuelta para encontrarse con los empleados.

«Sebastián.

Mi... Sebastián.

Es él.

No puede ser cierto.»

Todas sus facciones, todo su cuerpo, sus ojos verde esmeralda, su boca formando media sonrisa. Todo. Todo era igual a él. Él era Sebastián, estaba segura. Pero si eso era así, entonces... entonces solo había una respuesta: estaba teniendo una pesadilla.

—Oye, Laura, ¿estás bien?

Sentí una mano apretando levemente mi hombro mientras intentaba levantarme de la silla. No podía con esto. Todo estaba fuera de lugar y mi cabeza no paraba de dar vueltas. En cierto punto choqué con la mirada de *ese* Sebastián, y para mi sorpresa él estaba mirándome muy atentamente, como si pudiera penetrarme el alma.

—Laura, hey. Laura... ¡Jefe, algo le sucede a Laura!

Aquello era más de lo que podía soportar. Me levanté sobre mis pies e hice el intento de caminar. Pero no pude, todo mi cuerpo estaba mal, mis coordinaciones estaban hechas añicos. Y caí desplomada al piso, como un enorme elefante dormido por algún sedante. A lo lejos escuchaba los gritos de ayuda y las voces preocupadas llamando a alguien. Pero yo no sabía nada, solo quería despertar de la pesadilla, porque eso tenía que ser.

Me dejé caer en la abrasadora oscuridad, sin fuerzas para intentar comprender. No toleraba la opresión en mi pecho, no podía con el intenso dolor de cabeza y la enorme confusión. Pero mi consciencia me lo dijo antes de quedar dormida: *«Esto es real. Muy real. Él está aquí. Ahora, ¿qué vas a hacer?»*

AGRADECIMIENTOS

Siempre tendré que agradecerle a mi madre, porque siempre me soporta (sí, estoy riendo). A mi esposo, por todo y en todo. A Nadín Velázquez, una fantástica diseñadora que me ayudó de manera inesperada con la (preciosa y cautivadora) portada. A todos y cada uno de los usuarios en Wattpad que leyeron esta novela de principio a fin, dejando sus votos y comentarios, alegrándome de manera exponencial. A Francisco Javier Sánchez, por permitirme incluir aquí su precioso poema, también a María José Arjona Redondo, por dejarme mostrar el suyo en esta historia.

NOTA DE LA AUTORA

El cómo surgió el inicio de esta historia es un secreto a voces, lo he mencionado en mi círculo social alguna que otra vez. Sin duda, esta historia me mantuvo al borde del velo, particularmente por las escenas de alta temperatura entre Laura y Sebastián, que siempre estuvieron en mi mente como algo íntimo y sensual, sin caer precipitadamente en lo vulgar. El tema de las serpientes ha sido uno de fascinación para mí desde siempre, representan el pecado, lo prohibido y la tentación. Debo añadir que fui muy, muy cuidadosa con la relación entre las ellas y los protagonistas (lo digo en serio). Esta es la primera novela erótica que saco a la luz y con la primera en incursionar por este género. Nos vemos en el próximo.

AURALUNA

AuraLuna nació en la hermosa isla de Puerto Rico. Es madre de tres hijos (por lo que a eso se le añaden otros títulos), esposa, *gamer*, diseñadora gráfica, Dj, bloguera, amante de la música, la informática, fotografía y literatura. Entre sus géneros favoritos está el romance, erotismo, vampiros, misterio y suspenso, pero disfruta placentemente de casi cualquier lectura. Se le desconoce su edad y muy pocos conocen su rostro. Vive en el campo, rodeada de animales, flores y plantas.

Puedes buscar más información en: www.wattpad.com/AuraLuna

^[1] Letra de la canción “Eso y más haré”, de Joan Sebastian.

^[2] Poema escrito por María José Arjona Redondo, titulado Ojalá.

^[3] Poema escrito por Francisco Javier Sánchez Mira, titulado El Delirio Que Vive De Mis Sueños.